

**Autobiografías
de los escribas de
Un Curso de Milagros**

Helen Schucman



William Thetford

© De la traducción: Gonzalo García Olagorta 2024

© De los originales en inglés: Foundation for Inner Peace

Independently published

www.gongarola.com

Corrección editorial, maquetación y portada: Vivian Stusser

ISBN: 9798320302867

Se permite el razonable uso de buena fe de fragmentos de esta obra como referencias en otras producciones editoriales o para su difusión con fines pedagógicos. En tal caso, se agradece la cortesía de mencionar la fuente.

Nota del traductor

En 2018, y tras quince años de profundo estudio y práctica de Un Curso de Milagros, me decidí a comenzar una nueva traducción al español del dictado completo de Jesús a Helen Schucman. Seis años más tarde la obra está acabada y publicada. Pero poco antes de comenzar este trabajo, también me pareció oportuno traducir la historia de las vidas personales de sus escribas, Helen Schucman y William Thetford, contada por ellos mismos. En mi opinión, estas autobiografías tienen un valor inestimable para todo estudiante serio de este bendito Curso, pues explican su origen poniendo en contexto humano la llegada de esta enseñanza transpersonal, lo cual hace que se entienda mejor la idoneidad de los intervinientes para semejante tarea. De hecho, aconsejo a todo aquel que quiera aproximarse a esta obra que comience leyendo las autobiografías de sus escribas, pues le ayudará en gran medida conocer las dificultades que ellos mismos tuvieron para integrar una enseñanza tan diametralmente opuesta al pensar del mundo.

Los textos originales en inglés de las autobiografías proceden de los archivos de la FIP (Foundation for Inner Peace), la fundación que se ha encargado de traducir y publicar en diferentes idiomas la obra que compusieron Helen y Kenneth Wapnick en sus comienzos, conocida universalmente como Un Curso de Milagros.

Además de traducir los textos, busqué en Internet fotografías apropiadas de los personajes que ahí se mencionaban para ilustrarlas, y una vez acabado, envié el material editado a la FIP para su consideración. La fundación recibió el material con agradecimiento, e incluso decidieron editar las versiones originales en inglés con las imágenes que había seleccionado. Yo también les estoy agradecido por haber hecho posible que mi versión en español de las autobiografías

estuviera disponible gratuitamente en el sitio web de la FIP durante todos estos años.

Una vez acabada la traducción del Curso, me he encontrado con tiempo disponible para mejorar mi anterior versión de estas autobiografías, corrigiéndolas en profundidad, mejorando digitalmente las fotografías originales, que estaban en baja resolución, y haciendo una maquetación profesional para publicar la obra en formato impreso y ponerla así disponible a un público más amplio.

Con respecto a las autobiografías, he de advertir que la de Bill no tiene nada que ver con la de Helen en lo que se refiere al estilo de la redacción. Helen elaboró la suya con gran esmero, con toda seguridad reflexionando largamente sobre cada palabra que escribía, en un estilo esmerado y pulido, pues era una editora extremadamente escrupulosa, hasta la histeria. La autobiografía de Bill se nota que es la transcripción simple de una serie de entrevistas, así que el estilo es mucho más desgarrado y coloquial, sin la calidad literaria de la de Helen, sin embargo, está impregnada del fino humor de Bill, quizás su rasgo más característico. Además, tanto su autobiografía como la entrevista que le sigue son un magnífico resumen de los fundamentos teóricos del Curso y del impacto que tuvieron en su vida personal. En ambas traducciones he intentado respetar el estilo de los originales.

Las citas de Un Curso de Milagros utilizadas por Bill las he tomado de mi traducción del Curso en cuatro Volúmenes (versión Gongarola), publicada en Amazon entre 2023 y 2024.

Gonzalo García Olagorta
www.gongarola.com

Índice

Nota del traductor	5
INDICE	7
AUTOBIOGRAFÍA HELEN SCHUCMAN	9
Introducción	11
Parte I	13
Secretos y curiosidades infantiles	15
Un milagro en Lourdes	23
Universidad y matrimonio	34
Parte II	43
Una nueva carrera y Bill Thetford	45
El punto de inflexión	50
Las series de visiones	53
Primera serie de visiones	53
Segunda serie de visiones	54
Tercera serie de visiones	60
PARTE III	65
Claridad y preparación	71
Un Curso de Milagros	75
AUTOBIOGRAFÍA WILLIAM THETFORD	83
Prólogo	85
Parte I	87
Infancia y juventud	87
Etapas profesionales	94
Roles y responsabilidades en la Universidad de Columbia. Comienzos espirituales	107
Parte II	119

Conceptos y aplicaciones desafiantes	128
La búsqueda del contexto	134
El curso es abiertamente compartido	144
Parte III	153
Publicación y difusión	158
Reflexiones sobre las relaciones.....	165
El significado de todo esto	172
ENTREVISTA PARA <i>NEW REALITIES</i>	181
Acerca de esta entrevista	183
Entrevista	185
Un Curso de Milagros (Versión Gongarola)	207

AUTOBIOGRAFÍA

Helen Schucman



Introducción

El propósito de esta introducción es describir algunos de los eventos más increíbles de mi vida. No puedo explicarlos porque no los entiendo. Cuando empezaron no sabía nada de misticismo, y mantenía un prejuicio desinformado pero intenso contra el mundo y todo lo que yo pensaba que representaba. Aún no me he recuperado del todo de este prejuicio. La idea de que algún día yo misma me convirtiera en una mística me habría llenado de horror. Hasta cierto punto, todavía lo hace. Es la segunda parte de esta introducción la que tiene una relación directa con algunos de estos acontecimientos más inesperados. Sin embargo, la primera parte parece conducir a ellos de manera un tanto indirecta.

La primera parte, una especie de «introducción a la introducción», traza mi interés inicial en la religión, de un tipo bastante natural en una niña, yendo, a través de una larga serie de decepciones, a un sentido de resignación y derrota. El relato es en realidad un trabajo escrito hace años como requisito para un curso de postgrado en psicología. La tarea era describir un problema específico en nuestras vidas, y discutir cómo se había resuelto finalmente. Mi trabajo se ofrece a continuación tal como fue escrito en ese momento. Describe mi extensa y desalentadora búsqueda de Dios, y es obviamente escrito por alguien que está interpretando la búsqueda desde un punto de vista psicológico más que religioso. Ese era el marco conceptual al que había llegado en ese momento, y el nivel en el que esperaba permanecer. La posición que sostuve sobre la religión se resumía en un breve prefacio que escribí en el trabajo:

Esta es la historia de mi búsqueda de Dios. Comenzó cuando yo era una niña pequeña, y terminó hace relativamente poco de una manera un tan-

to incierta. Creer que resolví el problema depende en gran medida de cómo se mire. Se podría decir que nunca se resolvió, ya que en el tema de Dios no llegué al final a ninguna conclusión. Por otra parte, también podría decirse que el problema no era realmente religioso desde el principio, por lo que una solución en términos religiosos no era esencial. De cualquier manera, superé una larga preocupación con la religión, y eso en sí mismo es algún tipo de solución.

Ese resultó no ser el verdadero final de la historia, como muestra la segunda parte de esta introducción. Tampoco habría habido manera de predecir los sucesos posteriores a partir de los anteriores. Los episodios finales siguen siendo increíbles incluso para mí. Solo sé que simplemente pasaron. Trataré de describirlos tal como ocurrieron, pero ni siquiera intentaré explicarlos. Eso sería claramente imposible.

Parte I

Cuando era niña, vivía en un extremo de un gran apartamento con la señorita Richardson, que era mi institutriz. Todos los demás vivían en el otro extremo. La señorita Richardson y yo dormíamos en la misma habitación, y también teníamos nuestro propio salón y baño. Cuando salíamos siempre volvíamos directamente a nuestra parte del apartamento. Rara vez vi el resto. Tenía un padre en el otro extremo de la casa, pero estaba muy ocupado y casi nunca llegaba a casa antes de que yo estuviera en la cama. También tuve un hermano adulto que tenía unos catorce años cuando nací. Él también estaba muy ocupado, y no parecía que le gustaran mucho las niñas pequeñas. Un cocinero y una criada vivían en algún lugar del apartamento, pero yo no era su problema. La casa funcionaba muy bien. La señorita Richardson compraba la comida y comíamos juntas. Después tomaba los platos y los ponía en alguna parte. Georgia, la sirvienta, limpiaba nuestras habitaciones por la mañana mientras estábamos en el parque.

Mi madre era una señora callada, que hablaba en voz baja y esperaba caerle bien a la gente. Había dejado de enseñar después de su matrimonio, y establecido una forma de vida pulcra y ordenada en el refugio de su hogar. Ella creía firmemente que se había casado con un hombre maravilloso, y refería todas las decisiones a lo que ella estaba segura de que era su mejor juicio. Tenía más de cuarenta años cuando llegué. Aunque no permitía que mi llegada perturbara su forma de vida, ella me quería y me amaba lo mejor que podía. Estaba muy contenta conmigo, que había resultado ser la niña de ojos azules que ella deseaba. Yo pensaba que era una dama maravillosa, y trataba de parecerme lo más posible a ella. Sin embargo, creo que no lo conseguí muy bien.



Helen a los dos años con su madre

Mi madre era inglesa y la señorita Richardson también, y yo creía que hablaban de forma muy parecida. Me encantaba escuchar a la señorita Richardson. Estábamos en términos amistosos, aunque algo formales. A la señorita Richardson le pagaban por cuidarme, y lo hacía. Nunca me habló mucho de sí misma, pero una vez me dijo que no le gustaba mucho vivir en las casas de otras personas, y que tan pronto como hubiera ganado suficiente dinero regresaría a Inglaterra para comprar su propia casa. Esperaba que le gustara vivir conmigo, pero en realidad no fue así. Aunque nos llevábamos bien y nunca tuvimos problemas.

La señorita Richardson terminaba oficialmente conmigo cuando me acostaba por la noche. Después de eso, se metía en nuestra sala de estar, cerrando la puerta tras ella. La sala de estar tenía otra puerta que daba a un pasillo que iba al otro extremo del apartamento. Yo fingía que ella se quedaba en el salón y no se iba, pero sabía que no era verdad. La sirvienta y la cocinera dormían, así que no estaba sola.

La señorita Richardson era libre de salir por la noche si quería. Nunca me levanté para ver si todavía estaba en la sala de estar, porque pensaba que sería algo terrible si abría la puerta y me daba cuenta de que se había ido. Muchas veces no me quedaba dormida hasta que ella volvía. No le decía nada, porque sabía que estaba «fuera de su horario laboral».

Secretos y curiosidades infantiles

Antes de meterse en la cama, la señorita Richardson se arrodillaba y se susurraba a sí misma durante un rato. Yo tuve algunas dudas sobre preguntarle al respecto, pero al fin tuve el valor suficiente para hacerlo. La señorita Richardson me explicó que era católica, y cada noche antes de irse a la cama rezaba el rosario. Le pregunté qué era un rosario y ella me mostró el suyo. Estaba hecho de bonitas cuentas azules y me gustó. Pensé que probablemente sería algo bueno, e incluso podría ser un poco mágico. Le pregunté a la señorita Richardson si yo también podía tener uno, pero me dijo que era solo para católicos. Sugerí que quizás mi madre me compraría uno, pero ella pensaba que sería mejor no mencionarlo. Dijo que era un secreto, así que prometí no decir nada sobre eso.

La señorita Richardson y yo teníamos otro secreto: el lugar a donde íbamos los domingos por la mañana. En vez de ir al parque, que era lo que generalmente hacíamos, íbamos al otro lado de la ciudad para que nadie nos viera. Luego íbamos a uno de los lugares más hermosos que he visto en toda mi vida. La señorita Richardson me dijo que era una iglesia católica. No me permitía entrar porque yo no era católica. Tenía que prometer que no me alejaría y me quedaría en el pórtico hasta que ella volviera a salir. Pero podía ver las flores, las velas y las estatuas a través del pequeño espacio entre las dos grandes puertas que se abrían hacia adentro. A veces oía música, y la voz de un hombre diciendo cosas que no entendía. Había un olor encantador, también, que me llegaba incluso al pórtico. Una vez me escabullí a una pequeña capilla al lado de la iglesia. Allí había una estatua de una encantadora dama, con luz alrededor de su cabeza y flores y velas en un pequeño jardín frente a ella. Todos allí tenían cuentas como el ro-

sario de la señorita Richardson. Yo quería quedarme, pero temía que a ella no le gustara. Sin embargo, decidí que cuando creciera sería católica, para poder venir y quedarme el tiempo que quisiera.

La señorita Richardson tenía una amiga que era institutriz como ella, y que cuidaba de otra niña de mi edad. Solíamos jugar juntas mientras la señorita Richardson y su amiga se sentaban en un banco y hablaban. Descubrí que la niña era católica. Tenía un rosario, y se sorprendió mucho cuando le dije que yo no tenía uno y no sabía para qué era. Explicó, de manera más bien condescendiente, que era para rezar a la madre de Dios. Le pregunté acerca de Dios, y ella estaba realmente sorprendida por mi ignorancia. No sabía casi nada de él. Ella me dijo que Dios era nuestro padre, y que podíamos pedirle cosas y él nos las daba. Esto me pareció maravilloso, y me pregunté por qué nadie me había hablado de todo eso antes.

Le pregunté a la niña dónde estaba Dios, porque había muchas cosas que quería. Dijo que todo lo que tenías que hacer era cerrar los ojos y verlo. Cerré los ojos, pero no vi nada. La niña no tuvo problemas para entender esto. Yo no era católica, ¿qué podía esperar? Me sugirió que probara con la Santísima Virgen, que era muy amable y escuchaba a casi todo el mundo. Me dijo que la Santísima Virgen llevaba un vestido azul y un velo blanco, y pensé en la hermosa estatua que había visto en la iglesia de la señorita Richardson. Cerré los ojos de nuevo y esta vez lo hice un poco mejor. Pensé que había visto un velo blanco. La niña dijo que era muy bueno para un principiante, y que debería seguir intentándolo. Después de todo, a menos que lo hiciera, iría al infierno y me quemaría para siempre.

Estaba tan emocionada por el velo blanco que no presté mucha atención a la última observación de la niña hasta que me acosté esa noche. Entonces empecé a gritar. La señorita Richardson me preguntó qué pasaba, y le dije que tenía miedo del infierno. Iba a arder para siempre a menos que fuera católica, obtuviera un rosario y entrara en la iglesia. La señorita Richardson estaba realmente preocupada, pero no sabía qué hacer. Ella pensó por un tiempo, y finalmente dijo que era mejor que les preguntara a mis padres sobre la religión. Explicó que la gente generalmente tiene la misma religión que sus padres, y tal vez podrían contarme cosas. Dijo que no tenía que temerle al in-

fierno, porque rezaría por mí. Le agradecí mucho y le hice prometer que no lo olvidaría.

Entonces decidí preguntar a mis padres sobre mi religión de inmediato. La señorita Richardson no trató de detenerme.

Me acerqué a la sala de estar, donde mi padre estaba sentado solo leyendo un periódico. Lo observé desde la puerta por un tiempo antes de entrar. Mi padre levantó la vista y pareció sorprendido.

—¿Pasa algo malo? —preguntó—. ¿No está la señorita Richardson? Dije que sí.

—Oh —dijo papá—. Bueno, tu madre no está aquí y no creo que regrese por un rato.

Recogió su periódico, al parecer convencido de que la conversación había terminado. Pero yo me quedé ahí. No lo conocía muy bien y no sabía cómo empezar, pero tenía que averiguar sobre mi religión. Por fin empecé, un poco de repente.

—Padre, ¿qué eres tú? —le pregunté.

—Creo que no lo comprendo —dijo mi padre, evidentemente desconcertado—. ¿Quieres decir que quieres saber lo que hago?

Dije que tal vez fuera eso. Mi padre dijo que era químico. Le pedí que me explicara eso, lo que intentó hacer. No entendía lo que decía, pero sentía que no era la respuesta que quería. Así que le pregunté si creía en Dios y tenía una religión. Mi padre dijo que no creía en Dios y no estaba particularmente interesado en la religión. Le pregunté si eso significaba que yo tampoco tenía religión, pero dijo que la gente debería decidir sobre eso por sí misma. Pregunté lo que mi madre había decidido, y él me dijo que ella tenía algún tipo de religión, pero pude ver que él no pensaba mucho en ello. Dijo que no estaba muy seguro de cuál era su religión en ese momento, y no parecía estar particularmente interesado en el tema. Sin embargo, me quedé un rato más. Finalmente, mi padre vio que yo tenía algo en mente. Dejó su periódico y me pidió que me sentara. Tuvimos una larga charla sobre religión, quizás la única charla real que tuvimos.

Empecé diciéndole a mi padre que quería ser católica a causa del infierno. Mi padre dijo que él mismo no creía en el infierno, y que no pensaba que yo tuviera que preocuparme por eso. Al parecer se podía ser religioso y no creer en el infierno, lo cual fue un gran alivio para

mí. Mi padre dijo que él mismo había sido judío cuando era niño, porque su padre era judío, y aunque su madre no lo era, no le importaba. Le pregunté si eso me hacía también judía. Después de todo, aún esperaba llegar a ser algo. Mi padre pensó que debía pensarlo por un tiempo, pero yo quería ser judía enseguida. Le pregunté si los judíos creían en Dios, y me dijo que podían, si querían hacerlo. Entonces le pregunté si conocía alguna oración judía. Pensó por un tiempo, y luego recordó una que había aprendido cuando era niño. Comenzó: «Señor Dios de Israel», y quedé muy impresionada. Él dijo más de la oración, pero eso fue todo lo que yo retuve.

Le pedí a mi padre que me contara un poco más sobre la religión de mi madre, pero me dijo que no podía seguirle el ritmo y que había dejado de intentarlo. Le dije que quizás ella también decidiría ser judía, y mi padre se rio y dijo que no era probable. Pero yo había tomado una decisión sobre mí misma. Volví a mis habitaciones y le dije a



Helen a los tres años

la señorita Richardson que había hablado con mi padre y que me había enterado de que era judía. La señorita Richardson no dijo nada. Aquella noche, mientras ella rezaba su rosario, yo dije: «Señor Dios de Israel», una y otra vez para mí. Estaba muy emocionada por ser judía. Había sospechado durante mucho tiempo que me faltaba algo, y ahora que era judía estaba convencida de que todo iba a salir bien. Pero no le mencioné mi religión a mi madre. De alguna manera sentí que podría no gustarle.

La señorita Richardson se fue un año después. Por fin había ahorrado suficiente dinero para comprar su propia casa. Me besó antes de irse y me dijo que se acordaría de rezar por mí. Le di las gracias y le dije que yo también rezaría por ella, si quería una oración judía. Dijo que eso estaría bien, y prometió escribirme y enviarme fotos de Inglaterra. Nunca lo hizo, pero yo recé por ella durante mucho tiempo por las noches, diciendo mi oración especial judía. Después de que la señorita Richardson se marchara, mi madre decidió que ya no necesitaba una institutriz especial. Yo había estado yendo a la escuela durante casi un año, y dijo que ella misma me llevaría allí por las mañanas, y una nueva señora me recogería por las tardes y me llevaría al parque. La señora cenaba conmigo por la noche, y se iba después.

Me sentía sola por la noche sin la señorita Richardson. Solía acostarme en la oscuridad y rezar mi oración especial, pero no me ayudaba mucho. Pensé que sería mejor aprender el resto. Tal vez era demasiado breve o algo así. Pero no me gustaba la idea de preguntarle a mi padre sobre eso. Quizás pensara que debería haberlo aprendido la primera vez, después de que se tomara tantas molestias para recordarlo por mí.

Y entonces el Señor Dios de Israel me desilusionó de una manera terrible. Tenía miedo de dormir sola por la noche, especialmente cuando mis padres salían. No conocía muy bien al cocinero ni a la criada, y nunca se me habría ocurrido ir a hablar con mi hermano. Así que encontré una forma de hacer que mi madre se quedara en casa. Me asomaba a su habitación, y si la veía empezar a ponerse el sombrero y el abrigo, me dolía mucho el estómago. La primera vez sucedió de verdad, y así fue como descubrí que mi madre no saldría si yo estaba enferma. De modo que empecé a tener muchos dolores de estómago después de eso.

Mi madre me llevó a un médico, que me miró por todas partes y dijo que no veía nada malo. Después de unos cuantos dolores de estómago más, mi madre me llevó a otro médico. No hice ninguna conexión entre mis dolores de estómago y los médicos. No me hacían preguntas, porque mi madre les explicaba cosas. Fue desafortunado que siempre me agarrara el lado derecho durante mis «ataques», y que mis expresiones de dolor fueran bastante convincentes. Incluso vomité en ocasiones especiales, me puse muy nerviosa y febril, y después me resfriaba. También tenía algunos dolores de estómago cuando mi madre no salía, para que no fuera demasiado evidente. Si no hubiera sido tan cautelosa con estos detalles, aún podría tener mi apéndice. Un día mi madre me llevó a un médico especial, que me examinó durante mucho tiempo y nos dijo que volviéramos de nuevo y que me examinaría un poco más. Después le oí decirle a mi madre que no encontraba nada malo en mí, pero que dadas las circunstancias... Terminó la frase fuera de mi alcance.

Unos días después, la señora que generalmente venía por la tarde llegó temprano en la mañana y me puso el sombrero y el abrigo mientras mi madre se ponía el suyo. Pregunté a dónde íbamos todos, y mi madre me dijo que no me excitara ni me pusiera nerviosa. Íbamos al hospital donde los médicos lo arreglarían para que no tuviera más esos horribles dolores de estómago. Al principio no lo entendí, pero cuando mi madre me explicó algo más, empecé a gritar. Entre gritos, le dije que nunca tuve realmente dolores de estómago, pero ella pensó que lo decía porque tenía miedo de ir al hospital. Ella y la señora prácticamente me llevaron en un taxi, gritando. En el hospital salió un hombre y me ayudó a entrar. Entonces me llevaron a una habitación y me acostaron, y una enfermera me dio algo de medicina. Un poco más tarde me quedé dormida.

Me mantuvieron aturdida todo el día y la noche, así que no podía pensar mucho. Sabía que mi madre se quedaba conmigo, y me gustó esa parte. Incluso pensé que tal vez fuera bueno estar en el hospital. Pero a la mañana siguiente vinieron a buscarme. Me pusieron en una camilla y me llevaron. Grité y grité, y tuvieron que sujetarme en la camilla. Entramos en una especie de habitación que me daba mucho miedo, y tres hombres me esperaban allí. Dos de ellos me sujetaron mientras que el tercero me ponía una máscara en la cara. Grité: «Se-

ñor Dios de Israel» una y otra vez, mientras arañaba y gritaba y mordía. Traté de no respirar, pero no pude aguantar mucho tiempo. Las tres caras que se inclinaban sobre mí comenzaron a girar alrededor hasta que se convirtieron en una cara grande que primero se tornó amarilla y luego negra, y entonces me quedé dormida.

Cuando desperté estaba de vuelta en mi habitación sintiéndome fatal. Me dolió mucho el estómago durante unos días, pero al cabo de un tiempo empecé a sentirme un poco mejor e incluso empecé a divertirme. Mi madre se quedaba conmigo y hasta mi padre venía a visitarme. Ella me dijo que mi hermano también habría venido, pero se había ido a vivir al campo hasta que regresáramos y estaba demasiado lejos para venir a la ciudad por un rato. Mi madre y yo habla-



Helen a los ocho años

mos de todo tipo de cosas mientras estábamos juntas en el hospital, y la noche antes de salir le pregunté sobre su religión. Había decidido no ser más judía después de lo que había pasado. Probablemente no había ningún Señor Dios de Israel después de todo, y por eso mi padre había dejado de creer en él. Nunca más volví a creer en Dios, aunque me esforcé mucho y durante mucho tiempo.

Mientras tanto, tenía un problema más práctico entre manos. Íbamos a ir a casa a la mañana siguiente y tendría que dormir sola otra vez. La solución para el dolor de estómago había salido muy mal, y yo no iba a intentar otra vez algo así. Mi madre podría salir por las tardes cuando quisiera, lo cual yo sabía por experiencia que sería bastante frecuente. Ya ni siquiera tenía mi oración especial, porque ahora sabía que no iba a ser de ayuda en una verdadera emergencia. Solo podía confiar en que mi madre encontrara algo mejor antes de salir del hospital. Ella parecía lo bastante contenta como para hablar de religión; aunque dijo que todavía estaba «buscando», sí creía en Dios, pero aún no estaba segura de cómo. Me contó todo sobre sus religiones desde que era niña. Me sorprendió mucho descubrir que una vez había sido mayormente judía. Sin embargo, a ella no le gustaban mucho los judíos. Me dijo que su padre era rabino en Inglaterra, pero que de todos modos provenía de una familia muy buena. Tenía algunos parientes que no eran judíos, lo que también parecía ayudar.

Afortunadamente, mi padre también estaba bien. Su padre había ganado la medalla de honor del Congreso a pesar de ser judío, y su madre había sido luterana. Al parecer, yo no tenía nada de qué preocuparme. Mi madre misma era ahora teósofa. Trató de explicarme esto, pero no llegué muy lejos. Se veía tranquila y feliz mientras me lo contaba, y una especie de resplandor apareció en su cara. Intenté entender lo que decía, pero no tenía mucho sentido para mí. Y entonces, de repente, su acento inglés comenzó a molestarme, y un pensamiento terrible se me pasó por la cabeza. Mi madre sonaba un poco tonta. El pensamiento duró solo un momento antes de que lo escondiera. Le pregunté si sabía de alguna oración que pudiera usar. Resultó que ella conocía muchas oraciones, y me dijo muchas. Algunas eran bonitas y algunas incluso parecían canciones, pero ninguna era realmente adecuada.

Por fin, mi madre pensó en una oración que estaba segura de que me gustaría. Era simple y bastante corta, y ella me la repitió una y otra vez hasta que la supe de memoria. Entonces me dijo que estaba feliz de que yo estuviera interesada en la religión, y me instó a pedirle a Dios que me ayudara. Mi madre estaba segura de que, si hacía eso, él me mostraría el camino. Se me ocurrió que ella misma parecía tener problemas para encontrar el camino, pero no lo mencioné en voz alta. Después de todo, estaba siendo muy buena conmigo. Me dijo que cuando llegáramos a casa vendría a mi habitación todas las noches y rezaríamos juntas. Le dije que creía que sería genial. Aunque vino regularmente durante los primeros días después de que regresáramos a casa, dejó de hacerlo tras una semana o así. No me apeñé mucho cuando dejó de venir por completo. No quise decírselo, pero nunca creí que su oración fuera muy buena. La olvidé completamente en un mes.

Un milagro en Lourdes

No recuerdo mucho sobre religión desde entonces hasta los doce años. Mis padres habían decidido pasar el verano en Europa y llevarme con ellos. Estaba terriblemente emocionada por el viaje, pero me sentía incómoda por una cosa. Sería divertido pasar todo un verano con mi padre. Nunca se me ocurría mucho que decirle, y él no parecía tener mucho que contarme. A veces me sentía tan incómoda con él que el estómago se me revolvía. Le hablé a mi madre de esto cuando se acercaba el momento del viaje y me explicó la situación real de mi padre. Intenté creer lo que dijo sobre él.

Mi madre me explicó que mi padre me quería de verdad, pero que él era «diferente» y no me mostraba cómo se sentía realmente, como otros padres. De hecho, dijo, él tampoco parecía fijarse mucho en ella, y por supuesto la amaba. Ese argumento casi me convenció. Estaba segura de que al menos debía amar a mamá. Probablemente me había equivocado al pensar que no le gustaba solo porque no me prestaba mucha atención. Mi madre dijo que eso era todo. Me había equivocado. Mi padre era un hombre maravilloso, y debía intentar apreciarlo más.

En el viaje vi que mi madre tenía razón. Mi padre no nos prestó mucha atención a ninguna de las dos. Pero esto no se debía a que no nos amara, por supuesto. Era solo que él era «diferente», y yo trataría de apreciarlo como lo hacía mi madre. Después de todo, era un hombre maravilloso y tenía la suerte de tenerlo como padre. Trabajé duro todo el verano tratando de valorarlo, pero no parecía progresar mucho. Hablé con mi madre sobre esto y me dijo que lo entendía. Le había llevado un tiempo darse cuenta de que él era «diferente», e incluso había sido un poco difícil para ella al principio. Me aseguró, sin embargo, que una vez que me diera cuenta de lo maravilloso que era en realidad, entendería lo tonta que había sido por no apreciarlo. Eso, parecía, era lo que le había sucedido a ella.

Pasamos los últimos días del verano de 1921 en Lourdes. Me impresionó profundamente la gruta, y me encantó la estatua de la Santísima Virgen en lo alto de una gran roca. Había montones de muletas y aparatos ortopédicos que las personas habían dejado allí porque estaban curados y ya no los necesitaban. Hubo oraciones, servicios y procesiones durante todo el día, y también por las tardes. Me dijeron que la gente venía de todas partes del mundo para ser bendecida y curada, y para obtener el agua especial que salía del lado de la roca donde estaba la estatua de la Santísima Virgen. Yo también fui bendecida, y compré una botella con una cruz de oro para poder traer un poco de agua a casa. Nos quedamos en un hotel cerca del santuario, y podía ver la roca desde el balcón de mi habitación. Salía a mirar la roca cada noche, y pensaba en las muletas y los aparatos ortopédicos y en las miles y miles de personas que venían aquí y creían. ¿Podrían estar todos equivocados?

También recordé a la señorita Richardson y su rosario. De todos los lugares del mundo, este era seguramente el mejor para comprarme un rosario y probarlo. Había comprado un librito sobre el rosario que te decía cómo rezarlo. De repente, una noche, estaba muy ansiosa por obtener un rosario y empezar de inmediato. Mi madre se había ido a algún lado, y mi padre estaba leyendo solo en su habitación. Le dije que quería comprar un rosario. Se metió la mano en el bolsillo y me dio algo de dinero sin mirar hacia arriba. Para mi propia sorpresa, le pedí que viniera a la tienda conmigo. Dijo que estaba cansado y que quería leer un rato. Además, la tienda estaba justo enfrente y to-

davía había luz. No había ningún motivo por el que no pudiera ir sola. Por alguna razón, la conversación se descontroló desde entonces. Dije muchas cosas muy inesperadas que no pude entender para nada después.

Primero, dije que no podía hablar francés, así que el hombre de la tienda no entendería lo que yo quería. Mi padre me miró sorprendido. Me recordó que había estado tomando clases de francés durante algún tiempo y lo hablaba mucho mejor que él. Entonces dije que no entendía el dinero francés y necesitaba ayuda con él. Mi padre dijo que podía preguntarle al hombre de la tienda. Estaba seguro de que no tendría ningún problema. Todo el mundo, dijo, estaba acostumbrado a los americanos. Entonces le dije que simplemente no quería ir sola, y quería que me acompañara. Me estaba excitando bastante en ese momento. De repente me enojé terriblemente, y empecé a gritar de rabia.

Mi padre simplemente me miró. No estaba enojado. Simplemente no entendía nada. Dijo que algo me debía pasar, y pensó que lo mejor era que fuera a mi habitación para que pudiera superarlo. Mi madre volvería en unos minutos, y él me la enviaría para que me aclarara las cosas. Cuando me giré para irme, me volvió a llamar, porque había olvidado el dinero. Dijo que quizás todavía quisiera el rosario cuando me sintiera mejor. Agarré el dinero y salí corriendo. En mi habitación me senté en la cama. No lloré. Me quedé sentada y no sentí nada. Mamá llegó un poco más tarde. Dijo que mi padre le había dicho que algo parecía estar mal, pero todo lo que él sabía era que yo quería comprar un rosario y que me había dado el dinero, después de lo cual yo había actuado de forma extraña.

Yo no dije nada. Mi madre me dijo que no creía que yo estuviera siendo muy agradecida, después de que mi padre nos hubiera dado un verano tan maravilloso y hubiera sido tan amable con nosotras. Dije que no era verdad que estuviera siendo amable con nosotras. Era horrible y siempre había sido horrible. Le dije a mi madre que ella había inventado aquello de que él era «diferente», y yo no iba a tratar de apreciarlo más. Era una tontería fingir que era maravilloso. No le importaba nadie, y no tenía sentido decir que sí. Mi madre estaba realmente sorprendida. Ella dijo que no me daba cuenta de las cosas terribles que estaba diciendo, y que debía ir a disculparme con él por

hacer tanto alboroto cuando era tan considerado. Dije que no lo haría. Hubo un silencio muy largo. Entonces mi madre me repitió que yo no daba cuenta de lo que estaba diciendo, y esta vez sabía que tenía razón. Empecé a llorar, y mamá me tomó en sus brazos y dijo muchas veces que la gente dice cosas malas que no quiere decir. Nos olvidaríamos de todo. Por supuesto que a papá realmente le importábamos. Todo había sido un error.

Lloré mucho más, y dije que pensaba que debía estar enferma o algo así. Eso fue todo. Estaba enferma y no sabía lo que decía. En ese momento me sentí realmente mal, así que mi madre me ayudó a dormir y me quedé allí hasta el día siguiente. Ninguna de nosotras volvió a mencionar el episodio. Por la mañana, mi padre se fue a algún lugar durante el día, y mi madre vino conmigo a comprar el rosario. También compré una pequeña medalla de la Santísima Virgen, y las llevamos las dos a un sacerdote para bendecirlas. Nos quedamos en la gruta para la misa y para un hermoso servicio después. Era sábado, y había más flores, música y procesiones que de costumbre. La gente rezaba por todas partes. Todo era muy muy hermoso. Le pregunté a mi madre si alguna vez había sido católica, y me dijo que no lo había sido. Pero se veía que estaba a punto.

Esa noche en mi habitación me quedé en la oscuridad con mi rosario en la mano y mi medalla alrededor del cuello, pensando en Dios y en la señorita Richardson y en la Santísima Virgen. De repente tuve una idea. Ese era un lugar maravilloso, y tal vez si pidiera un milagro para mí misma lo conseguiría. Y entonces creería en Dios y me convertiría en católica. Salí al balcón y miré hacia la roca.

—Por favor, Dios —dije en voz alta—, no soy católica, pero si todo esto es verdad, ¿me enviarías un milagro para que pueda creer en ti?

Ya había decidido cuál sería el milagro. Cerraría los ojos y diría tres avemarías. Si hubiera una estrella fugaz en el cielo cuando abriera mis ojos de nuevo, ese sería mi milagro. Realmente no esperaba encontrar el meteorito, pero cerré los ojos y dije tres avemarías de todos modos. Cuando abrí mis ojos otra vez, el cielo estaba lleno de estrellas fugaces. Observé aturdida en silencio, y luego susurré:

—Es mi milagro. Dios realmente lo envió. ¡Mira, oh, mira! Es mi milagro.

Me quedé inmóvil hasta que las estrellas se habían desvanecido y el cielo estaba oscuro de nuevo. Y entonces me acordé. Nuestro guía nos había dicho que este era el momento de las lluvias de meteoritos en esta parte del mundo, y que llegarían con bastante frecuencia muy pronto. No era un milagro en absoluto. Nunca antes había visto una lluvia de meteoritos, y por eso no la había reconocido de inmediato. Probablemente incluso había escogido un meteorito para mi milagro porque el guía me había hablado mucho de las lluvias esa misma tarde, y entonces pensé cuánto me hubiera gustado ver una. Difícilmente se podría convertir eso en un milagro. Hay que ser muy cuidadoso, o te pueden engañar. Bueno, reconozco una lluvia de meteoritos cuando la veo. No puedo ser engañada tan fácilmente. Entonces tuve otra idea. ¿No podría ser un milagro que yo pensara en pedir una estrella fugaz justo antes de que se produjera una lluvia de meteoritos? Después de todo, no tenía forma de saber que venía una en ese momento. Tal vez fue un verdadero milagro después de todo. Pero no pude convencerme a mí misma otra vez. Me había vuelto profundamente desconfiada con todo el asunto. Incluso me enojé un poco por ello.

Tal vez, me dije a mí misma, el agua y las curaciones y las muletas fueran como la lluvia de meteoritos. La gente pensaba que eran milagros. Todo podría suceder así. Es muy fácil ser engañado. Estaba a punto de resolverlo de esa manera cuando surgió otro pensamiento que me hizo sentir muy incómoda. Le había dicho a Dios que si veía un meteorito cuando abriera los ojos sería mi milagro. Ciertamente había visto un meteorito. Eso fue un hecho. Si hubiera un Dios, tal vez no le gustaría la forma en que yo tomaba su milagro. No estaba siendo agradecida. Si Dios se hubiera molestado en enviar un milagro especialmente para mí, no se tomaría amablemente todo este escepticismo. Y si había un Dios, entonces también podría haber un infierno para la gente que no lo apreciaba.

Tuve que buscar una explicación para salir del atolladero, aunque me quedé algo inquieta. Me convencí a mí misma de que, si Dios se molestaba en enviarme un milagro, seguramente tendría el sentido común para hacerme creer en él. Un milagro es algo en lo que tienes que creer. Realmente no creía en eso, así que no pudo haber sido un verdadero milagro. De todos modos, resolví que no tenía que decidir-

me de inmediato. Había mucho tiempo para eso. Lo pensaría todo después. Me estaba cansando mucho, así que entré y después de un rato me quedé dormida. Tuve algunos sueños incómodos, pero no los recordaba cuando me desperté al día siguiente.

Aproximadamente un año después de regresar del viaje, mi hermano se casó y nos mudamos a un apartamento más pequeño. Georgia, la criada, vino con nosotros. Ella y yo habíamos sido amigas por algún tiempo, pero ahora nos volvimos mucho más cercanas. Georgia era de Alabama y no tenía familia en Nueva York, así que ella y yo nos juntamos. Solíamos hablar de cosas bastante a menudo, aunque no hablamos de religión durante algún tiempo. Pero una vez que mencionó el tema, me interesé mucho en su religión y le pedí que me lo contara todo. Georgia era bautista. Su Iglesia oficialmente creía en el infierno, me dijo, pero me di cuenta de que su propio Dios personal era bastante amistoso y no iba asustando a la gente con fuego infernal y condenación. Aparentemente, él no molestaba a sus hijos con demandas poco razonables, pero tampoco los defraudaba y lo arreglaba todo para que las cosas siempre salieran bien al final. Esto me pareció lo suficientemente bueno. No estaba muy convencida de que todo fuera a resultar bien conmigo.

Georgia leía la Biblia todas las noches, y empecé a ir a su cuarto para que pudiéramos leerla juntas. Era una cosa agradable de hacer antes de acostarse. Mi madre, al parecer, había dejado de ser teósofa, pero no hablaba conmigo de sus recientes aventuras religiosas y no me gustaba plantear la cuestión yo misma. Todavía llevaba mi medalla de la Santísima Virgen, pero nunca había podido llegar a una conclusión definitiva sobre mi milagro. De vez en cuando lo recordaba, pero siempre mantenía una postura firme. Mientras tanto, Georgia y yo leíamos la Biblia por las noches.

Un domingo, me preguntó si me gustaría ir a la iglesia con ella. Quedaba en la ciudad, y me lo contó todo por el camino. Estaba muy emocionada. Georgia dijo que Dios nos estaría esperando, y ella generalmente tenía razón. Antes del servicio, me llevó delante de la iglesia y me presentó al ministro, quien me dijo: «Dios te bendiga». Entonces Georgia y yo nos sentamos juntas y esperamos al Señor.

La gente en la iglesia de Georgia cantaba canciones que eran muy diferentes a todo lo que yo había escuchado antes. Las cantaban una

y otra vez, comenzando suavemente y sonando cada vez más fuerte. Era tan hermoso que podía romper a llorar. Muchas personas lo hacían. Pero la mayoría de ellos se alegraban, y comenzaban a aplaudir y a marcar el ritmo con los pies. Algunos de ellos incluso se levantaban de sus asientos o salían a los pasillos y empezaban a gritar. Me di cuenta de que se sentían maravillosamente bien, aunque no podía entender la mayoría de las palabras que gritaban. No estaba segura de que estuvieran hablando inglés. Era obvio, sin embargo, que estaban en términos amistosos con Dios, y muy acostumbrados a hablarle abierta y directamente. Al principio me sorprendió bastante todo eso. Siempre me había dirigido a Dios formalmente, con respeto e incluso deferencia, pero con poca intimidad. Al principio no sabía qué hacer con este enfoque tan diferente, e incluso pensé que podía ser un error. Pero pronto mis pies también comenzaron a moverse con la música. Un poco después ya estaba aplaudiendo, terminé cantando en voz alta como todo el mundo.

Georgia se balanceaba de un lado a otro con los ojos cerrados, pero de vez en cuando miraba hacia mí y sonreía. Me sentía feliz y como en casa. Entonces el ministro nos dio una maravillosa charla. Nos habló de Dios, del cielo y de la salvación. Dijo que este mundo no era el lugar al que realmente pertenecíamos, y que nos esperaban cosas maravillosas. Algún día, dijo, todos estaríamos con el Señor para siempre. Todo lo que necesitábamos era fe. La fe era el don de Dios, y a cualquiera que la pidiera se la daría. Hubo una «colecta de consagración» después del sermón, que Georgia me explicó. Si querías algo especial, consagrabas tres monedas de diez centavos a Dios y le pedías fe. Después de eso, cantamos un poco más, y entonces todos salieron a dar la mano al ministro. Cuando llegó mi turno, me preguntó si me gustaba el servicio y le respondí que había sido maravilloso. Dijo que debería volver y me dio una palmadita en el hombro.

Ahora que había sido especialmente invitada fui a la iglesia con Georgia lo más a menudo posible, y consagué mis tres monedas de diez centavos para la fe. En la iglesia rezaba y cantaba con todos los demás, pero afuera, cuando intentaba hablar con Dios, nunca estaba muy segura de que alguien estuviera allí para escuchar. Algo faltaba. Y finalmente un día descubrí lo que era. Georgia me llevó un domin-

go a un servicio de bautismo. Gente con largas túnicas blancas estaba de pie al lado de una piscina de mármol frente a la iglesia. El ministro, que ahora era un gran amigo mío, estaba en la piscina y echó suavemente a cada uno de los presentes en el agua. Después, salieron de la piscina por el otro lado y se unieron a las filas de los redimidos. Me impresionó mucho. Antes de la ceremonia, el ministro había dicho: «Los que hoy han de ser bautizados han venido a cumplir los deseos del Señor. Él nos ha dicho que debemos ser bautizados para estar a salvo. A menos que sean bautizados no podrán ser puros de corazón, y a menos que sean puros de corazón no podrán ver a Dios». Eso era, me dije a mí misma. Hay que estar bautizado antes de poder ver a Dios. Yo no había sido bautizada. Eso era lo que faltaba.

Esa noche hablé con Georgia sobre el bautismo. Ella había sido bautizada en el sur y dijo que era la experiencia más maravillosa de su vida. Que cuando te bautizas, el Espíritu del Señor desciende sobre ti y hace un milagro en tu corazón, y después tienes una gran fiesta. El bautismo te hace un verdadero hijo de Dios. Después de todo, la Biblia dice que debes ser bautizado. Georgia tomó la Biblia y me mostró el pasaje. Eso era lo que decía, muy bien. No había duda de ello. Le dije a Georgia que quería ser bautizada lo antes posible, y ella me sugirió que hablara con su ministro al respecto. Fue muy muy agradable. Estuvo de acuerdo en que yo me bautizara, pero al parecer había un problema que no había previsto. Cuando un ministro te bautiza, se espera que te unas a su iglesia. Como hijo de Dios te conviertes en un miembro del hogar de Dios. El ministro, por supuesto, me bautizaría si yo quería que lo hiciera, pero pensaba que tal vez estaría mejor si yo fuera bautizada en una iglesia que estuviera, bueno... Dudó un poco, y luego dijo que más cerca de mi casa. Quizá debería irme a casa y pensarlo.

Fui a casa y lo pensé. No me había dado cuenta de que unirme a la iglesia era parte de ser bautizado, y sentía que al menos uno debía creer en Dios primero antes de dar un gran paso como ese. Probé con el ministro de una iglesia bautista cerca de donde yo vivía, pero él dijo casi lo mismo. Él estaría feliz de bautizarme y aceptarme como miembro de la iglesia. Esas parecían ser las reglas. Por fin encontré a un ministro que celebraba servicios especiales en una especie de gran casa de reuniones, y también tenía allí servicios especiales de

bautismo una vez al mes. Georgia y yo fuimos a una de sus reuniones, y ella me explicó que él era un evangelista del Señor, y tenía una misión especial convirtiendo gente. Después del servicio, que fue muy emocionante, subí y le pregunté al ministro acerca de ser bautizada allí. Me preguntó todo sobre mí y mi religión, y también sobre mis padres y la de ellos. Dijo que me bautizaría, pero pensó que yo debía preguntarles a mis padres primero. Ser bautizado, dijo, era un paso muy serio. Significaba adoptar una posición definitiva sobre Dios, y él pensaba que mis padres podrían tener fuertes convicciones sobre el asunto. Dije que no creí que les importara, pero él dijo que nunca se sabe. Él no se negaría a bautizarme aunque a ellos no les gustara la idea, pero pensaba que al menos yo debía decírselo. Sentía que mi padre especialmente podía tomar mi bautismo con dificultad, siendo judío. Yo hablaría con ellos y volvería a verlo.

No esperaba que mi madre se opusiera, y no lo hizo. Le gustó la idea y prometió comprarme un libro de bolsillo que yo deseaba como regalo especial. Estaba mucho más preocupada por mi padre. Era difícil imaginar cómo se sentiría sobre cualquier cosa. Tal vez el ministro tenía razón. Tal vez mi padre tuviera convicciones firmes sobre el bautismo. Puede que incluso se enojara mucho. No podíamos saberlo. Dudé un poco antes de preguntarle, y cuando finalmente fui a hablar con él, tuve muchos problemas para empezar. Después de cambiar incómodamente de un pie a otro, por fin lo conseguí.

—Padre, he decidido bautizarme —le dije—. ¿Cómo te sientes al respecto?

Papá dijo que pensaba que yo debía bautizarme si quería. Esperé a que él dijera más, pero obviamente no vio la necesidad de hacerlo. Sin embargo, sentía que había más cosas que decir.

—No te importa, ¿verdad, padre? —le pregunté, ansiosamente—. Quiero decir, ¿no estás enfadado o algo así?

—¿Yo? —preguntó mi padre, obviamente sorprendido—. ¿Por qué debería estar enojado?

Todavía no estaba satisfecha. De alguna manera no me parecía bien librarme tan fácilmente.

—¿Estás seguro de que no te importa? —pregunté.

Mi padre confirmó que estaba bastante seguro de que no le importaba. Supongo que debería haber estado contenta. Había conseguido

lo que quería, y no podía entender por qué me sentía tan infeliz. Obviamente, mi padre no tenía nada más que decir. Me fui muy rápidamente, porque no quería que notara que tenía lágrimas en los ojos. Al día siguiente regresé y le dije al ministro que mis padres no se oponían a mi bautismo. El domingo siguiente iba a haber una ceremonia de bautismo, y yo iba a ser incluida. Me dijo que mientras tanto rezara, y dije que lo haría, o al menos haría lo mejor que pudiera. El ministro dijo que eso era todo lo que se necesitaba.

Georgia vino a mi bautismo como mi testigo y mi amiga. Me ayudó a prepararme y a ponerme la bata blanca. Ella estaba muy emocionada, y me decía que iba a tener la experiencia más maravillosa de mi vida. Esperaba que tuviera razón. Después de la ceremonia me vestí y fui al despacho del ministro para obtener mi certificado bautismal, mientras Georgia guardaba mis cosas mojadas en una bolsa que habíamos traído con nosotros. El ministro quería asegurarse de que el nombre fuera correcto, así que me pidió que se lo deletreara. Mi nombre de pila salió bien, pero cuando llegué a mi apellido hice algo muy peculiar. Me sorprendí mucho cuando lo hice, y después me sentí demasiado avergonzada como para corregirlo. En vez de darle el apellido de mi padre, le di el nombre de soltera de mi madre como mío. Me puse roja, pero ya estaba hecho y lo dejé ir. El ministro hizo el certificado y me lo entregó. Lo escondí en mi bolso y corrí hacia Georgia. Me alegré de que ella no me hubiera oído cometer ese terrible error.

De camino a casa, Georgia dijo que pensaba que debíamos hacer una especie de fiesta, así que me invitó a un helado y una tarta, y me compró una caja de dulces después. Disfruté de la fiesta, pero cuando llegamos a casa empecé a sentirme bastante triste. No era realmente diferente, ahora que había sido bautizada, pero seguí yendo a la iglesia con Georgia un tiempo más, por si acaso. Entonces empecé a ir solo de vez en cuando, y finalmente enviaba mis tres monedas para que Georgia las consagrara por mí. No servía de nada. No tenía fe. Georgia dijo que probablemente era obra del diablo, y me sugirió que rezara de todos modos. También prometió rezar por mí. Dios no me defraudaría, estaba segura, ahora que yo había sido debidamente bautizada. Le tenía mucho cariño a Georgia. Ella había sido amable conmigo. Le agradecí sus oraciones y lo dejé así.

Poco después de eso me topé con otros problemas. Había sido gorda desde hacía mucho tiempo, pero no me preocupó demasiado hasta que los niños comenzaron a ser importantes. En las fiestas, los chicos me tomaban el pelo por ser gorda, y no me pedían que bailara ni me llamaban por teléfono para citas. Me sentía muy miserable e hice lo que siempre hacía cuando me sentía muy miserable. Comía. Cuanto más comía, más gorda estaba. Comencé a rechazar todas las invitaciones, y volvía a casa después de la escuela y me quedaba allí. No había encontrado a Dios, y empezaba a parecer que tampoco era querida en la tierra.



Helen a los dieciséis años

Mi madre se dio cuenta de que tenía problemas y trató de ayudarme. Había encontrado al más maravilloso practicante de la ciencia cristiana que, decía, le había mostrado la luz. Después de todo, no tenía nada que perder y hasta podría salir ganando un poco. Mi madre me dio un libro sobre ciencia cristiana para leer primero. Desgraciadamente, no me impresionó mucho en un sentido ni en otro, y fui al practicante más en un espíritu de esperanza que de fe. El hombre me dio muchas razones para discutir con la simplicidad de la repetición frecuente, pero no pude evitar pensar que con su forma de argumentar se podía probar cualquier cosa. Pronto me di cuenta de que me enfrentaba al mismo viejo problema. Primero tienes que creer y luego encontrar pruebas de lo que crees. No tenía sentido volver a pasar por todo eso.

Pero el mundo seguía conmigo y tuve que lidiar con ello de alguna manera. Decidí retirarme de la vida social y convertirme en una «intelectual», pero ahora rechazaba las invitaciones porque prefería quedarme en casa y leer, y cuando no venían las invitaciones no me importaba porque tenía algo mejor que hacer. Eventualmente, dejé de comer demasiado y adelgacé, pero había asumido la idea de que el mundo era un lugar incierto y traicionero, y no estaba ansiosa por volver a él. De hecho, no sabía mucho al respecto. Me había perdido las primeras etapas de fiestas y citas, y no estaba al día con las películas y obras populares. No entendía de qué hablaban los niños y niñas de mi edad, y con el paso del tiempo fue cada vez más difícil para mí comunicarme con ellos. Seguí siendo una «intelectual». No tuve mucha elección en el asunto, realmente.

Universidad y matrimonio

Para cuando ingresé a la universidad en 1931, ser intelectual era mi principal fuente de consuelo y protección. Me especialicé en inglés, y le dije a mi madre que tenía la intención de convertirme en profesora, como ella lo había sido. Mi madre estaba encantada con esta idea, y yo también lo estaba. Parecía un pensamiento amable. Sin embargo, esta no era mi intención secreta. No tenía ninguna duda de que algún día sería una gran escritora, probablemente una novelista

de fama internacional. Viviría sola y escribiría. Yo sería diferente a los demás, pero claramente mejor. En vista de mi meta secreta, la intensa dificultad que tenía para escribir cualquier cosa me resultaba particularmente penosa. Además, era tan susceptible acerca de mi redacción que, incluso cuando finalmente conseguía poner algo sobre el papel, era muy probable que lo ocultara y me negara a entregarlo. Resultaba difícil ignorar que eso no se ajustaba con mi futura carrera tal como la imaginaba. De alguna manera, logré integrarlo a mi rol de intelectual y de futura gran escritora, aunque nunca me sentí demasiado cómoda al respecto. Como intelectual era hipercrítica, y como futura escritora era hipersensible. Algún día esos atributos serían parte de mi eminencia, aunque por el momento eran difíciles de sobrellevar.

Mientras tanto, leía mucha filosofía y literatura, y me involucré alegremente con los sistemas de pensamiento, las leyes del razonamiento y la lógica en particular. Al negocio de vivir le presté la menor atención posible. En mi segundo año en la universidad conocí a Louis, un chico que trabajaba en la biblioteca. También era un «intelectual», y empezamos hablando de libros. Nos adentramos en la filosofía, en la que también estaba interesado. No había salido mucho con chicas, y se alegró de poder hablar con alguien que no le hacía sentirse incómodo. Comenzamos a vernos cada día para el almuerzo, y luego cada noche también. Unos meses después de conocernos me pidió que me casara con él. Era la única propuesta que tenía. Era también la única que él había hecho. Hablé de la idea con mis padres, o al menos con mi madre. Mi padre dijo que apenas conocía al joven y que no podía opinar mucho sobre el asunto. Mi madre, aunque un poco vacilante porque el joven era judío, estaba muy entusiasmada con el matrimonio. Ella me preguntó si estaba segura de que él era realmente el correcto, y yo le dije que lo era, sin saber realmente qué más decir. Entonces mi madre me besó y empezó a organizar una fiesta. Y así, al parecer, estaba comprometida. Me casé unos meses después, en 1933. Mi esposo no es religioso, y para complacer a sus padres organizamos una pequeña ceremonia en la oficina de un rabino reformado.

El domingo antes de casarnos, Georgia hizo una consagración especial para nosotros, y esa vez lo aprecié mucho. Estaba bastante inquieta por todo el asunto. Fui a dar un paseo reflexivo la tarde antes de la ceremonia, y entre una cosa y otra me detuve en una iglesia



Helen y su esposo Louis

católica. No recé nada, pero encendí dos velas, una para mi futuro esposo y otra para mí. Me pareció una buena idea. Al día siguiente, mi padre nos llevó al templo. Estaba demasiado nerviosa por la ceremonia como para querer un asunto elaborado, y le pedí al rabino que lo hiciera lo más corto posible. Terminó en menos de diez minutos, y no tengo ni idea de lo que dijo. Mi esposo y yo nos sorprendimos un poco al darnos cuenta de que estábamos casados. Después de la ceremonia, cada uno de nosotros regresó a casa de sus padres para estudiar. Nos casamos a finales de mayo, durante la semana de exámenes finales.

Estar casada cambió muy poco mi vida al principio. Todavía me quedaban dos años de universidad, que quería terminar. Mi esposo se graduó el año en que nos casamos y decidió entrar en el negocio de los libros. No teníamos nada con lo que vivir mientras él empezaba, así que se mudó con nosotros por el momento. El apartamento era grande, y había mucho espacio. Además, no me sentía realmente casada y estaba muy contenta con el arreglo. Mi esposo estaba ocupado con su negocio, y yo con la universidad. Me hubiera gustado que continuara indefinidamente así, especialmente porque a Louis no le resultaba difícil. La casa seguía siendo tranquila, las comidas eran

puntuales y él y mi padre jugaban al ajedrez por las noches. Sin embargo, después de mi graduación en 1935, nos vimos obligados, de repente, a tomar un lugar propio. Mi madre se puso muy enferma, y el médico le sugirió que se liberase de todas las presiones domésticas. Mis padres se mudaron a un pequeño apartamento en un hotel que proporcionaba un servicio completo, y mi esposo y yo nos trasladamos a un pequeño piso cercano.

Mis padres ya no tenían ninguna necesidad de Georgia, pero ella había estado con nosotros tanto tiempo que era prácticamente un miembro de la familia. Además, la decisión de abandonar el apartamento había sido muy repentina, y ella no había tenido la oportunidad de mirar a su alrededor. Los tiempos eran malos, también, y pocas familias eran capaces de permitirse criadas en esos años. Georgia no había trabajado para ninguna otra familia desde que llegó del norte de Alabama siendo niña, y mis padres sentían una verdadera obligación hacia ella. Llegaron a un arreglo muy generoso para ella, y también para mí. Mi esposo y yo apenas podíamos pagar una criada, pero mis padres accedieron a seguir pagando el sueldo de Georgia y hacer que ella viniera a trabajar para nosotros. Agradecí esta decisión, no solo porque no sabía cocinar. Georgia era una amiga muy antigua y era agradable tenerla cerca.

La librería de mi esposo estaba muy lejos de nuestro piso, y cuando decidimos que yo también trabajaría allí era obvio que mudarnos cerca era lo más sensato. Encontramos un apartamento a unas manzanas de la librería, pero no me gustó en absoluto. Estaba muy lejos de donde vivían mis padres, y no podía superar la sensación de que no pertenecía allí. Cuando empecé a ayudar a mi esposo en la librería, eso tampoco me gustó. Traté de pensar que era «nuestra» tienda, pero nunca pude arreglármelas.

Aproximadamente un año después me puse muy enferma, y el médico me dijo que necesitaba una operación, lo que me asustó de muerte. Tenía pesadillas de que me agarraban en una camilla y me ponían una máscara negra sobre la cara. Me despertaba gritando casi todas las noches. Me aterroricé durante varios meses, durante los cuales simplemente enfermaba y enfermaba. Por fin volví a hablarlo con el médico. Me aseguró que la cirugía no era gran cosa y que yo no me enteraría hasta que terminara. También estaba bastante seguro de que

saldría en una semana o así. Estaba demasiado enferma para retrasarlo por más tiempo, y arreglé todo para ir al hospital al día siguiente.

Esa noche me senté sola y traté de organizarme. Sería mucho más fácil, pensé, si creyera que Dios cuidaría de mí. Supongo que había una posibilidad de que existiera después de todo. Ciertamente el hecho de que yo no creyera en él no tenía nada que ver con su existencia de un modo u otro. En cualquier caso, no debería ser perjudicial intentar llegar a un compromiso razonable. Yo pondría la operación en las manos de Dios en caso de que existiera, y si las cosas salían bien, podría incluso volver a creer en él. No había nada que perder al intentarlo. Dije la oración del Señor, puse mi operación en las manos de Dios, y al día siguiente fui al hospital con mi medalla de la Santísima Virgen en el cuello.

Todo salió mal. Estuve inconsciente durante mucho tiempo, y no salí del hospital en más de cuatro meses. Una de las enfermeras que me cuidaba era católica y muy religiosa. Ella pensó que yo también era católica, habiendo visto la medalla que llevaba puesta. Me dijo que había estado rezando por mí todos los días, y que había ofrecido una misa de acción de gracias cuando finalmente recuperara la conciencia. Dios había sido muy bueno conmigo, me dijo, y fue un verdadero milagro que yo hubiera logrado salir adelante. Yo no lo vi de esa manera. Estaba muy enojada por todo el asunto, y me mantuve enfadada durante años. Si esa era la idea de Dios de hacer que las cosas salieran bien, pensé, ciertamente tenía un sentido del humor desagradable. La enfermera no aprobó mi actitud y dijo, bastante severamente, que seguiría rezando por mí. Dios me haría ver las cosas correctamente. Ella no creía que yo apreciara todo lo que Él había hecho por mí.

Esa última observación me sonó familiarmente conocida, lo que me enfureció aún más. Le dije a la enfermera que no podía evitar que rezara, por supuesto, pero agregué que le agradecería que no le pidiera a Dios otro milagro hasta que al menos fuera lo suficientemente fuerte para hacer frente a este. Dije que, considerando todo, había tenido suerte de haber sobrevivido. De hecho, estaba dispuesta a esperar mucho tiempo antes del siguiente, y le sugerí que le dijera a Dios que no había prisa. La enfermera me respondió que era obvio que tenía mucha necesidad de oraciones, independientemente de cómo me sintiera, y que seguiría tratando de ayudarme a pesar de mi

falta de aprecio por el milagro que Dios me había concedido. Sentí cualquier cosa menos gratitud por su ayuda continua, y se lo dije. Lo que realmente necesitaba era sentirme mejor y salir del hospital, y no me parecía probable que las oraciones me ayudaran en eso.

Durante todos los largos días que pasé en el hospital apenas podía esperar para salir, pero cuando finalmente me fui a casa no estaba nada entusiasmada. Hasta que enfermé, siempre había tenido la vaga idea de que no me pasaría nada malo. Ahora sentía que solo era probable que ocurrieran cosas malas, y el desastre real parecía inevitable. Caminaba de puntillas, esperando a que el hacha cayera. No estaba dispuesta a arriesgarme con nadie ni con nada. Estaba convencida de que nadie se preocupaba demasiado por mí, una creencia que ni mi esposo ni Georgia podían quitarse de encima. Me sentí abandonada tanto por la tierra como por el cielo. Estuve enferma durante mucho tiempo, pero al final me vi obligada a reconocer que estaba mejor físicamente y tuve que declarar una moratoria sobre mi invalidez, una decisión que el médico consideraba que había retrasado demasiado. Sin embargo, fue una decisión que me dejó en una situación muy difícil. El estar enferma me había dado vacaciones de mis problemas, pero los problemas seguían ahí y mi enfado no me ayudaba a resolverlos.

Pasaron años antes de que por fin me diera cuenta de que existía la posibilidad de que hubiera estado mirando las cosas de forma equivocada. Había tardado más de veinte años en sospechar siquiera esa posibilidad. Habiendo aceptado tanto, comencé a repasar mi vida hasta ahora, y entre otras cosas revisé mi larga y errática búsqueda de Dios. Estaba claro que no había llegado a ninguna parte con eso. Admito que la culpa pudo haber sido mía. Tal vez, como la enfermera había dicho en el hospital, no apreciaba todo lo que Dios había hecho por mí. Recordaba que ya antes de eso había tenido problemas para aceptar otro milagro. Sin embargo, pensaba que la gente solo puede poner en marcha proyectos lo mejor que pueda, y a mi manera sentía que lo había intentado. No tenía sentido especular sobre cómo habría resultado la búsqueda si la hubiera hecho de otra manera. Si Dios existía, cosa que yo dudaba mucho, algún día podría plantear la cuestión de la religión personalmente. Si él no existía, bueno, entonces sería así. Para mí, la búsqueda había terminado.

No obstante, de mi período de recapitación surgieron algunas conclusiones más positivas. Era verdad que no había encontrado los verdes pastos. De hecho, estaba sentada en mi casa en ese mismo momento, pero no me había dado cuenta. Además, no vivía sola, mi marido vivía allí conmigo. Al fin pensaba en él. Decidí que era muy amable. Él no era Dios, por supuesto, pero eso probablemente estaba igual de bien, considerando todas las cosas. Y parecía el tipo de persona con la que se podría establecer una relación razonablemente buena. Tomaría un tiempo, naturalmente, y podría ser bastante difícil a veces, pero sería mejor que empezara. Hemos estado casados desde hace mucho tiempo, y en general nos gusta así.

Cuando me alejé de la búsqueda del Cielo, me di cuenta de que era mejor empezar a buscar una buena manera de pasar el resto de mi vida en la tierra. Esto, reconocí, podría ser difícil, ya que sabía muy poco del mundo. Pero de nuevo, mejor que empezara ya. Georgia se ocupaba de nuestras tareas domésticas, y no teníamos hijos que ocuparan mi tiempo. Al principio lo intenté de nuevo con el negocio de los libros. Mi esposo es un bibliófilo de primera clase, que había pasado gran parte de sus primeros años escolares faltando a clases y leyendo alegremente en la biblioteca pública. Había creado una excelente biblioteca, y aún estaba más interesado en comprar y leer libros que en venderlos. Sin embargo, logramos salir adelante y las finanzas no fueron un problema demasiado serio. Mi padre estaba dispuesto a ayudarnos si necesitábamos algo. Pero mientras que el negocio del libro era claramente el lugar correcto para mi marido, era claramente el incorrecto para mí. Empecé a ir allí cada vez con menos frecuencia, y por lo general me peleaba con mi esposo cuando lo hacía. Al parecer no nos llevábamos bien en los negocios. Empecé a sentirme atrapada en una mala situación, sin una idea clara de cómo salir de ella.

Por un tiempo comenzó a parecer que mi búsqueda terrenal podría resultar tan ineficaz como mi búsqueda del Cielo. Sin embargo, a pesar de mi creciente depresión, tuve que reconocer que era singularmente libre de hacer lo que quisiera. Mi esposo me dio apoyo activo y aliento en la planificación de una carrera independiente, y mi padre no se opuso a pagar cualquier gasto que pudiera estar involucrado. El problema era que no podía tomar una decisión sobre lo que quería hacer. Era obvio que no iba a ser la gran escritora que una vez había

imaginado. Sin embargo, seguí considerando varias carreras en gran parte al nivel de la fantasía, sin considerar seriamente la necesidad de emprender una formación realista. Había estado fuera de la universidad por un tiempo, y tenía miedo de volver a la facultad. La verdad es que me asustaba mucho el fracaso.

Mi marido demostró una paciencia ejemplar durante nuestras largas y frecuentes discusiones sobre mi posible carrera, pero yo estaba tan insegura que tardé años en tomar una decisión. Incluso después de haber decidido más o menos convertirme en psicóloga, mis esfuerzos se limitaron durante mucho tiempo a interminables discusiones con él, a escribir para catálogos de cursos y a hablar de las posibilidades de formación con los asesores universitarios. En realidad, no sabía lo que era la psicología. Solo tenía una vaga idea de que en ella podría encontrar algunas de las respuestas que necesitaba. Finalmente me decidí a superar mis miedos y entrar en la escuela de posgrado, pero al coste temporal de la perspectiva del proyecto. Volví a la universidad en 1952 con el impulso casi feroz de obtener las mejores notas. Habiendo fracasado en la búsqueda del cielo, estaba sombríamente decidida a triunfar en la tierra.

Mi madre murió mientras estaba considerando las posibilidades de Unity, por lo que no tuvo tiempo de llegar a ninguna conclusión. Recuerdo las palabras en su funeral: «... y ha complacido a Dios Todopoderoso llamar a su hija al descanso eterno...». Espero que haya sido así con mi madre. Después de todo, sería justo. Mi padre murió unos años después. Mi hermano y yo nunca nos habíamos conocido bien, pero hablamos bastante después del funeral de mi padre. Para mi sorpresa, me preguntó qué clase de persona creía que era mi padre. Le dije a mi hermano que él había estado en el negocio con mi padre durante varios años y lo había visto todos los días. Seguramente estaba en mejor posición que yo para conocerlo.

—Sabes, es curioso —respondió mi hermano, después de un silencio bastante largo—, nunca descubrí mucho sobre él. Pensé que tal vez tú sabrías.

Solo moví la cabeza. Ambos permanecemos en silencio durante un tiempo, y luego estuvimos de acuerdo en que ya no importaba. En cuanto a mí, no era el primer problema que dejaba sin resolver, y probablemente no sería el último. Estaba dispuesta a dejarlo pasar.

De los dioses antiguos solo queda Georgia. Ella misma es una especie de milagro. Su cabello es blanco, pero por lo demás ha cambiado muy poco. No tengo ni idea de su edad, y dejó de contar los años hace mucho tiempo. Ella sigue yendo a la iglesia regularmente, y reza una oración por mí todos los días. Insiste todavía en que el Señor se me revelará, y yo siempre sonrío, pero no contesto. Realmente no tengo nada que decir. Sin embargo, me gusta pensar en Georgia rezando por mí, y saco mi medalla de la Santísima Virgen y la miro de vez en cuando. Odiaría perderla, de cualquier manera. Más allá de eso, ya no pienso en la religión con mucha frecuencia.

Parte II

Resultó que el tema de la religión no era un tema cerrado, y se volvió a plantear de la manera más inesperada. En realidad, el primer episodio de una larga y sorprendente serie de acontecimientos tuvo lugar en un momento particularmente improbable. Había pasado del agnosticismo al ateísmo enfadado, habiendo llegado a un punto en el que la mera mención de la religión me irritaba. Estaba fuertemente equipada con armas «científicas», preparada e incluso deseosa de luchar contra las ideas incluso remotamente religiosas. También estaba enfadada con la gente. Parecían haber desarrollado una tendencia a la manipulación y la falta de consideración en un grado que no había sospechado anteriormente. Me sentía cada vez más desposeída, poco valorada y resentida, y no tenía ni idea de que estaba bastante deprimida y ansiosa. Creía firmemente que por fin había superado la superstición, y finalmente estaba mirando las cosas con realismo.

Una fría tarde de invierno de 1938, mi esposo y yo fuimos a visitar a unos amigos que vivían a cierta distancia. Odiaba el transporte público y lo evitaba siempre que era posible. Fui una tomadora secreta de taxis durante años antes de casarme, pero generalmente me bajaba del taxi a una manzana más o menos de nuestro edificio porque mi padre desaprobaba enérgicamente su uso, excepto en emergencias. Ahora ya no veía ninguna necesidad de tal comportamiento exculpatorio. Quería tomar un taxi esa noche, sobre todo porque empezaba a nevar. Mi esposo me recordó, para mi gran disgusto, que el viaje era largo y el metro estaba a solo una manzana de distancia.

Sin expresar más objeciones, marché airadamente al metro, decidida a sufrir. Cuando llegamos a la plataforma del metro, un tren se estaba alejando y tuvimos que esperar unos veinte minutos para el siguiente. Me enfurecí más a medida que pasaban los minutos. Cuando finalmente llegó el siguiente tren, estaba lleno, y tuvimos que per-

manecer de pie durante bastante tiempo antes de sentarnos sobre un radiador muy caliente. En cada estación, un vendaval helado soplabla mientras las puertas se abrían.

Estaba cada vez más convencida de que sufriría una neumonía, probablemente en ambos pulmones. Como un peligro adicional, la gente estaba tosiendo y estornudando a nuestro alrededor, y casi podía ver los gérmenes atacándonos. Me convencí de que la falta de consideración de mi marido probablemente tendría un desenlace fatal. Que estuviera felizmente absorto en su periódico tampoco ayudaba en nada. Además de ser peligrosa, la situación me pareció completamente repugnante. El tren olía a ajo y cacahuets, y la gente parecía sucia y miserable. Al otro lado del pasillo, un niño con las manos manchadas de chocolate le dio una palmadita en la cara a su madre y le dejó huellas digitales sucias en la mejilla. Junto a ella, otra madre se limpiaba el abrigo donde su bebé había vomitado. Un niño sentado en algunos asientos más atrás recogió un chicle del suelo y se lo puso en la boca. En el extremo lejano del tren, un grupo de ancianos discutían acaloradamente mientras sudaban a mares. Cerré los ojos con asco, sintiéndome mal del estómago.

Y entonces ocurrió algo impresionante. Fue una luz cegadora detrás de mis ojos que iluminó mi mente por completo. Sin abrir los ojos, me parecía ver a mi propia figura caminando directamente hacia la luz, como si supiera exactamente lo que estaba haciendo. De hecho, era como si la situación le fuera completamente familiar. Por un momento, se detuvo y se arrodilló, tocando el suelo con los codos, las muñecas y la frente en lo que parecía una expresión oriental de profunda reverencia. Entonces se levantó, caminó hacia un lado y se arrodilló de nuevo, esta vez parecía descansar su cabeza sobre una rodilla gigante. El contorno de un enorme brazo parecía rodearla y desapareció. La luz se tornó aún más brillante, y sentí el amor más indescriptible e intenso fluyendo de ella hacia mí. Era tan poderoso que literalmente me quedé sin aliento y abrí los ojos.

Vi la luz un instante más, durante el cual me enamoré de todos en el tren con esa misma intensidad increíble. La luz se desvaneció y la vieja imagen de suciedad y fealdad volvió. El contraste fue verdaderamente impactante. Me llevó varios minutos recuperar una apariencia de serenidad. Entonces busqué con incertidumbre la mano de mi marido.

—No sé cómo explicar esto —dije con voz temblorosa— y me resulta muy difícil describirlo. Pero, bueno... —dudé un momento, y luego continué sin aliento—, vi una gran luz, y de ella salían ondas de amor, y cuando abrí los ojos los amé a todos. Todo se ha ido ahora, y no entiendo qué ha pasado.

Mi esposo, un lector omnívoro durante años, había hojeado algún material sobre el misticismo una que otra vez, encontrando el tema de algún interés, aunque difícilmente digno de investigación científica. No parecía sorprendido, y simplemente me dio unas palmaditas en el hombro.

—No te preocupes —dijo tranquilizador, recogiendo su periódico—. Es una experiencia mística muy común. No lo pienses más.

Intenté seguir su consejo y lo conseguí parcialmente. El episodio no encajaba en mi vida consciente, que permaneció inalterable durante mucho tiempo. Sin embargo, la experiencia quedó suspendida en un pequeño rincón de mi mente, aunque no pensé seriamente en ella durante años. Paso bastante tiempo antes de que me ocurriera algo de similar naturaleza. Mientras tanto, continué mis estudios con mi ateísmo inamovible.

Una nueva carrera y Bill Thetford

Tuve suerte como estudiante y más tarde como psicóloga principiante. Todo tipo de oportunidades aparecieron sin buscarlas. Inmediatamente después de la graduación, la universidad me propuso para una beca basada en mi tesis doctoral y esta fue aprobada. El proyecto resultó bien, y el jefe del departamento me ofreció una tarea de docencia y me sugirió que presentara propuestas adicionales. Esta vez mi suerte parecía cambiar. Tenía la perspectiva de dirigir un departamento de investigación grande y en crecimiento, y estaba muy ansiosa de que las propuestas fueran aprobadas. El día en que se consideraban, yo estaba fuera de mí y salí a caminar porque literalmente no podía quedarme sentada. Para mi propia sorpresa, me encontré en una iglesia católica, y para una sorpresa aún mayor, encendí una vela y dije una oración. Quizás sentí que le daría a Dios otra oportunidad. Sin embargo, no estaba dispuesta a darle ninguna opción en cuanto al

resultado. Quería que se financiaran esas propuestas y eso era todo. Antes de que terminara de hacer mi petición, sabía cuál sería el resultado. El departamento en el que estaba era el lugar equivocado para mí, y no debía quedarme allí. Esto era totalmente inaceptable para mí, y salí de la iglesia enfadada. Esa noche supe que las propuestas habían sido rechazadas. Era el año 1958.

Después de eso no hice nada durante varias semanas, y me deprimí cada vez más. Me sentía miserable sin un trabajo, pero no hice nada por encontrar uno. En realidad, había hecho excelentes contactos y probablemente solo necesitara llamar a uno o dos amigos. Finalmente reconocí la sinrazón de mi posición, y me puse a llamar. Había estado trabajando en un área altamente especializada, en la que se necesitaba mucha gente con formación y experiencia. La primera persona a la que llamé inmediatamente me dio una lista de pistas prometedoras. Estaba a punto de tratar de encontrar el primer nombre que mi amigo me había sugerido, cuando me devolvió la llamada.

—Olvídate de la lista que te di —dijo enfáticamente—. ¿Conoces a Bill Thetford?

—Nunca lo he oído nombrar —contesté.

—Llámalo ahora mismo —continuó mi amigo—. Es el director del programa de psicología del Hospital Presbiteriano. Aquí está su número. Y cuando lo tengas, asegúrate de decirle que yo dije que eres la persona que él está buscando

No quería trabajar en un entorno médico, y lo poco que mi amigo me había dicho sobre el trabajo no era muy atractivo. Sin embargo, en vista de su sentido de urgencia, hice que el doctor Thetford fuera mi primera llamada. Cuando entré en su oficina unos días después, hice el primero de una serie de comentarios silenciosos que yo misma no entendía. «Y allí está él», me dije a mí misma. «Se supone que es a él a quien debo ayudar».

Después de que Bill y yo nos conociéramos mucho mejor, ocurrió algo bastante similar. Fue otro de esos momentos extraños, sin relación alguna, que de alguna manera pareció irrumpir en mi conciencia sin ninguna conexión con mi vida en curso. Durante un breve intervalo parecí estar en otra parte, diciendo, como si respondiera a una llamada silenciosa, pero urgente: «Por supuesto que iré, Padre. Está atascado y necesita ayuda. ¡Además, será por tan poco tiempo!». La

situación tenía algo de la naturaleza de un recuerdo olvidado hacía mucho tiempo, y yo era consciente de que estaba en un lugar muy feliz. No tenía ni idea de a quién me dirigía, pero estaba segura de que estaba haciendo algún tipo de compromiso definitivo que no iba a romper. Sin embargo, el comentario que hice significó tan poco para mí como el anterior en la oficina de Bill, cuando nos reunimos por primera vez.

Cuando el doctor Thetford describió el trabajo durante esa primera entrevista, resultó obvio que no era gran cosa. El puesto estaba asociado a un gran proyecto de investigación que requería un psicólogo en el equipo. El trabajo solo estaba tangencialmente relacionado con mis intereses y experiencia principales, y ni el salario ni el título eran impresionantes. Después, cuando varios amigos me preguntaron por qué demonios lo había aceptado, expuse los mismos argumentos que le di a mi esposo cuando hablamos después de la entrevista. El hospital era una institución de prestigio; podía tomarme el tiempo que necesitara para una consultoría que me habían ofrecido; y me habían dicho que habría fondos disponibles para proyectos especiales que yo pudiera iniciar. Sin embargo, a la vista de sucesos posteriores, no creo que en realidad tuviera otras opciones. Ahí era donde se suponía que debía estar.

El trabajo fue horrible al principio. El hospital no proporcionaba espacio para el proyecto, y se fue haciendo cada vez más evidente que el «nivel superior» lo consideraba más como un pasivo que como un activo. Cuando el proyecto finalmente se alojó en un apartamento cercano, me establecí en la situación más aburrida y difícil de mi vida profesional. El trabajo era más que rutinario; en realidad era opresivo. Además, se realizaba en un ambiente de desconfianza y competitividad al que no había estado anteriormente sometida.

A medida que conocí mejor a Bill, aprendí también que había serias dificultades en el departamento de psicología, donde los fondos y la armonía interpersonal eran extremadamente escasos. Al igual que yo, Bill había llegado al hospital un poco para su propia sorpresa. En una reunión profesional se había encontrado con un colega al que apenas conocía y que había insistido en que viniera al hospital para dirigir un nuevo departamento de psicología allí. En ese momento, Bill tenía una posición en otro lugar que le gustaba bastante y no es-

taba considerando hacer un cambio. Sin embargo, lo presionó lo suficiente como para obligarle a decir que lo pensaría. Bajo una presión continua, aceptó visitar el hospital, ya que era difícil negarse a hacerlo. En gran parte para terminar el asunto, dijo que aceptaría la posición si se le daba un título prestigioso que no creía que pudiera conseguir. Entonces se olvidó de todo. Seis meses más tarde fue instalado en su nuevo trabajo, con título y todo.

Cuando llegué al hospital cerca de un año después, había pocas dudas de que Bill necesitaba ayuda. Parecía demacrado y necesitaba a alguien con quien hablar. Poco a poco me contó sobre los muchos problemas con los que se había enfrentado desde que llegó al hospital. No había habido un verdadero departamento de psicología antes de su llegada. En todo el hospital trabajaban de forma independiente varios psicólogos, algunos de los cuales ni siquiera se conocían. De hecho, una parte importante, aunque no especificada previamente, del trabajo de Bill había sido organizar y administrar una unidad departamental cohesionada. Era una tarea difícil.

Cuando llegué, el departamento recientemente establecido estaba dividido en facciones, y asediado por rivalidades políticas y amargos



Helen y Bill en 1960

resentimientos. Además de las obvias hostilidades, también había una curiosa apatía hacia el departamento. Bill parecía ser la única persona que realmente se preocupaba por eso. Como me dijo un día, «haría cualquier cosa por el departamento», y era evidente que lo decía en serio. Esa fue la primera nota de verdadera devoción que escuchaba desde que llegué, y provocó una respuesta inmediata. Bill y yo llegamos a un acuerdo para resolver juntos los problemas departamentales.

Nuestros intentos fueron abrumadores al principio, aunque ninguno de nosotros consideraba seriamente renunciar a nuestro compromiso. Mis esfuerzos iniciales se concentraron en redactar frenéticamente las propuestas de subvenciones contra los plazos de entrega, en un intento desesperado por obtener fondos que se necesitaban con urgencia. Era un trabajo agotador para Bill y para mí, y un callejón sin salida también. Se nos dio ánimo y tuvimos promesas de apoyo, pero nada se materializó realmente. Además de los repetidos desalientos de este tipo, hubo otra fuente de tensión que ambos encontramos aún más difícil de manejar. Bill y yo éramos un equipo bastante incompatible, y a pesar de nuestro objetivo común, nos sacábamos mutuamente de nuestras casillas durante buena parte del tiempo.

Bill es trece años más joven y un pie más alto que yo. Es callado, habla suave, y tiene tendencia a ser un poco retraído. Había vivido una vida bastante difícil, y cuando lo conocí estaba en un punto bajo de su situación personal y profesional. En ese momento era bastante vulnerable a la ansiedad, estaba deprimido y bastante pasivo. Sin embargo, mantuvo una chispa persistente de optimismo intrínseco, y una creencia encubierta en que había una salida real y que de alguna manera lograría encontrarla. En contraste, yo estaba muy ansiosa hasta el punto de la perturbación, propensa a estar angustiada, y trabajaba con una intensidad que Bill encontraba alarmante. Intenté mantener una fachada de alegría y certidumbre, pero el pesimismo y la inseguridad que había debajo estaban muy cerca de la superficie. También abordábamos los problemas interpersonales de diferentes maneras. Bill era propenso a replegarse cuando percibía una situación como exigente o coercitiva, cosa que ocurría con frecuencia. Rara vez atacaba abiertamente cuando estaba enojado o irritado, sin embargo, era mucho más probable que se volviera cada vez más dis-

tante e insensible. Yo, por otro lado, tendía a involucrarme demasiado y luego me sentía desesperadamente atrapada y resentida. La sensación de imposición, que había crecido durante años, se había hecho bastante grande.

Durante los primeros años de nuestro proyecto profesional conjunto, Bill y yo trabajamos duro, pero hubo poco progreso. Por el contrario, los contratiempos se abalanzaban sobre nosotros desde las direcciones más inesperadas. La división política continuó y la fricción interpersonal incluso aumentó. Los fondos se recortaron aún más y la rotación de personal fue enorme. A lo largo del camino, Bill y yo nos habíamos convertido en consultores para un proyecto de investigación en un centro médico cercano, donde pasábamos una hora a la semana. Lo odiábamos. Las diversas especialidades que trabajaban en el proyecto se peleaban constantemente y se volvían cada vez más agresivas y competitivas. Nuestras reuniones semanales no eran un alivio de nuestro propio entorno profesional, demasiado similar. Mientras tanto, la relación entre Bill y yo se deterioraba constantemente. Aunque nos habíamos vuelto interdependientes, también habíamos desarrollado una cólera considerable entre nosotros, y nuestros intentos genuinos de cooperar eran contrarrestados por nuestros crecientes resentimientos. Empezamos a trabajar mucho menos a la vez que experimentábamos una fatiga mucho mayor.

El punto de inflexión

Cada noche repasaba una larga lista de quejas en casa, y no tengo ninguna duda de que Bill hacía lo mismo. Se hacía evidente que lo mejor para mí era irme. Sin embargo, Bill y yo parecíamos atrapados en una relación de la que, aunque la odiábamos de muchas maneras, no podíamos escapar. Ese cambio llegó de forma inesperada. Comenzó una tarde, antes de que Bill y yo nos fuéramos a la reunión semanal de investigación. Tenía algo en mente, eso era evidente, pero le costaba mucho plantearlo. De hecho, intentó sin éxito varias veces comenzar. Finalmente, respiró hondo, se puso un poco rojo y pronunció un discurso. Fue difícil para él, me dijo después, porque las palabras sonaban triviales y sentimentales mientras las decía.

Tampoco esperaba una respuesta particularmente favorable de mi parte. Sin embargo, él se limitó a decir lo que sentía que debía expresarse. Había estado pensando las cosas, y había concluido que estábamos usando el enfoque equivocado. Nuestras actitudes se habían vuelto tan negativas que no podíamos resolver nada. Por lo tanto, había decidido ver las cosas de manera diferente.

Bill propuso, muy específicamente, probar un nuevo enfoque ese día en la reunión de investigadores. No iba a enfadarse y estaba decidido a no atacar. Iba a buscar un lado constructivo en lo que la gente decía y hacía, y no iba a enfocarse en los errores y señalar los problemas. Iba a cooperar en vez de competir. Era hora de tomar una nueva dirección. Obviamente nos habíamos equivocado de camino. Fue un discurso largo para Bill, y hablaba con un énfasis no acostumbrado mientras lo hacía. Cuando terminó, esperó mi respuesta en evidente incomodidad. Cualquiera que fuera la reacción que esperara, no fue la que recibió. Me levanté y le respondí con auténtica convicción que tenía razón, y le dije que intentaría el nuevo enfoque con él.

Ninguno de los dos lo hicimos muy bien en la reunión de esa tarde, aunque ambos lo intentamos. No puedo decir que hayamos tenido éxito del todo, pero tampoco hemos fracasado del todo. Desde entonces han ocurrido muchas cosas inesperadas. A nivel objetivo, todo el clima del departamento cambió gradualmente. Bill trabajó particularmente duro en los problemas departamentales, decidido a convertir las hostilidades en amistades. Al principio, esto le costó un esfuerzo considerable, pero finalmente tuvo éxito. Las tensiones disminuyeron y los antagonismos se disiparon. La gente equivocada se fue, aunque en condiciones amistosas, y las correctas llegaron casi inmediatamente. Un puesto seguro e interesante se abrió para mí. Aunque nuestros esfuerzos fueron incoherentes y a menudo poco sinceros, no cabe duda de que mostraron resultados. El departamento se volvió funcional, relajado y eficiente.

Mientras tanto, me sentí impulsada a retomar amistades anteriores que habían sido interrumpidas por una u otra razón. En algunos casos esto era muy difícil, especialmente cuando la ruptura había sido violenta y me había sentido injustamente tratada en el proceso. En un caso dudé durante más de un año. Sin embargo, reconocía vagamente que estas medidas reparadoras formaban parte de un período de pre-

paración obligatorio. A medida que la situación departamental mejoraba, Bill se centró en enderezar sus relaciones sociales también. Ambos sentíamos que esto era crucial. En su mayor parte, lo hicimos bien con estos intentos. Tuvimos mayores dificultades con nuestra propia relación. Tratamos de ser benévolo y comprensivos entre nosotros, ya que nos habíamos embarcado en un nuevo enfoque que obviamente debía extenderse a nosotros mismos. Sin embargo, aunque hicimos algunas mejoras, aún sufríamos brotes de antagonismo mutuo, a veces por razones que luego reconocíamos como triviales y a veces sin ninguna causa aparente. Ambos nos dimos cuenta de que se trataba de un serio obstáculo para la cooperación que tendríamos que superar.

Fue mientras tratábamos seriamente de enderezar las cosas entre nosotros que otra clase de experiencia comenzó. Tal vez estos acontecimientos parecerán más plausibles si se presentan con la mención de un rasgo tan característico de mi propia experiencia que no se me ocurrió durante años que pudiera no ser universal. Desde que puedo recordar, a menudo veía imágenes mentales muy claras cuando cerraba los ojos. Las escenas podían ser cualquier cosa: una mujer con un perro, árboles bajo la lluvia, un escaparate lleno de zapatos, una tarta de cumpleaños con velas encendidas, una escalinata bajando por un acantilado. A veces reconocía una parte de la imagen relacionada con cosas que había visto, pero incluso en esos casos había detalles que no habían estado allí. La mayoría de las escenas no parecían estar asociadas con nada.

Si bien las imágenes mentales eran particularmente nítidas justo antes de que me quedara dormida, descubrí que podía ser consciente de ellas incluso cuando mis ojos estaban abiertos, y en prácticamente cualquier momento. No interrumpían ni molestaban de ninguna manera mis actividades públicas. Era simplemente como si hubiera una actividad mental constante en el fondo que podía ser llevada más al primer plano si elegía observarla. Durante años, las imágenes mentales habían estado inmóviles y generalmente en blanco y negro, apareciendo como una serie de «fotogramas» no relacionados entre sí, pero a medida que la «aventura en la cooperación» continuaba, las imágenes comenzaron a tomar color y movimiento, y poco después aparecieron en secuencias significativas. Así, también lo hicieron

mis sueños, que a menudo continuaban con un tema que comenzaba antes de que me quedara dormida.

Bill y yo tomamos la decisión conjunta de cambiar nuestras actitudes en junio de 1965. Entre entonces y mediados de octubre, cuando comenzó la composición del «Curso», tres líneas secuenciales más o menos distintas de imágenes de fantasías y sueños alcanzaron mi conciencia consternada. Continuaron hasta bien entrada la fase de redacción y se solaparon hasta cierto punto. Sin embargo, en aras de la claridad, las describiré por separado. No tengo ni idea de si eran representaciones simbólicas, muy parecidas a imágenes de ensueño, o si de alguna manera estaban relacionadas con hechos reales. Las miraba como si estuviera viendo una película de cine, y me sentía más como público que como participante, incluso mientras contemplaba una figura que sabía que era yo misma.

Las series de visiones

Primera serie de visiones

La primera de las tres series se presentó con la imagen de una figura femenina no reconocida, muy cubierta y arrodillada con la cabeza inclinada, con pesadas cadenas enrolladas alrededor de sus muñecas y tobillos. Junto a ella, un fuego se elevaba por encima de su cabeza, proveniente de un gran brasero metálico que estaba junto a ella en un trípode bajo. Parecía ser una especie de sacerdotisa, y el fuego parecía estar asociado a un antiguo rito religioso. Esta figura se repitió casi a diario durante varias semanas, aunque cada vez con cambios notables. Las cadenas comenzaron a caerse y ella comenzó a levantar la cabeza. Lentamente se levantó, con una cadena corta y desenganchada atada a la muñeca izquierda. El fuego ardía con un brillo no acostumbrado mientras ella se levantaba. No estaba preparada para la intensidad de mis reacciones emocionales hacia ella, y no las entendía en absoluto.

Cuando la sacerdotisa levantó los ojos por primera vez y me miró, sentí un terrible temor. Estaba segura de que su expresión estaría llena de ira y sus ojos llenos de condena y desprecio. Mantuve la cabeza girada las siguientes veces que se presentó, pero finalmente decidí

mirar directamente a su cara. Cuando lo hice, estallé en lágrimas. Su rostro era suave y lleno de compasión, y sus ojos estaban más allá de toda descripción. La mejor palabra que pude encontrar al describirla a Bill fue «inocente». Ella nunca había visto lo que yo temía que encontrara en mí. No sabía de nada que justificara su condena. La amaba tanto que literalmente caí de rodillas a sus pies. Entonces traté infructuosamente de unirme a ella mientras estaba frente a mí, ya fuera poniéndome a su lado o acercándola al mío.

Mis siguientes reacciones fueron aún más extrañas. De repente, me dejé arrastrar por una sensación de alegría tan intensa que apenas podía respirar. En voz alta pregunté: «¿Significa esto que puedo recuperar mi función?». La respuesta, silenciosa pero perfectamente clara, fue: «¡Por supuesto!». No había creído que fuera posible experimentar tal felicidad como la que esa respuesta me produjo y por un momento seguí repitiendo: «¡Qué maravilloso!». Parecía que no había duda de que había una parte de mí que no conocía, pero que entendía exactamente lo que significaba todo esto. Era una toma de conciencia extrañamente dividida, de un tipo con el que me iba a familiarizar mucho más tarde.

Segunda serie de visiones

La segunda serie de imágenes, que como la primera me llegaba a veces en breves vislumbres, más bien como ensueños, y a veces en sueños mientras dormía, nos incluía tanto a Bill como a mí misma. Aparecíamos en diferentes relaciones, pero la cronología real era bastante confusa. Situaciones que parecían muy antiguas a menudo se sucedían después de situaciones casi contemporáneas. En la primera imagen de esta serie me vi en un bote remando frenéticamente pero sin llegar a ninguna parte. Mirando a mi alrededor, identifiqué el lugar como Venecia y el barquito como una góndola. Cerca había un hombre alto y delgado, bastante parecido a Bill, apoyado contra un poste de madera que sobresalía del agua. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho, y me miraba con fingida seriedad. Cada vez estaba más segura de que era Bill, vestido como un gondolero, pero con brillantes lentejuelas esparcidas por todo el traje. No se movió ni habló. Entonces noté que la góndola estaba atada a un muelle con una

cuerda pesada. Era una situación tonta, yo había estado trabajando duro para lograr algo imposible. Bill no me ofrecía ayuda, pero su sonrisa no era desagradable.

Los próximos eventos de esta serie son bastante vagos. Bill se presentó una vez como torero en un traje espectacular, dorado de pies a cabeza. Se percibía tenuemente una arena al fondo, pero eso no estaba claro. Su siguiente aparición fue como hechicero, con plumas alrededor de los tobillos y las muñecas, vestido con una falda de paja y un imponente tocado de plumas brillantes y joyas relucientes. Yo llevaba un vestido muy sencillo. Ambos éramos negros, y estábamos en un claro en una espesa selva. Parecía que venía a pedirle ayuda a Bill, y él respondía a mi súplica con una danza extraña, acompañada



Helen y Bill en Egipto

de gritos fuertes en un idioma que no entendía. Al principio me sentí reconfortada. Entonces me asusté y le rogué que se detuviera. No parecía oírme a través del sonido de los golpes de instrumentos de madera tosca que sostenía y del golpeteo cada vez más fuerte de tambores de fondo. Me alejé aterrada, llevando mis manos sobre mis oídos en un frenético esfuerzo por callar los sonidos. No miré atrás.

El siguiente episodio que nos involucraba a Bill y a mí parecía una historia dentro de una historia. Un tema en varias fases se fue extendiendo durante bastante tiempo antes de llegar a su sombría conclusión. Yo era sacerdotisa en lo que parecía un templo egipcio, aunque tengo la impresión de que podría ser aún más antiguo. Enormes estatuas de piedra se perfilaban vagamente a lo largo de los lados y en la parte posterior del edificio, pero no podía distinguirlas con claridad porque el interior estaba muy poco iluminado. Sin embargo, incluso en la penumbra, me di cuenta de que el templo era muy grande y sumamente imponente. El altar, la única parte del edificio iluminada, era particularmente espléndido. Una luz ardiente lo iluminaba desde una fuente que no pude identificar. Magníficas joyas brillaban a su alrededor, y sus pulidas y lisas superficies de pedrería reflejaban la luz como espejos. Como sacerdotisa mayor estaba vestida de forma ostentosa, y llevaba una corona llena de incrustaciones a la que le faltaba la gran gema central.

En el primer episodio de la serie me encontraba en el altar apoyada sobre Bill, que estaba tumbado en el suelo casi desnudo. El palo de una lanza estaba en mis manos, con la punta apoyada en la frente de Bill entre sus ojos. Luego vino una larga serie de retrospectivas de lo que había llevado a esta escena inicial. Había habido un levantamiento de esclavos. Estaba a punto de matar a Bill, el líder de la revuelta, que había conseguido robar el gran rubí central de la corona de la sacerdotisa. No era un rubí ordinario. Le otorgaba a su portador poderes mágicos. El ladrón tenía que ser asesinado para que estos poderes regresaran a la sacerdotisa, cuya religión era el poder y la esclavitud. Rebelarse contra ella era como pedir la muerte.

Lo que pasó después estaba totalmente fuera de lugar. Yo era consciente de los sentimientos de intensa rabia y venganza mientras me preparaba para hundir la punta de la lanza entre los ojos de Bill. Él no parecía particularmente asustado. Simplemente me miró y es-

peró. Me preparé, dispuesta a bajar la lanza. De forma totalmente inesperada dudé un instante y supe que todo había terminado para mí. Bill viviría y yo moriría. Cuando arrojé la lanza, mi muerte era segura. En el último episodio de la serie me encontraba de pie sola en el escalón superior de una amplia escalera frente a una enorme puerta con cerrojo. Estaba fuera del templo. Mi corona y mi vestido dorado habían desaparecido. Llevaba un vestido blanco suelto, manchado a los lados y rasgado en el cuello. Delante de mí no había nada más que desierto. El viento soplaba arena caliente contra mi cara, y podía ver huesos decolorados esparcidos a lo lejos. Los míos pronto estarían entre ellos. Me maldije amargamente por permitir que esto pasara. La ira literalmente me sacudió mientras caminaba despacio por la escalera, mientras la sed me devoraba la garganta y olía a muerte en el viento.

El efecto emocional de este último episodio fue intenso y duradero. Todavía sentía la ira después de que las imágenes se desvanecieron, y más tarde se convirtió en una furia desbordante cuando le conté a Bill la historia al día siguiente, particularmente cuando hablé del robo del rubí. Era como si estuviera sucediendo de nuevo. Una imagen del rubí, de un rojo hermoso y resplandeciente, se presentó ante mis ojos, y durante un breve período la escena se hizo realidad para mí. Nuevamente me reproché por morir por un esclavo rebelde que no era más que un vulgar ladrón. Apenas podía contener mi furia con Bill, que estaba lógicamente molesto. Yo también lo estaba. La intensidad de mi ira nos sorprendió a ambos. Pasó un tiempo antes de que aparecieran los siguientes episodios de la serie. Era casi como si tuviera que recuperarme un poco antes de seguir adelante. Afortunadamente, la próxima entrega fue diferente, aunque tampoco resultó muy bien para mí.

Bill, un monje franciscano vestido con una túnica marrón y sandalias, subía y bajaba por un pasillo abovedado de un monasterio que bordeaba un pequeño pasto verde bien cuidado, leyendo un libro. Había una hermosa fuente en el medio, con pájaros bañándose en la pila y filas de flores brillantes alrededor de su base y esparcidas en parches sobre la hierba. La época era incierta, pero el monasterio parecía estar en España. Caminaba lentamente por el pasillo hacia Bill, vestida de negro. Mi rostro estaba muy cubierto de velos, mis ojos

estaban hundidos, y mis manos apretadas como en oración. Cuando llegué a Bill me arrodillé como penitente, y humildemente le pedí perdón. No levantó la vista. La ira se apoderó de mí, me levanté y lo acusé de no tener corazón. No parecía que me escuchara, simplemente continuaba leyendo serenamente. Sus ojos no se apartaron del libro. Me eché atrás con una frustración furiosa pero indefensa. La imagen se desvaneció lenta e inconclusa.

La escena siguiente, por orden de aparición, parecía ser tan antigua que parecía como si se estuviera produciendo al principio de los tiempos. Era sacerdotisa otra vez, pero esta vez de un tipo muy diferente. Esta sacerdotisa era, de hecho, muy parecida a la que tenía ojos inocentes y había visto salir de las pesadas cadenas hacia la libertad. Estaba escondida del mundo en un pequeño templo de mármol blanco situado en un valle ancho y muy verde. No estaba muy segura de que su cuerpo fuera completamente sólido. En realidad, lo que se veía era poco más que un contorno de una pequeña y delgada mujer vestida de blanco, que nunca llegó más allá de la puerta de la pequeña habitación que contenía un altar de madera. Una pequeña llama ardía sobre ella, enviando una columna estable de humo blanco. La sacerdotisa se quedó cerca del altar, sentada en un taburete de madera y rezando con los ojos cerrados por los que venían a pedir ayuda.



A veces solo veía el valle fuera del templo. A veces parecía que no había nadie allí, pero otras veces había una enorme columna de personas marchando juntas con mucha alegría. La columna parecía extenderse interminablemente en ambas direcciones, y de alguna manera podía sentir la profunda sensación de libertad y unidad que cada individuo estaba experimentando mientras avanzaba hacia una victoria segura. No estaba seguro del papel exacto de la sacerdotisa en ayudarlos a todos, pero de alguna manera estaba convencida de que sus oraciones hacían una contribución vital. También estaba segura de que la gente acudía a ella en busca de ayuda de todas partes; de hecho, algunas personas venían de muy lejos. Sin embargo, no le hablaban directamente. Se arrodillaban en la cornisa que corría alrededor de un muro bajo que separaba las partes interiores y exteriores del templo, y declaraban sus necesidades a un hombre que parecía servir de intermediario entre la sacerdotisa y el mundo. Permanecía en un espacio grande y cerrado que separaba a la sacerdotisa de los que venían en busca de ayuda. El hombre le comunicaba sus necesidades.

No vi la cara del hombre por un rato, y me llevó más tiempo reconocerlo como Bill. Desempeñaba un papel crucial para que la sacerdotisa pudiera cumplir su función. Cuando la gente le decía lo que necesitaba, él se dirigía a la puerta de su habitación y simplemente le decía que había habido una petición de ayuda. Solo decía que un hermano había venido a curarse, y luego pedía ayuda en nombre del hermano. La sacerdotisa nunca preguntaba por el nombre de nadie, ni por los detalles de su petición. Ella oraba por todos de la misma manera, sentada muy tranquilamente al lado de la llama en el altar. Nunca se le ocurría que la ayuda no le fuera concedida. Ella nunca se apartaba del lado de Dios, y permanecía tranquilamente segura de su presencia allí en la habitación con ella. Estaba segura de que ella era yo misma, pero a la vez no estaba segura. Lo cierto es que la miraba con gran amor.

El siguiente episodio representó de nuevo un contraste dramático. Bill y yo éramos esclavos en lo que parecía ser la América de mediados del siglo XIX. Estábamos casados, pero yo lo despreciaba bastante. Era más viejo que yo, mucho más oscuro en el color de la piel, y muy religioso en lo que me parecía una manera muy sencilla de pensar. No veía ninguna justificación para la confianza infantil que

tenía en Dios. Tenía una confianza igualmente ingenua en mí, y para eso yo sabía que no había ninguna razón. La historia real era vaga, pero me daba cuenta de que ciertas cosas concretas estaban sucediendo. Era hermosa, casi blanca en apariencia, y completamente amoral. A los blancos les gustaba, y yo negociaba favores con bastante facilidad. De alguna manera hice un trato por el cual obtuve mi libertad, pero de alguna manera a expensas de Bill. No le oculté mis planes. De hecho, tuve el placer de contarle todo sobre ellos. Él no me condenó, ni intentó interferir. Le di la espalda y salí volando. Pero recuerdo la tristeza en sus ojos.

La serie terminó con una nota de logro final e incluso gloria. Estaba de pie en una habitación que parecía estar en el último piso de un edificio de una iglesia. Bill, sentado en un órgano eclesiástico grande y anticuado, tocaba el coro del Aleluya de Handel con su rostro iluminado de alegría. Finalmente habíamos alcanzado nuestra meta. Estaba ante un altar de madera marrón, en el que había dos palabras escritas una debajo de la otra. No puedo imaginarme un par de palabras menos apropiadas. La palabra superior era Elohim, que yo no reconocí en ese momento, y solo más tarde descubrí que es uno de los nombres hebreos para Dios. La otra palabra, evoe, la reconocí como el grito de las bacantes griegas al celebrar los ritos de Baco.

Mientras miraba, una serie de relámpagos desde la parte posterior de la iglesia alcanzaron el altar y borraron la segunda palabra por completo. Solo quedaba Elohim, escrito en brillantes letras doradas. El coro del Aleluya se levantó a un crescendo, y una figura delineada en una luz brillante que reconocí inmediatamente como Jesús se levantó de detrás del altar y vino hacia mí. Empecé a arrodillarme, pero él se acercó a mi lado y se arrodilló junto a mí en el altar. Bill se levantó y se arrodilló al otro lado. Y entonces una Voz, con la que me iba a familiarizar cada vez más, dijo en palabras silenciosas pero perfectamente claras: «Ese altar está dentro de ti».

Tercera serie de visiones

La tercera serie de imágenes, que me fue planteada de la misma manera que las otras, duró más tiempo y tuvo una progresión muy

definida. A lo largo de esta serie aparecía una figura masculina de identidad incierta, aparentemente para ayudar de vez en cuando. Generalmente no lo reconocía en absoluto. A veces pensaba que podría ser Bill. En otras ocasiones sospechaba vagamente que podría ser Jesús. Esta serie comenzó de la misma manera que la anterior, y a un nivel algo menos obvio que la primera. Paseando a lo largo de la orilla de un lago, me encontré con una barca abandonada que yacía de costado. Se sujetaba con gruesas cuerdas atadas a una pesada ancla hundida en el lodo que también cubría parte del barco. El bote, obviamente, había sido abandonado hacía años.

Sabía que no podía soltar el bote sin ayuda, pero me sentí impulsada a intentarlo. Tiré inútilmente de las cuerdas, que eran tan pesadas que apenas podía levantarlas. Además, el barro era bastante resbaladizo y no dejaba de caerme. Pedí ayuda, pero no había nadie que me oyera. El lugar estaba completamente desierto. Era una situación frustrante. Me daba cuenta de la importancia de liberar el barco, pero también era consciente de mi total incapacidad para hacerlo. Y entonces me llegó la respuesta. Lo había estado haciendo mal.

«Por supuesto», me dije a mí misma. «Dentro del barco hay un poderoso equipo de recepción y transmisión. No se ha usado en mucho tiempo, pero todavía funciona. Y esa es la única manera de conseguir ayuda».

En este punto, el primer episodio terminó.

A continuación ocurrieron varias cosas poco claras. Un hombre apareció de algún lugar, y juntos logramos sacar el ancla del lodo, poner el barco recto y finalmente meterlo en el agua. Entonces comenzó a moverse, aunque el ancla aún se arrastraba un poco al principio. Sin embargo, el barco ganó impulso al cabo de un tiempo y parecía que se estaba moviendo en un rumbo muy definido. No tenía ni idea de adónde iba, pero aparentemente no necesitaba saberlo. Parecía que el hombre, que de repente noté que estaba conmigo, sabía, y eso era suficiente.

Cuando el barco se puso en camino, el agua se puso muy agitada y empecé a tener miedo. Afortunadamente, el hombre apareció en el siguiente episodio vestido para la ocasión, con un impermeable amarillo, gorro y botas. Yo estaba dirigiéndolo con incertidumbre cuando llegó. Me quitó el timón.

—Ve allá y siéntate —dijo en tono firme, pero no hostil—. Va a hacer mal tiempo. Te ayudaré a superar esto, y luego podrás gobernar de nuevo.

Me senté en un banco al costado de la cubierta, pero todavía estaba un poco inquieta.

—Quizá debiéramos pedir más ayuda —sugerí tímidamente—. Creo que hay un muy buen sistema de recepción y transmisión dentro de este barco. Tal vez deberíamos usar eso.

—Aléjate de eso ahora —dijo el hombre, rápido y con mayor firmeza—. No estás preparada. Te meterías en problemas. Cuando estés lista para usarlo, te lo diré. Mientras tanto, no te preocupes. Lo lograremos.

Observé, tranquilizada, mientras él llevaba con gran habilidad el barco a través de un estrecho pasaje con una tormenta a nuestro alrededor. Grandes olas se alzaban sobre la proa del barco, y la lluvia caía de un cielo negro. Curiosamente, ni siquiera me mojé. Poco a poco el barco fue entrando en aguas tranquilas y me encontré de nuevo con la rueda del timón en mis propias manos.

El hombre apareció al lado del barco, cómodamente vestido con pantalones cortos y una camiseta de verano de cuello abierto. El clima era cálido y soleado, el agua suave y el barco fácil de navegar. Estábamos al timón y charlando. Noté que llevaba una cadena de oro alrededor del cuello, con un símbolo de oro desconocido colgado de ella. Pensé que podría ser una letra hebrea. Entonces recordé algo.

—Tengo uno así —dije, mirando el símbolo—. De hecho, lo estoy usando ahora mismo.

—En efecto, lo sé —contestó el hombre, sonriendo.

—Lo único es que —añadí— el mío va para el otro lado.

—Eso también lo sé —dijo el hombre, aun sonriendo—. De hecho, este también es tuyo. Te lo guardaré por un poco más, pero prometo dártelo cuando puedas usarlo.

Los dos símbolos, imágenes espejo de cada uno, eran tan claros en mi mente que luego los copié. Algún tiempo después me encontré con un amigo que era un erudito hebreo, y le pregunté si los reconocía. Al principio estaba desconcertado y luego dijo: «¡Por supuesto! El símbolo del milagro de la inversión», me tuvo que explicar lo que

quería decir. Cuando Moisés bajó del monte donde había hablado con Dios, llevó un pergamino en el que estaban escritas las palabras de Dios. El milagro era que las palabras podían ser leídas correctamente desde cualquier lado del pergamino, lo que obviamente no era posible por medios ordinarios.

Mi reacción a esta información fue extrañamente contradictoria. Por un lado, estaba encantada y también impresionada. Por otro lado, tenía miedo. Todavía me resultaba difícil creer que los sueños y las fantasías fueran más que tentativas irreales de satisfacer mis deseos, y yo era extrañamente capaz de descartar mucho de lo que ya había visto y oído. Esto, sin embargo, era difícil de pasar por alto tan despreocupadamente.

Tal vez fue mi incomodidad lo que detuvo la serie durante algún tiempo. Cuando ocurrió el siguiente episodio llegó en forma de sueño. A la manera de los sueños habituales, el barco se había convertido en un coche. Estaba cruzando un puente en un tráfico muy inten-



so. Quería girar a la derecha, pero estaba en el carril equivocado y otro coche bloqueaba mi camino. Los dos estábamos atascados, con coches delante y detrás. Toda la situación parecía ser un gran embotellamiento. Parecía que no había forma de que pudiera dar la vuelta, aunque era esencial que lo hiciera. «Si intento girar, me estrellaré contra el coche que está a mi lado», pensé, «y si él gira a la derecha, no tendré tiempo de seguirlo antes de que se cierre la abertura y vuelva a meterme en ella». Y entonces la solución vino a mí.

«Lo haremos juntos», pensé felizmente. «No será ningún problema».

Así que di la vuelta junto con el hombre del coche de al lado. Fue muy fácil. «Es curioso que nunca se me hubiera ocurrido antes», me dije a mí misma mientras la imagen se desvanecía.

La próxima vez que volví a estar en el barco, me di cuenta de que había girado a la derecha. El barco se movía lenta pero fácilmente por un estrecho canal muy recto. Había suficiente brisa para hacer que el barco avanzara. Los lados del canal estaban bordeados de árboles y verdes praderas rodeadas de flores. «Me pregunto si aquí hay un tesoro enterrado», pensé, fantaseando. «No me sorprendería que lo hubiera». Entonces noté un palo largo con un gancho grande en el extremo, tirado en la parte inferior de la tarima. «Justo lo que necesitaba», pensé tirando el gancho al agua y llevando el palo hacia abajo lo más lejos que pude. El garfio cogió algo pesado, y lo levanté con dificultad. Era un antiguo cofre de tesoros, la madera estaba desgastada por el agua y el fondo cubierto de algas. Me las arreglé para meterlo en el barco y lo abrí con entusiasmo.

Me sentía amargamente decepcionada. Esperaba joyas o monedas, pero no había nada en el cofre más que un gran libro negro. La encuadernación era como la de los archivadores de anillas utilizados para guardar temporalmente manuscritos o papeles unidos. En el lomo, una palabra estaba escrita en oro. La palabra era «Esculapio». Me resultaba familiar, pero no podía recordar lo que significaba. Vi el mismo libro una vez más, unas noches después. Esta vez había una serie de perlas alrededor. Ni Bill ni yo teníamos ni idea de lo que el libro representaba hasta mucho después, cuando pusimos la copia original de Un Curso en Milagros en carpetas negras de tesis para su conservación.

Parte III

Bill estaba muy interesado en estas series de visiones, así que le relaté los episodios que ocurrieron. Por otro lado, parecían poner a mi marido bastante ansioso, así que no le dije nada sobre ellas. En cuanto a mí misma, estaba tan en conflicto con la situación que traté de no pensar en ella. Las reacciones de Bill, sin embargo, fueron muy inesperadas. Ni él ni yo estábamos interesados en los fenómenos psíquicos ni éramos concedores de ellos, y la seriedad con la que él tomó mis imágenes mentales me sorprendió sinceramente. Era obvio que pensaba que significaban algo. Yo no estaba tan segura. Las líneas argumentales eran consistentes, ciertamente, e incluso bastante bien organizadas en general. Sin embargo, yo creía —o quizás más exactamente, esperaba— que eran esencialmente imaginarias. De otra manera, me habría asustado intensamente.

Un tiempo después de que terminara la tercera serie, Bill encontró un libro sobre Edgar Cayce, escrito por su hijo Hugh Lynn Cayce. Cuando me contó un poco sobre esto, inmediatamente lo clasifiqué como «chiflado» y me negué a leerlo. Todavía me oponía firmemente a tomarme en serio esas cosas extrañas, aunque mi postura pudiera parecer algo inconsistente. Yo no lo veía así. Me pasaban cosas difíciles de explicar, y eso era todo. No justificaba asumir ningún tipo de extraña base extrasensorial. La idea de la reencarnación me repugnaba particularmente. Era extraño que justo entonces mis imágenes se transformaran en lo que parecían ser «retrospectivas» de mí misma en diferentes momentos y lugares. Cuando le describí estas imágenes a Bill, hice hincapié en que las consideraba estrictamente simbólicas; el simbolismo de los sueños con el cual cualquier psicólogo clínico está familiarizado. Y esto, por supuesto, bien podría haber sido así.

Como ya lo había hecho anteriormente, miraba estas imágenes como espectador, aunque sin lugar a duda las figuras me representaban a mí misma. En una de las primeras escenas vi a una chica delgada y frágil en un opulento salón francés. La época parecía ser a mediados del siglo XVIII. La niña, vestida de blanco, tocaba un instrumento musical parecido a un clavicémbalo en una reunión de damas y caballeros magníficamente vestidos, aparentemente invitados a un espléndido evento social. La chica tenía dieciocho años como mucho, y estaba obviamente enferma. «Es tan frágil», me dije a mí misma. «No vivirá un año más. No puede hacer nada más que marchitarse. Es un error. No lo lograré».

Un mayordomo espléndidamente vestido salió y cerró la puerta del salón. La chica desapareció. Poco después, en el suelo cubierto de paja de una habitación sin aire de la prisión, había una imagen muy vaga de una niña, un poco mayor que la primera, que yacía en un suelo cubierto de paja en una habitación sin aire de una prisión. Sus brazos estaban fuertemente atados y sus pies encadenados al suelo. La época parecía ser alrededor del siglo XII o XIII, y yo tenía la idea de que la chica había sido ejecutada al final.

Varias escenas posteriores mostraron la imagen de una monja, aparentemente en diferentes países y en diferentes fechas. El más claro de estos cuadros era el de una monja anciana, artrítica y decepcionada, desgastada y delgada por una vida de austeridades severas, y emocionalmente perturbada y estéril. Caminaba por el pasillo lateral de una iglesia muy grande y hermosa, que recordaba a la Catedral de Notre-Dame en París. El pasillo estaba oscuro, y la vela que sostenía la monja solo ayudaba un poco. Mientras caminaba, pasó su mano por el muro de piedra gris que tenía junto a ella, como si buscara una puerta o quizás más literalmente una salida. No la encontraba. Las líneas sombrías de su cara se profundizaban mientras miraba. «Ella no lo sabe», pensé. «Lo intenta, pero no sabe». Me repelía su dura expresión, pero sentí una profunda simpatía por su causa perdida.

En llamativo contraste con la sombría figura había otra que se repetía a intervalos y que todavía sigue recorriendo mi mente de vez en cuando. Esta era la única imagen que continuaba regresando sin cambios. Era la imagen de una jovencita que se parecía a mí en mu-

chos aspectos, aunque no podía tener más de dieciséis años como máximo. Su cabeza estaba ligeramente inclinada hacia atrás en alegre risa, y sus brazos estaban extendidos como si estuvieran en universal bienvenida. Parecía estar completamente alegre, literalmente incapaz de experimentar pena o dolor. Estaba de pie sobre un césped de hierba tierna y brillante, pero en su extraordinaria felicidad sus pies desnudos apenas parecían tocar el suelo. Estaba ataviada con un vestido ligero y suelto que no recordaba a una época o lugar en particular. De hecho, no había nada que sugiriera el pasado acerca de ella, ni parecía probable que estuviera preocupada por el futuro. No creo que ni siquiera considerara el tiempo como nosotros.

El interés de Bill por los fenómenos psíquicos creció a medida que leía más material sobre Cayce. Yo respetaba su opinión a pesar de que pensaba que estaba muy equivocado en eso. Sin embargo, le pedí un libro sobre el tema y escogió una biografía de Cayce escrita por su hijo. Lo leí con desagrado, aunque con la determinación de seguir siendo objetiva. No había duda de que era interesante, aunque todavía me repelía lo que consideraba su aspecto «tenebroso» e increíble. También era consciente de que eso me ponía muy nerviosa.

Bill tenía una visión de los fenómenos de Cayce mucho más amplia que la mía, y no estaba demasiado preocupado con los detalles como tales. Lo que él consideraba importante e impresionante era la evidencia que sugería que las mentes pueden llegar unas a otras por medios extrasensoriales. También me recordó que últimamente me habían pasado cosas bastante inusuales, y que difícilmente podía explicarlas de la manera habitual. Eso, al menos, era verdad. A raíz de esta limitada concesión, se produjeron otros acontecimientos que me costó explicar.

La nueva fase comenzó un día en que Bill y yo nos estábamos concentrando en un informe de investigación. De repente, dejé los papeles y dije, con gran urgencia:

—¡Rápido, Bill! Tu amigo Joe, el que conocimos en Chicago hace un tiempo, está pensando en suicidarse. Debemos enviarle un mensaje.

Bill se sentó a mi lado y le envió un mensaje sincero a Joe para que lo reconsiderara. Después le dije a Bill:

—Apuesto a que no había nada en eso.

Pero me equivoqué. Resultó que había sido bastante preciso. Era difícil no quedar impresionada, sobre todo porque continuaban sucediendo acontecimientos sorprendentes.

Bill fue a una reunión fuera de la ciudad, y a su regreso le describí el lugar donde se hospedó con gran detalle, aunque nunca lo había visto. También le conté algunas de las cosas que habían pasado allí antes de que tuviera la oportunidad de contarme sobre ellas. Además, le di una descripción muy detallada de la casa de un amigo donde se quedó un fin de semana, incluso con los colores de las paredes y muebles. Más tarde, cuando se fue de vacaciones bastante lejos, le envié una imagen mental de un alfiler de oro que debía traerme. Me dio el broche a su regreso. No había duda de que era el que yo había pedido.

Mis reacciones a este tipo de episodios fueron curiosamente variadas. En realidad me sentía más bien orgullosa de la adquisición de tales habilidades dramáticas, e incluso tuve breves vislumbres de fantasías de poder y prestigio cruzando por mi mente. Al mismo tiempo, hice todo lo posible por explicar los episodios, ya que me



Helen en 1964

suscitaban un temor considerable. Por un tiempo, la idea de los poderes psíquicos fue ganando simultáneamente en atracción y temor para mí, y empecé a tener pesadillas cuyo contenido no podía recordar. A medida que crecía la lista de eventos sorprendentes, no podía superar una sensación de maldad, e incluso brujería, que de alguna manera asociaba a estos eventos. Sin embargo, el orgullo seguía el ritmo de la ansiedad, y aunque tenía una creciente sensación de peligro, también, en paralelo, experimentaba orgullo.

Mientras aún estaba en la fase «mágica», ocurrió un acontecimiento que incluía una extraña mezcla de hechos y fantasía, y que también parecía apuntar a una dirección futura definida. El episodio comprendía una serie de niveles, comenzando con evidentes tonos mágicos, continuando con imágenes religiosas más evidentes y concluyendo con una explicación sencilla y real. El hospital quería enviarnos a Bill y a mí a la Clínica Mayo para estudiar sus procedimientos de evaluación. La noche antes de que saliéramos, por mi mente cruzó una imagen que era tan nítida que me sentí impulsada a describirla por escrito. Era un cuadro de una iglesia cuyos detalles destacaban con sorprendente claridad. Al principio no estaba segura de su filiación, pero finalmente me decidí por la luterana. Parecía que miraba hacia abajo desde arriba, en un ángulo en el que podría estar viéndola desde un avión volando bajo. La imagen era tan clara que descarté la precaución por completo, y le dije a Bill que estaba convencida de que veríamos el edificio cuando aterrizáramos en Rochester, Minnesota, al día siguiente.

Me sentí decepcionada y enojada cuando no vimos nada parecido. En un intento de restaurar mi autoestima, dije que estaba segura de que encontraríamos esa iglesia en algún lugar de la ciudad. Era tarde cuando llegamos, estábamos cansados, y teníamos una cita temprano en la mañana siguiente. Fuimos a nuestras habitaciones a echar una siesta, con la idea de reunirnos para cenar. No podía dormir. Tenía que encontrar esa iglesia. Se había vuelto extremadamente importante para mí. Bill estaba cansado, pero lo entendió. Sugirió que tomáramos un taxi después de cenar e intentáramos encontrarla. Escogí varios nombres del directorio eclesiástico, pero no resultaron ser correctos. Luego le describí mi iglesia al conductor, y le pregunté si sabía de una razonablemente parecida. No sonaba esperanzador, aun-

que intentamos algunas más a sugerencia suya. Al fin Bill propuso sabiamente que nos olvidáramos de todo. Se estaba haciendo muy tarde. En el hotel, me habló muy firmemente.

—Tu iglesia no está aquí —dijo—, y tú estás actuando de forma muy extraña al respecto. ¿Por qué tanta desesperación? Duérmete y olvida esta tontería. Nos espera un día difícil. Nos vemos por la mañana.

Cuando me encontré con Bill a la mañana siguiente, ambos estábamos cansados y con los ojos rojos. Apenas habíamos dormido. De alguna manera, superamos el día tan apretado que teníamos programado, y hacia la noche fuimos cansados al aeropuerto. Bill fue a ver un quiosco mientras yo me sentaba y cerraba los ojos. Estaba demasiado cansada para mirar cualquier cosa. Me estaba durmiendo...

—Y aquí está tu iglesia —dijo Bill, sosteniendo una foto en una guía delante de mí.

—¡Oh, sí, esa es! —contesté con entusiasmo—. ¿Dónde está?

—En ninguna parte —contestó Bill—. Aquí. Lee tú misma.

La iglesia no estaba en ninguna parte ahora. Había ocupado una vez el sitio de la Clínica Mayo, pero fue demolida cuando se construyó el hospital.

—Por eso la miraba desde arriba cuando la vi —le dije a Bill—. Fue porque está en el pasado. No tiene nada que ver con aviones.

Y entonces me vino un escalofrío y no quise hablar más de la iglesia.

Tuvimos que cambiar de avión esa noche en el camino a casa, y esperamos alrededor de una hora en un frío aeropuerto casi desértico. Acurrucada contra una pared había una joven que obviamente viajaba sola. Podía sentir las vibraciones y las emociones de dolor que la atravesaban. Se lo mencioné a Bill, que estaba en contra de que hablara con ella. Ambos estábamos agotados, y él no se sentía en condiciones de relacionarse con extraños en ese momento. Además, podría estar imaginando su angustia. Ella no daba ninguna otra señal externa excepto somnolencia. Sin embargo, no podía escapar de los fuertes sentimientos de sufrimiento que recibía de ella. Finalmente, le dije a Bill que no podía evitarlo, y fui a hablar con la joven.

Se llamaba Charlotte, y dijo que estaba muerta de miedo. Nunca antes había volado. ¿Me sentaría con ella y le tomaría de la mano? La llevé con Bill y le sugerí que la pusiéramos entre nosotros para

que tuviera un amigo en ambos lados. Bill fue cortés, pero no estaba contento. Había sido un viaje difícil y hubiera preferido un vuelo tranquilo a casa. Charlotte tembló al despegar el avión, pero yo le tomé la mano y se calmó rápidamente. Ella quería hablar. Había hecho muy pocos planes, no tenía ni idea de dónde se quedaría en Nueva York, ni hacia dónde se dirigiría. Sin embargo, no estaba preocupada. Tenía varios cientos de dólares con ella. Era luterana, y estaba segura de que todo lo que tenía que hacer era encontrar una iglesia luterana en Nueva York y allí la cuidarían. Bill y yo intercambiamos miradas. El mensaje no era difícil de captar. «Y esto», me pareció oír, «es realmente mi iglesia».

Bill podía haberse opuesto a involucrarse con Charlotte, pero ciertamente se movilizó ahora. Llamó a un hotel para mujeres en Nueva York cuando aterrizamos y le consiguió una habitación. La llevamos allí en un taxi y la depositamos en la puerta principal, dándole nuestros nombres y números de teléfono. No hubo ningún problema en mantener el contacto con ella. Bill siguió encontrándose con ella inesperadamente durante el día, y por lo general se presentaba en mi casa por la noche. Se quedó en Nueva York durante algo más de una semana y luego decidió volver a casa. Arreglamos su pasaje de regreso, y la llamé al día siguiente. Había llegado sana y salva y se alegró de regresar, pero esperaba volver a Nueva York para una visita algún día. Todo el mundo había sido tan amable con ella, y se alegró al enterarse de que todas las cosas malas que la gente dice sobre las grandes ciudades no son ciertas. Charlotte y yo hemos mantenido correspondencia durante años. Le estoy muy agradecida. Es muy posible que el final de mi fase «mágica» comenzara con el simple encuentro con Charlotte.

Claridad y preparación

Se acercaba el otoño y había sido un verano agotador. Bill había conservado su interés en Cayce, y sugirió que nos tomáramos unos días libres, fuéramos a Virginia Beach a la Asociación para la Investigación y la Iluminación (ARE), y examináramos las pruebas allí. La idea no me atraía. Ese tipo de cosas todavía me asustaba y no que-

ría que fueran ciertas. Ya era bastante malo que no entendiera lo que me estaba pasando. En particular, no quería que se exacerbaran mis desafortunados proyectos «mágicos», que ya estaba más que deseosa de abandonar. Sin embargo, la idea de unas vacaciones cortas sonaba bien, y mi esposo, sabiendo que estaba cansada, me animó a ir. Era una época perfecta del año para el viaje, y pensó que me haría bien. Él y Bill se habían hecho amigos, y aunque sentía que Bill estaba desarrollando algunos intereses bastante extraños, mi marido sabía que cuidaría de mí.

Me dirigí a Virginia Beach con algunas dudas, pero con ganas de ver el resto. Resultó que el viaje no fue nada relajante para mí. La gente de la Asociación para la Investigación y la Iluminación, entonces solo un pequeño grupo dedicado a poner el material de Cayce a disposición del público, era inteligente, sincera y obviamente cuerda. Tampoco era fácil ignorar la gran cantidad de documentación. Me impresionó, pero estaba muy inquieta. A medida que el interés de Bill se profundizaba, mi propia ansiedad crecía. Bill leyó más sobre el tema esa tarde, y también compró algunos libros para llevar a casa. Revisé un volumen y lo dejé de golpe, con gran incomodidad, al borde del pánico. Me alegré cuando el viaje terminó. De regreso, eché



Helen y Louis en 1975

un vistazo a varios de los libros que Bill había comprado, pero no pude leerlos. Para mí, simplemente parecía sonar de nuevo la nota «mágica».

Mi propia fase «mágica» terminó abruptamente con un episodio particularmente claro en el que supe que había hecho una elección irrevocable. Me vi entrando en una cueva excavada en una formación rocosa en una lúgubre costa barrida por el viento. Todo lo que encontré en la cueva fue un pergamino grande y muy viejo. Sus extremos estaban atados a pesados palos dorados, y el pergamino estaba envuelto alrededor de ellos para que se juntaran en medio y se ataran firmemente.

Con cierta dificultad, logré desatar los extremos y abrir el pergamino lo suficiente como para revelar el panel central, en el que estaban escritas dos palabras: «Dios es». Mientras lo hacía, minúsculas letras empezaron a aparecer a ambos lados del panel. La voz silenciosa que había «oído» antes me explicó la situación mentalmente:

—Si miras al lado izquierdo podrás leer el pasado —dijo—. Si miras al lado derecho podrás leer el futuro.

Las pequeñas letras de los lados del panel se estaban haciendo más claras, pero dudé un momento antes de enrollar el pergamino lo suficiente como para ocultarlo todo excepto el panel central.

—No me interesa leer el pasado o el futuro —dije con firmeza—. Me quedo con esto.

La voz sonó tranquilizadora y reconfortante.

—Lo conseguiste esta vez —dijo—. Gracias.

Y, al parecer, así fue.

Algunas veces después sentí algo parecido a la experiencia del metro de años atrás, aunque con mucha menos intensidad. Estos sucesos se producían generalmente entre una multitud de personas, y sentía una breve pero poderosa afinidad por ellos. Una tarde de verano, por ejemplo, mi esposo y yo caminábamos por un paseo marítimo lleno de gente, y una profunda sensación de cercanía emocional con todos los presentes me invadió, junto con un cierto reconocimiento de que todos íbamos en el mismo camino hacia una meta común.

También hubo otros tipos de experiencias emocionales. Una tuvo lugar cuando Bill, mi esposo y yo estábamos juntos en el teatro. Sentada en la oscuridad, fui consciente de una fuerte luz interior que comenzó en el área del pecho y creció cada vez más intensa y abarcadora, hasta que pareció irradiarse por todo el teatro e incluir a todos allí. Mi conciencia de la luz, que duró unos diez minutos, estuvo acompañada de una profunda sensación de paz y alegría. Durante un tiempo me costó creer que nadie más se diera cuenta.

Un incidente similar ocurrió un tiempo después, cuando Bill y yo estábamos asistiendo a una reunión en el sur de Francia. Antes de quedarme dormida una noche, un sentimiento de fuerza y alegría increíbles surgió en mí, comenzando de nuevo en la región del pecho y elevándose hacia mi cabeza y saliendo a mis brazos. Durante unos minutos sentí como si pudiera alcanzar y tocar el mundo entero. Más tarde, esa experiencia feliz tuvo una contrapartida temible en forma de una sensación de horror increíblemente clara que sentí una noche de camino a casa. Me sentía cansada, y me eché a descansar un poco antes de acostarme. Lo más inesperado fue que me invadió una furia asesina tan intensa que salté de la cama literalmente temblando. Estas dos experiencias fueron tan diametralmente opuestas entre sí que casi parecían representar el cielo y el infierno. Este chocante contraste tampoco era del todo desconocido. La «buena» sacerdotisa cuya única función era ayudar y la «malvada» sacerdotisa con su lanza levantada para matar habían presentado un contraste bastante similar.

Solo una vez recuerdo haber pedido que una experiencia viniera a animarme porque me sentía un poco triste. La respuesta vino en forma de la imagen de un vivero. Podía ver hileras ordenadas de plantas muy jóvenes, todas etiquetadas con cuidado y obviamente bien cuidadas. Junto a las plantas había una gran regadera. La imagen no significaba nada para mí, y me pareció un poco irritante.

—No ayuda mucho —refunfuñé—. ¿Cómo puede serme útil?

—Mira dónde están creciendo —dijo la Voz silenciosa, que, a esas alturas, ya no era totalmente imprevista.

—¿Pero qué significa? —pregunté, todavía con indignación.

—Mira-donde-están-creciendo —repitió Voz, lenta y claramente.

—Oh, está bien —contesté, todavía un poco enfurruñada.

Luego miré la escena con más atención. El vivero de plantas estaba completamente rodeado por un desierto sin vida. Solo la pequeña área en la que crecían las plantas era húmeda y verde.

—Y ahora que todo ha empezado —dijo la Voz—, seguirás regándolo, ¿verdad?

Casi desbordada, prometí intentarlo.

También hubo algunos períodos breves durante los cuales se produjeron cambios en la toma de conciencia del tiempo. Tal vez el más convincente de estos sucedió una noche mientras me cepillaba el pelo, decidiendo que necesitaba un corte de cabello y sintiendo todo menos inspiración. Entonces vi mi vida representada por una línea dorada que se extendía infinitamente hacia atrás e infinitamente hacia delante. En la línea que yo reconocí que representaba mi vida presente, había una minúscula caída. Era ridículamente diminuta y apenas perceptible. Junté las manos con verdadero placer.

«¿Qué importa lo que pase en este pequeño parpadeo del tiempo?», me pregunté, con feliz asombro. «Parece tan largo e importante mientras estás en él, pero en menos de un instante es como si nunca hubiera sucedido». Estuve segura de esto por varios minutos, durante los cuales parecía como si me hubieran quitado un gran peso de mi mente.

Todas estas cosas ocurrieron en un período de unos pocos meses.

Un Curso de Milagros

Un día de ese mismo verano, le dije a Bill que estaba a punto de hacer algo muy inesperado. No tenía ni idea de lo que era, pero sabía que iba a suceder pronto. Por invitación suya, había estado llevando una especie de diario desde nuestra visita a Virginia Beach. Ahora Bill sugirió que si yo escribía lo que se me ocurría en relación con el «algo inesperado», podría averiguar qué era. Al principio no surgió mucho de mis intentos, y estaba a punto de abandonarlos. Una tarde, mientras registraba algunos de mis pensamientos, la voz, que ya era más o menos familiar para mí, comenzó a darme instrucciones definidas.

«Este es un Curso de Milagros», dijo la Voz. «Por favor, toma notas».

Aunque ya no me sorprendió, no estaba preparada para lo que dijo. No obstante, tomé la primera página del «curso» antes de que me asustara realmente. Entonces dejé mi lápiz y llamé a Bill.

—¿Es la misma voz que has oído antes? —preguntó.

—Creo que sí —respondí—, pero ahora está usando palabras muy específicas y parece que quiere continuar por algún tiempo. Me detuve porque me dio miedo. Estoy convencida de que había más si hubiera continuado.

—¿Cómo vienen las palabras? —preguntó Bill.

—Es difícil de describir —contesté—. No puede ser una alucinación, porque la voz no viene del exterior. Es todo interno. No hay sonido real, y las palabras llegan a mi mente, pero con mucha claridad. Es una especie de dictado interno, podría decirse.

—¿Sabes lo que estás escribiendo? —preguntó Bill—. ¿Lo describirías como un proceso automático?

—Oh, no —dije—. No es automático en absoluto. Soy perfectamente consciente de lo que estoy haciendo. No está fuera de mi control.

—Trata de escribir más y mira lo que pasa —sugirió Bill.

—Prefiero no hacerlo —dije—. Francamente, lo encuentro bastante perturbador.

Pronto descubrí que no tenía muchas opciones en ese asunto. Sin embargo, me dieron una especie de «explicación» mental, en forma de una serie de pensamientos relacionados que cruzaron mi mente en rápida sucesión y formaron un conjunto razonablemente coherente. Según esta «información», la situación mundial estaba empeorando en un grado alarmante. Se estaba pidiendo ayuda a personas de todo el mundo, que hacían sus contribuciones individuales como parte de un plan general preestablecido. Aparentemente, había accedido a escribir Un Curso de Milagros tal como se me diera. La voz estaba cumpliendo su parte en el acuerdo, y yo cumpliría la mía. Utilizaría habilidades que había desarrollado hacía mucho tiempo, y que no estaba realmente preparada para usar de nuevo. Debido a la gran emergencia, sin embargo, el proceso evolutivo habitual y lento estaba siendo evitado en lo que podría describirse como una «aceleración celestial». Se me transmitió la sensación de que el tiempo se estaba acabando.

No estaba satisfecha. Incluso en el improbable caso de que la «explicación» fuera cierta, no me consideraba una buena candidata para el papel de «escriba». Declaré mi oposición silenciosa pero enérgicamente.

«¿Por qué yo?», pregunté. «Ni siquiera soy religiosa. No entiendo las cosas que me han estado pasando y ni siquiera me gustan. Además, me ponen muy nerviosa. Soy la peor elección que podrías hacer».

«Al contrario», me aseguraron. «Eres una excelente elección, y por una razón muy simple. Lo harás».

No tenía respuesta a esto, y me retiré derrotada. La Voz tenía razón. Sabía que lo haría. Y así comenzó la escritura de *Un Curso de Milagros*.

Sentía la escritura llegar casi a diario, y a veces varias veces al día. El momento en que ocurría nunca entraba en conflicto con el trabajo o las actividades sociales, comenzando en algún momento en el que era razonablemente libre para escribir sin interferencias. Yo escribía en un cuaderno de taquigrafía que pronto comencé a llevar conmigo, por si acaso. Podía negarme a cooperar, y a menudo lo hacía, al menos al principio. Pero pronto aprendí que no tendría paz hasta que lo hiciera. Aun así, mantuve mi «derecho a negarme» durante todo el proceso. A veces me negaba a escribir durante más de un mes, durante el cual simplemente me deprimía cada vez más. Nunca hubo nada automático en la escritura. Siempre requirió mi plena cooperación consciente.

Las tardes resultaron ser un momento propicio para el «dictado», especialmente para «tareas» adicionales, y me opuse amargamente a esto y a menudo me acostaba desafiante sin escribir nada, pero no podía dormir. Eventualmente, me levantaba con disgusto y escribía según las instrucciones. A veces estaba tan cansada que regresaba a la cama y me dormía después de anotar unos pocos párrafos. Sin embargo, era impelida a continuar con la sección antes del desayuno de la mañana siguiente, quizás terminándola en mi camino al trabajo o en momentos extraños entre las presiones de trabajo durante el día. Nunca supe cuando comenzaba una frase cómo terminaría, y las ideas me llegaban tan rápido que me costaba mucho seguirles el ritmo, aunque usaba una rápida combinación de símbolos taquimétricos y abreviaturas que había desarrollado durante años de tomar notas en clase y de grabar sesiones de terapia.

La escritura era sumamente interrumpible. En la oficina podía dejar el cuaderno para contestar el teléfono, hablar con un paciente, supervisar a un miembro del personal subalterno, o atender una de nuestras numerosas emergencias, y regresar a la escritura sin ni siquiera comprobar para ver dónde lo había dejado. En casa podía hablar con mi marido, charlar con un amigo o echarme una siesta, volver después al cuaderno sin interrumpir el flujo de palabras en lo más mínimo. No importaba si me había detenido al final de un párrafo o en medio de una oración. Era como si la Voz simplemente esperara hasta que volviera y luego empezara de nuevo. Escribía con igual facilidad en casa, en la oficina, en un banco del parque o en un taxi, un autobús o el metro. La presencia de otras personas no interfería en absoluto. Cuando llegaba el momento de escribir, las circunstancias externas parecían ser irrelevantes.

Al principio me sentí particularmente tentada a cambiar una palabra aquí y otra allá, en interés de la consistencia. Por lo general, el impulso de volver a cambiarla a la original era tan fuerte que lo hacía muy pronto. De hecho, el asunto podía perturbarme hasta que lo hiciera. Además, rápidamente se hizo evidente que las palabras no habían sido escogidas al azar. A veces lo que parecía ser incoherente en ese momento se explicaba más tarde, y la redacción original era necesaria en aras de una mayor claridad. En otras ocasiones se mencionaban más tarde ideas específicamente redactadas en contextos que aún no conocía, por lo que los cambios que podría estar tentada a hacer reducirían la consistencia de los pensamientos en lugar de mejorarlos.

La escritura continuó durante años, y aunque el terror agudo que sentí al principio disminuyó gradualmente con el tiempo, nunca me acostumbré a ello. Sin embargo, a pesar de los períodos de franca rebeldía, nunca se me ocurrió seriamente renunciar a ella, a pesar de que todo el asunto me parecía una interferencia importante y a menudo exasperante. Sin embargo, hubo algunas raras ocasiones en las que me sentí curiosamente transportada mientras escribía. En estas ocasiones las palabras parecían casi cantar, y sentía una profunda sensación de confianza e incluso de privilegio. Noté después que estas secciones resultaron ser las más poéticas. Pero estos fueron breves aunque felices períodos de respiro. En su mayor parte, estuve desoladamente descreída, desconfiada y asustada. Sin embargo, a pesar

de que la escritura por lo general resultaba angustiada, leerle el material a Bill después lo era infinitamente más. Habíamos acordado que yo le leería mis notas al final del día, y él las mecanografiaría. Odiaba oír lo que había escrito. Estaba segura de que sería incoherente, tonto y sin sentido. Por otra parte, era probable que me conmoviera de forma inesperada y profunda y de repente estallara en lágrimas.

Bill fue extremadamente comprensivo, en particular durante las primeras transcripciones, que fueron muy difíciles para ambos. Apenas podía leer las notas en voz alta. Empezaba a tartamudear fuertemente, un problema que no he tenido ni antes ni después. También sufría de ataques agudos de tos o me ponía a bostezar durante mucho tiempo, de modo que me era imposible hablar por un tiempo. A veces me quedaba sin voz. La situación era tan difícil para Bill como para mí. Reconocía mi necesidad de su ánimo constante, pero tuvo que lidiar con sus propias incertidumbres, así como con mis frecuentes estados de pánico. Sin embargo, al igual que a mí, tampoco a él se le ocurrió abandonar el asunto. En muchos sentidos, nos parecía que cumplíamos una misión conjunta. Ambos nos enfrentamos a sentimientos contradictorios, pero compartimos la importancia de continuar.



Cuadernos de notas de Helen

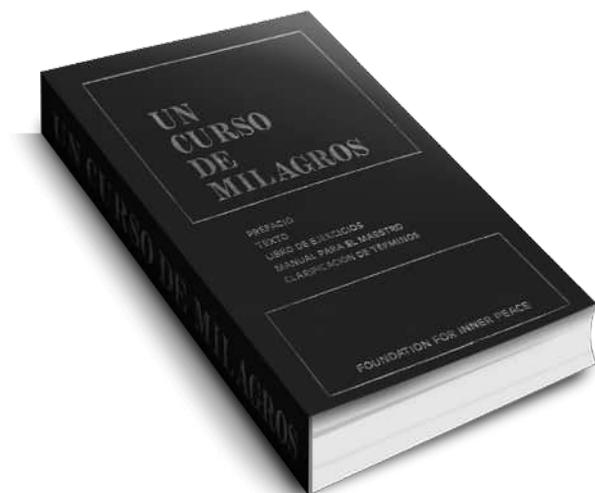
En cuanto a mí, no podía explicar ni reconciliar mis actitudes evidentemente incoherentes. Por un lado, todavía me consideraba oficialmente agnóstica, resentida con el material que estaba recogiendo, y me sentía fuertemente impulsada a atacarlo y demostrar que estaba equivocado. Por otra parte, dediqué mucho tiempo a escribirlo y más tarde a dictárselo a Bill, de modo que era evidente que también me lo tomaba muy en serio. De hecho, llegué a referirme a ello como la obra de mi vida, aunque no estaba convencida de su autenticidad y sentía un gran nerviosismo al respecto. Como Bill señalaba, debía creer en ello aunque solo fuera porque discutía mucho con él. Si bien esto era cierto, no me ayudó. Estaba en la posición imposible de no creer en el trabajo de mi propia vida. La situación era claramente ridícula y dolorosa.

No hay duda de que el intenso conflicto que experimenté fue en gran parte, si no totalmente, interno. Las circunstancias externas fueron sorprendentemente favorables. Al parecer, la redacción estaba programada para causar una interrupción mínima, y a pesar de sus propios conflictos, Bill me ofreció constantes comentarios positivos y un apoyo notablemente sostenido. Además, la actitud de mi esposo fue inesperadamente útil. No podía dejar de notar mis frecuentes períodos de escritura, y tenía derecho a una explicación de algún tipo. Con considerable desconfianza decidí decirle la verdad. Afortunadamente, fue más que tolerante. Fue muy alentador. Era evidente que el contenido le molestaba, y dejé de mostrarle el material después de un tiempo. Sin embargo, él estaba realmente entusiasmado con mi escritura, y no parecía que el proceso en sí mismo le produjera ansiedad. Me alegré de eso. Yo no lo tomé con tanta calma.

¿De dónde venía la escritura? Era evidente que utilizaba mi formación, mis intereses y mi experiencia, pero era en cuestiones de estilo más que de contenido. Ciertamente, el tema en sí mismo era la última cosa sobre la que habría esperado escribir. El «Texto» tal como se da no ha cambiado, excepto por la omisión de algunos de los materiales más personales que se incluían solo al principio. Los encabezamientos y subdivisiones de los capítulos se han añadido más tarde, pero la disposición de la materia, que parecía caer naturalmente en estas divisiones, no se ha alterado. El «Libro de Ejerci-

cios», que se dictaba en forma de «lecciones» diarias, se presenta tal como lo tomé. Pero, ¿de dónde vino la información?

Posteriormente descubrí que muchos de los conceptos e incluso algunos de los términos reales en la escritura se encuentran en el pen-

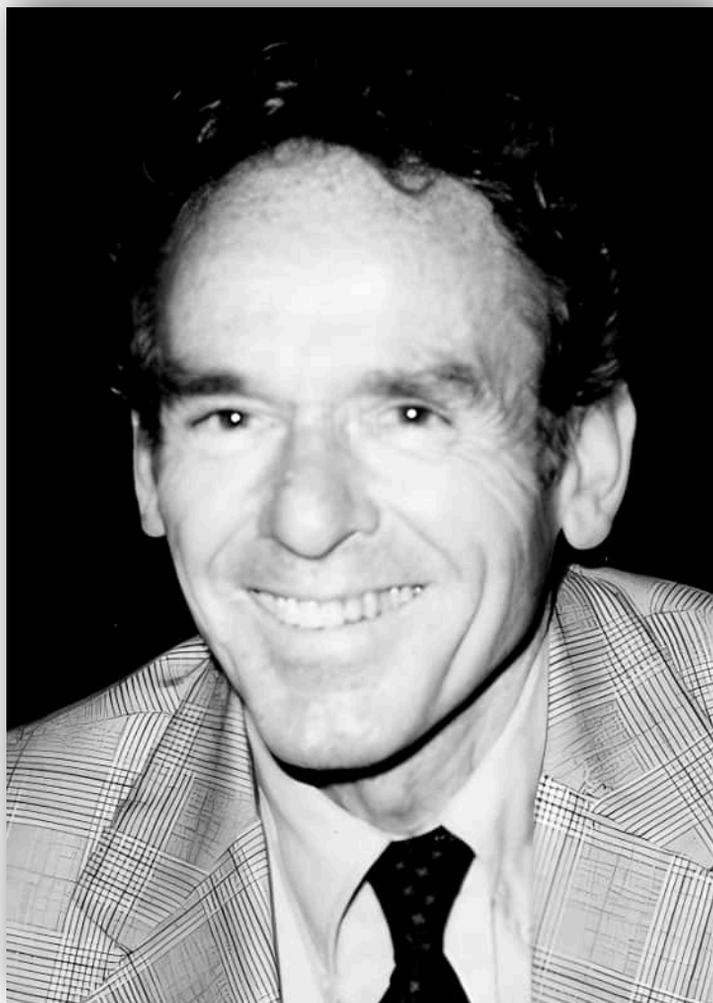


samiento místico occidental y oriental, pero no sabía nada de ellos en ese momento. Tampoco entendía la calma pero impresionante autoridad con la que la Voz me dictaba. Es en gran parte debido a la naturaleza extrañamente convincente de esta autoridad que me he referido a la Voz con una uve mayúscula. No entiendo la autoría real de la escritura, pero la combinación particular de certeza, sabiduría, dulzura, claridad y paciencia que caracterizó a la Voz hizo que esa forma de referirme pareciera perfectamente apropiada.

En varios puntos de la escritura, la Voz misma habla en términos inequívocos sobre el Autor. Mis propias reacciones a estas referencias, que literalmente me sorprendieron en su momento, han disminuido en intensidad y ahora están al nivel de la mera incertidumbre. No entiendo los acontecimientos que llevaron a la redacción. No entiendo el proceso y ciertamente no entiendo la autoría. Sería inútil para mí intentar una explicación.

AUTOBIOGRAFÍA

William Thetford



Prólogo

En 1982, Frances Vaughan grabó una serie de entrevistas con su querido amigo, el doctor William Thetford. Mientras respondía a muchas preguntas acerca de su extraordinaria vida y carrera, también discutió su papel en la elaboración de *Un Curso de Milagros*. Después de completar sus entrevistas con Bill, la doctora Vaughan transcribió las cintas para un documento impreso. Ella y Bill editaron el manuscrito, titulado *Recuerdos de William Thetford*, y ahora las cintas de audio y el manuscrito editado forman parte de los Archivos Históricos de la Fundación para la Paz Interior.

Este registro biográfico de Bill Thetford fue el primer relato de este tipo. Sin embargo, se excluyeron inadvertidamente una serie de aspectos esenciales y acontecimientos importantes. Estos salieron a la luz más tarde y necesitaban sumarse a los acontecimientos desde 1982 hasta su muerte en 1988.

Así, el original *Recuerdos de William Thetford* fue fielmente ampliado y actualizado por un proceso que se basó en los comentarios grabados por Bill en otros casetes de audio y vídeo. El material adicional provenía de los escritos y recuerdos de Bill de sus amigos y colegas.

La Fundación para la Paz Interior presenta el siguiente relato de la vida de Bill en el espíritu y estilo que él pudo haber escogido. Es una autobiografía ampliada, enfatizando su papel esencial en la escritura de *Un Curso de Milagros*.

Parte I

Infancia y juventud

De niño, fui criado en la Ciencia cristiana, pero después de que mi hermana, que era dos años mayor que yo, muriera cuando yo tenía siete años, esta doctrina dejó de tener credibilidad para mis padres. A causa de su muerte perdieron el interés en la religión. Inmediatamente después, enfermé de escarlatina y casi muero yo también.

Un día escuché una conversación que mi madre mantenía en el teléfono de la extensión de arriba, en una habitación que no estaba muy lejos de mi dormitorio. Ella no creía que pudiera oírla, pero lo hice.

Esencialmente, el doctor decía que yo tenía un cincuenta y cinco por ciento de posibilidades de sobrevivir, y que si lo hacía probablemente quedaría inválido. Yo tenía solo siete años y estaba muy enfermo y confinado a la cama. Después de escuchar esto, tomé la decisión de que no iba a ser un inválido y de que no iba a morir. Es muy difícil describir lo que hice, pero simplemente decidí que no iba a prestar atención a lo que el médico decía. En algún nivel parecía ser consciente de que eso dependía de mí. Así que, podría decir entonces que tomé la decisión específica de vivir.

Después de eso, durante tres años estuve fuera de la escuela y me quedé en casa, donde mi madre me enseñaba. Volví a la escuela primaria cuando tenía diez años. Había aprendido a caminar de nuevo y también tenía un problema de postura. Mis articulaciones estaban ligeramente torcidas por la fiebre reumática. Así que fui enviado a una escuela pública para niños lisiados y cardíacos. El autobús venía cada mañana a recogernos a mí y a los otros niños. La escuela tenía todo al mismo nivel, así que no tenía que subir escaleras. Recuerdo que tenía-

mos períodos de descanso después del almuerzo. Ese fue mi reencuentro con grupos de compañeros, niños enfermos y lisiados. Recuerdo haberme adaptado a esto razonablemente bien, pero fue difícil debido a mi ausencia de la escuela durante tres años. Me pusieron en cuarto grado y obtuve muchas promociones dobles y triples en la escuela primaria, por lo que entré a la secundaria cuando tenía doce años.

No sentía mucha estabilidad en todo esto. Todo parecía muy vasto, pero nunca lo pensé en términos de elecciones espirituales. Más bien, mi mejor opción fue tratar de ser normal en secundaria. Eso me parecía muy importante, porque no quería destacar como alguien di-



Bill con su hermana Pat

ferente. Así que traté de actuar como si no hubiera estado fuera de la escuela o enfermo, ni tuviera problemas. Probablemente era un niño típico en la mayoría de los sentidos antes de eso, y de repente me di cuenta de que no lo era. Empecé a leer libros porque no tenía nada más que hacer. Como resultado, tenía una gran capacidad de lectura, superior a la de mis compañeros de mi edad. Aunque no podía participar en atletismo, todo lo demás parecía ir bien.



Bill a los nueve años

También tuve la sensación de dejar atrás una vida y comenzar otra en ese momento. Algo con respecto a mi enfermedad se parecía a una muerte y un renacimiento. Era el final de la infancia —el final de un período de mi vida— fue como si surgiera en mí una nueva persona. Además, era muy consciente del hecho de que al final tendría que ganarme la vida. Tenía que pensarlo seriamente.

No podía imaginarme yendo a trabajar como la mayoría de la gente parecía hacer. Eso me parecía horrible.

Además, a mi padre siempre le preocupaba que yo pudiera terminar en la indigencia, lo cual no hacía más que aumentar mi ansiedad.



Bill a los 15 años

Él había nacido en el sur de Illinois como uno de diez hermanos en una granja. Eran mineros del carbón, y muy pobres. Más tarde consiguió un trabajo con la compañía telefónica y se convirtió en superintendente del departamento de construcción y de edificios, un buen trabajo en aquellos días. Mi padre estaba muy preocupado de tener a este niño enfermo. No creo que creyera que yo iba a estar lo suficientemente bien como para hacer gran cosa. Obviamente, yo no podía hacer mucho físicamente, y eso era lo único que él sabía. No había ninguna beca de educación en mi familia. Cuando obtuve mi doctorado, me preguntó qué iba a hacer con él. Pensó: «Lo cuelgas en la pared y te ganas la vida». No parecía que mi doctorado fuera algo práctico. Crecí en una familia muy pragmática y concreta de

clase media baja. La supervivencia era lo principal. La cultura era irrelevante.

Después de graduarme de la Escuela Secundaria Lindblom, en Chicago, en el invierno de 1940, quise ir a la universidad. Tenía dieciséis años y no tenía dinero, pero no quería ir a la universidad en Chicago. Pensaba que estaría bien salir de la ciudad. Afortunadamente, gané una beca de cuatro años de matrícula completa para la Universidad de DePauw en Greencastle, Indiana, una prestigiosa universidad de humanidades con altos estándares académicos. Me pareció un buen lugar para ir, y ahí es donde fui. No estaba muy lejos de Chicago; así que con la beca y la ayuda de mi familia, pude hacerlo.



Bill en la Universidad de Chicago

Ir a la universidad fue un poco difícil porque me uní a una hermandad. La idea era que pudieras tener un grupo de apoyo fuera de casa. En mi primer año de universidad me hice novato en una fraternidad. Fue horrible. Había vivido una vida bastante tranquila, y aquí pasaba algo a todas las horas del día y de la noche. Era muy difícil mantener la concentración tratando de ser un chico más y también un estudioso. De alguna manera lo superé.

La Segunda Guerra Mundial comenzó también durante este período. Cuando me gradué de DePauw en enero de 1944 —unos meses antes de cumplir veintiún años— seguíamos metidos en la guerra. Pero fui rechazado para el servicio militar por la condición reumática del corazón. También me aceptaron en la escuela de medicina, así que podía posponer mi alistamiento si quería.

La escuela de medicina comenzaba en septiembre en la Universidad de Chicago, y yo necesitaba un trabajo.

No tenía dinero para ir a la escuela de medicina, así que todo el asunto era una fantasía. Pensé que si trabajaba durante varios meses podría tener suficiente dinero para pasar el primer año. Así que conseguí un trabajo en la Universidad de Chicago como oficial administrativo. Fue con el equipo científico que realizaba la investigación atómica, que en ese momento dependía de la administración de la universidad. Robert Maynard Hutchins, que era entonces el rector, nombró a Lawrence Kimpton como director de laboratorio del proyecto de la bomba atómica y director administrativo en jefe del laboratorio. Trabajé como uno de los diez oficiales administrativos del proyecto.

Eventualmente me ascendieron a la nómina de la facultad, y me dieron una oficina privada y una secretaria. No fui a la escuela de medicina como estaba planeado porque decidí que realmente debía terminar mi compromiso con este proyecto. Así que me quedé allí hasta el verano de 1945, cuando terminó la guerra.

Sintiendo que no había necesidad de continuar, fue entonces cuando pensé que debía hacer algún trabajo de postgrado en psicología, ya que no estaba seguro de estar preparado para ir a la escuela de medicina, o si quería hacerlo. La facultad era muy agradable y me dijeron que, en caso de que consiguiera un doctorado primero, me reconsiderarían para estudiar medicina más tarde. Yo pensé: «Bueno,

vale, está bien». Quería ver cómo era tener un doctorado, ya que no sabía de qué se trataba.

De hecho, no sabía mucho de nada, pero pensé que la psicología era un tema interesante.

Carl Rogers, el célebre psicólogo, había aparecido por la Universidad de Chicago en el otoño de 1945. Acababa de empezar. Conocí a algunos de los estudiantes graduados de Ohio State que habían venido con él. Me los encontré durante el verano antes de empezar. Me hablaron del doctor Rogers y de lo que estaba haciendo, y pensé que podría ser interesante. Sus premisas profesionales se basaban en su teoría de la «aceptación positiva incondicional» —o amor perfecto—, y enseñaba que esta aceptación era un requisito previo esencial para los terapeutas centrados en el paciente. Ahora me doy cuenta de lo que él estaba enfatizando realmente: que la aceptación total en nuestras relaciones significaba expresar el amor perfecto. Hice su primer curso con un centenar de estudiantes graduados. Carl me hizo su asistente durante el primer curso. Me pareció muy extraño porque ni siquiera tenía un máster y era más joven que la mayoría.

Traté de decirle que no estaba cualificado, pero me ofreció un puesto de asistente de investigación el trimestre siguiente. Me convertí en la primera persona que no venía del estado de Ohio en trabajar con Carl. Esa fue probablemente una de las razones por las que siempre me sentí un poco extraño, porque no me convertí en un terapeuta centrado en el paciente. En realidad hice terapia rogeriana durante un año, por lo menos treinta horas a la semana. Pero no era lo que quería hacer en el futuro.

Eventualmente obtuve un doctorado. Una de las razones por las que quise obtener un doctorado fue que es como una especie de carnet sindical. Realmente no conocía bien a nadie que lo tuviera, y parecía muy dudoso que yo fuera a obtener uno. Así que me sorprendí bastante cuando ocurrió.

Al mismo tiempo, mis padres se jubilaron y se fueron a Florida. Mi madre no estaba bien. Tenía esclerosis múltiple y necesitaban salir del área de Chicago para disfrutar de un mejor clima. Se iban, y de alguna manera, en la primavera de 1949, sentí que debía obtener mi doctorado antes de que lo hicieran.

Cuando lo conseguí, todavía ellos no sabían qué iba a hacer con él. Yo pensaba que tener un doctorado de la universidad de Chicago a los veinticinco años era algo importante. Creía que debería haber sido valorado por ello, pero no lo fui, y obviamente estaba decepcionado.

Sin embargo, mi doctorado en psicología me abrió una vida totalmente diferente, y esta vez me sentí realmente cómodo. Carl era un elemento importante, pero me encantaba todo el ambiente de la Universidad. Me gustaba la gente y todo eso me parecía muy emocionante. Se supone que Chicago es una ciudad fría, pero a mí no me lo parecía. Hice muchos buenos amigos y me sentía bien por primera vez. Ese fue otro gran cambio en mi vida, un cambio muy grande. Parecía haber muy poca relación entre las diferentes partes de mi vida. Estoy seguro de que había alguna, pero la primera infancia parecía no tener nada que ver con la edad adulta y el desarrollo intelectual posterior.

Cuando se producían las transiciones, parecía haber una discontinuidad. Sin embargo, en ese momento yo no era consciente de eso. En retrospectiva, pareciera que durante mi vida he vivido varias vidas diferentes.

Etapas profesionales

Cuando obtuve mi doctorado, fui a trabajar al Hospital Michael Reese en la parte sur de Chicago, no lejos de la universidad. Era el mayor hospital de formación judío de Chicago.

El doctor Samuel J. Beck era el jefe del Departamento de Psicología. Otras personas famosas que estaban allí en ese momento eran Franz Alexander, Thomas French y Emmy Sylvester. Se consideraba un gran centro psiquiátrico, y de hecho conseguí un trabajo allí porque no estaba cualificado.

Había hecho el número mínimo de cursos para obtener mi doctorado. Cuando estaba terminando mi tesis doctoral, un estudiante graduado en Antropología, a quien no conocía muy bien, pero con quien almorzaba ocasionalmente, me preguntó qué estaba haciendo con respecto a un trabajo. Parecía interesarse por lo que iba a pasar des-

pués de que terminara la tesis. Yo no estaba tan interesado. Mencionó un puesto en el Michael Reese con el doctor Beck.

Samuel Beck recibió una subvención del NIMH, el Instituto Nacional de Salud Mental, para realizar un estudio sobre la esquizofrenia y las pruebas Rorschach. Aparentemente había contratado a un conocido psicólogo y por alguna razón no había funcionado, así que había una vacante. Mi amigo fue muy persistente y me dijo que debía escribir al doctor Beck y pedirle una entrevista, cosa que finalmente hice. Cuando conocí a Samuel J. Beck, que tenía una manera muy estricta de hablar, me preguntó: «¿Qué has hecho sobre el Rorschach?». Le contesté que no había hecho nada sobre las pruebas de Rorschach, que ni siquiera había hecho ningún curso sobre eso. Entonces dijo que eso era maravilloso, que yo no estaba echado a perder por ninguna falsa enseñanza. Quería saber sobre mi investigación para el doctorado. Le dije que estaba haciendo un estudio de medidas psicofisiológicas antes y después de la psicoterapia rogeriana usando la respuesta galvánica de la piel, la frecuencia cardíaca y la respira



Samuel J. Beck

ción. Los resultados indicaban que sí se produce un cambio en las personas que han recibido terapia frente a un grupo de control. Hablamos de tolerancia, frustración, etcétera.

No estoy seguro de que entendiera nada, pero Beck estaba muy impresionado. Pensó que todo el asunto de las mediciones psicofisiológicas del sistema nervioso autónomo era simplemente fantástico. Pensó que era ciencia real. Así que me contrató porque yo no sabía nada del Rorschach y porque yo era científico. Y ahí estaba yo, el único miembro no judío del personal de psiquiatría. Era un entorno interesante al que accedí por la sola cuestión de la aceptación inversa.

¿Me aceptarían en ese círculo cerrado? De hecho, lo hicieron, e incluso me contaban chistes yiddish. Era un lugar muy interesante para estar. Me dio la oportunidad de aprender sobre las pruebas de personalidad y las mediciones, y aprendí sobre el Rorschach directamente de Beck. Parecía una forma muy poco probable de comenzar una carrera, pero funcionó.

Me quedé allí durante dos años y medio. Para entonces, la subvención se había agotado y Beck ya no era el presidente del Departamento de Psicología. Había sido reemplazado por Sheldon Korchim, que era más joven y flexible, e interesado en hacer todo tipo de estudios sobre el estrés y la ansiedad. Korchim más tarde se convirtió en jefe de psicología clínica de la Universidad de California en Berkeley.

Terminé lo que se suponía que debía hacer con la beca y me di cuenta de que tenía que hacer otra cosa. No podía pensar en ningún otro lugar al que quisiera ir en Chicago, ya que este era el centro de investigación más interesante de la zona. Y no estaba muy seguro del tipo de psicología que iba a hacer, pero ya había trabajado con Rogers y me había unido a la Asociación Americana de Psicología (APA) cuando él era presidente en 1947. Para cuando me licencié en 1949, ya era miembro de la APA. Trabajar con Rogers y Beck me dio un poco de formación clínica, y había estudiado tipología con William Sheldon en Chicago. También había trabajado con los sociólogos que hacían el análisis de la estructura de clases: clase alta, clase media y estratos afines. Conocía a mucha gente en el sector porque era muy pequeño. Incluso asistí a una clase de Nathaniel Kleitman sobre fisiología, que se impartía inmediatamente después del almuer-

zo, y me quedaba dormido. Me enteré de que era un gran experto en el sueño, pero nunca pude mantenerme despierto en su clase.

A principios de los años cincuenta, un representante de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) me habló de este maravilloso proyecto que era comparable al OSS u Oficina de Servicios Estratégicos durante la Segunda Guerra Mundial, bajo la dirección de Henry Murray. El libro escrito sobre este proyecto es *La evaluación del hombre*. Fue un período muy emocionante en el que se desarrollaron todo tipo de innovaciones para evaluar las capacidades de las personas bajo estrés. Así que en 1951 fui a Washington, donde trabajé otros dos años y medio en la Oficina de Formación de la CIA, como parte del Equipo de Asesoramiento y Evaluación, como psicólogo senior. Todo parecía bastante improbable. Yo también quería viajar, y había pensado que antes debía ir a Europa y hacer turismo, porque nunca había hecho nada parecido. Sin embargo, parecía improbable, porque ahí solo haría evaluaciones. Y una vez que te encuentras en un puesto en «la organización», nadie quiere dejarte ir.

Allí, sin embargo, conocí a John Gittinger, un innovador psicólogo clínico que se había unido a la CIA en 1950, más de un año antes



John Gittinger

de que yo llegara. John había estado desarrollando un modelo sobre el desarrollo de la personalidad, que él llamaba Sistema de Evaluación de la Personalidad o PAS. Comenzó a enseñarnos el PAS informalmente a algunos miembros del personal. Como resultado, me quedé muy intrigado con la idea. Su capacidad para evaluar y predecir el comportamiento era tan precisa que empecé a trabajar con él y con otros para desarrollarlo y refinarlo.

En pocas palabras, el PAS asume que muy temprano en la infancia un niño es innatamente susceptible a ciertos estilos de comportamiento, y que la personalidad se desarrolla simultánea y continuamente en tres dimensiones: intelectual-perceptual, emocional-procesal e interactiva-social. Mediante el uso de las Escalas de Inteligencia Adulta de Wechsler y psicometría sofisticada, se pueden definir los rasgos de personalidad de un individuo y predecir su comportamiento con extraordinaria precisión. De hecho, después de trabajar con el PAS, pensé que John Gittinger había diseñado el sistema descriptivo y predictivo más potente del mundo para evaluar la persona-



Revista Gittinger

lidad. También sentí que, como herramienta de predicción y evaluación de la personalidad, el PAS se posicionaba a la altura de los descubrimientos de Sigmund Freud y Carl Jung en psicología.

John y yo nos mantuvimos en contacto después de que dejara la CIA. De hecho, nuestra amistad e intereses llevaron a un acuerdo contractual con su organización, llamada Psychological Assessment Associates, para continuar trabajando con él en el PAS. Aunque esto me incomodaba un poco, ya que todavía era un proyecto financiado por la CIA, respetaba tanto a John y su PAS que me sentí obligado a ayudarlo en su desarrollo continuo. Esto ocurrió principalmente durante mi estancia en la Universidad de Columbia, desde finales de los años cincuenta hasta mediados de los setenta. Cuando Helen Schucman llegó y se unió a mí en Columbia en 1958, por invitación mía, también se involucró en el trabajo de PAS. Para entonces, Helen era una psicóloga de investigación bien establecida, y sus contribuciones al PAS fueron significativas y muy valoradas. Juntos, colaboramos con John durante varios años por encargo. Helen y yo también escribimos una serie de artículos académicos sobre el Sistema de Evaluación de la Personalidad y nuestro trabajo en él, que fueron publicados en revistas de psicología durante ese período. Además, enseñé los conceptos básicos y la estructura del PAS y su uso de evaluación durante la década de 1960 en Nueva York.

Sin embargo, la razón principal por la que fui a Washington fue porque quería ir a la Escuela de Psiquiatría de Washington. Su filosofía esencial era la de centrarse en las relaciones interpersonales más que en muchos de los componentes psicodinámicos de la psicología freudiana, y eso me interesaba mucho. Allí estudié con Herbert Marcuse, Clara Thompson, Dexter Bullard, Margaret Rioch y Ernst Schachtel a través de un programa de adaptación que no interfería con mis deberes a tiempo completo como psicólogo senior de la CIA. Antes de dejar el Hospital Michael Reese, el trabajador social en jefe me dijo que debía entrevistarme en Washington con su hermano, que era el jefe de Chestnut Lodge, donde Frieda Fromm-Reichmann estaba investigando la esquizofrenia. En cuanto llegué a Washington, su esposa me llamó y me invitó a una cena.

En realidad, estaban dando dos cenas, y ella me preguntó a cuál me gustaría asistir: había nombres famosos en cada una. Dije que me

gustaría conocer a Frieda; así que me lo organizaron para que asistiera y fuera su compañero de mesa. En aquella época, ella estaba tratando a Erich Fromm —uno de sus pacientes entonces—, con quien luego se casó.

Cuando empecé a trabajar en Washington en el otoño de 1951, sentí que realmente no podía seguir mucho tiempo en la CIA. Para mí eso podría ser un desastre, pues no tenía ni idea de qué hacer a continuación. Estaba a punto de comunicar mi renuncia en 1953, cuando el responsable de todo el programa de formación me pidió que lo reconsiderara. No tendría que quedarme en Washington, podría tomarme un tiempo libre en lo que estaba haciendo y me enviarían a Oriente Medio durante el verano. Me pondrían a cargo de un grupo de especialistas extranjeros que estaban allí para observar las cosas de primera mano. Me aseguraron que cuando volviera podría hacer lo que quisiera. Como esta oferta de viajar era lo que siempre había querido hacer, fui en junio de 1953 y regresé en octubre. Durante ese verano viajé por todo el Oriente Medio, visitando Jordania y Egipto, Israel, Chipre, Siria, Turquía, Grecia e Irak. Regresé por Europa, donde también pasé varias semanas de vacaciones. Fue un gran viaje.

Cuando volví a Washington en octubre, después de varios meses de diversión, pensé que realmente no podía retirarme todavía. Así que decidí quedarme hasta el verano siguiente, al menos hasta junio de 1954. Después de junio decidí que era hora de salir de allí, y lo hice, aunque no tenía trabajo ni nada parecido. Fue la primera y única vez que he buscado trabajo.

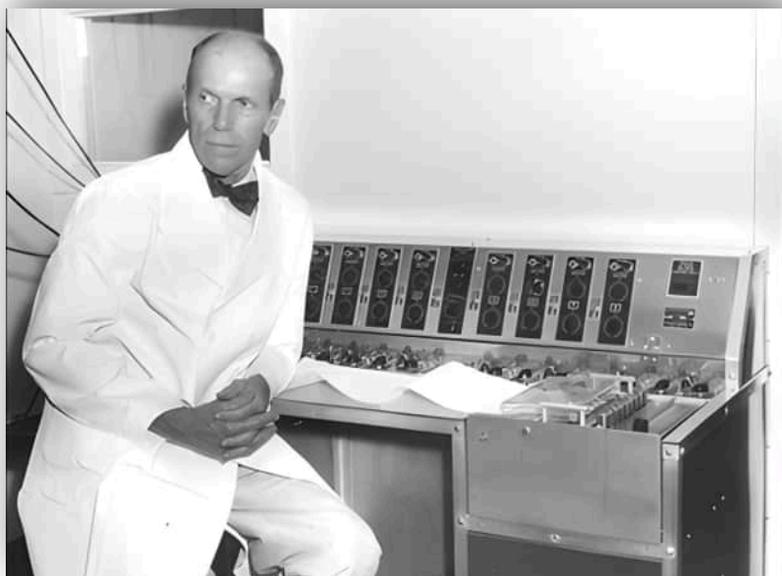
Solía ir a Nueva York con frecuencia, así que lo solicité al Servicio de Desempleo de Nueva York a través de la Oficina de Colocación de Psicología. No sé por qué fui allí, pero lo hice. Dije que estaba buscando trabajo en Nueva York, pero el tipo que dirigía el servicio dijo: «Te quieren en Hartford. Allí es donde tienes que ir, al Institute of Living». Fui entrevistado y contratado en otoño de 1954 como Director del Departamento de Psicología del Institute of Living en Hartford, el hospital psiquiátrico privado más grande del país. Me quedé allí un poco más de un año.

Carl Pribram estaba allí investigando con monos, junto con muchas otras personas conocidas.

Aunque era realmente un lugar muy elegante y muy bonito, no sabía lo que estaba haciendo en Hartford, que parecía un lugar extraño para estar. Era una ciudad de tamaño considerable con sabor de pueblo pequeño, lo cual estaba bien.

Mientras estaba allí, fui invitado por el doctor Harold G. Wolff en 1955 para unirme a él en la Universidad de Cornell, en la ciudad de Nueva York, debido a mis contactos en Washington. Harold estaba tratando a Allen Dulles, Jr. en ese momento, y su padre, Allen Dulles, Sr., era jefe de la CIA. Dulles le había preguntado a Wolff si le gustaría hacer alguna investigación sobre los chinos y estudios interculturales. Wolff estaba obviamente interesado en esta investigación, que estaba financiada por la CIA.

Así que fue en parte debido a mis conexiones en Washington que me ofrecieron el trabajo en Cornell como jefe de este programa de investigación de psicología. Además, yo era la única persona con autorización de máxima confidencialidad que estaba realmente entrenada y que sabía algo sobre neurofisiología. Parecía que si iban a contratar a alguien sería yo. Ese fue mi primer nombramiento académico, primero como instructor y poco después como profesor asistente de psicología en el Departamento de Psiquiatría de Cornell.



Harold Wolff

Nunca pensé que quería ser profesor, porque sentía que no tenía nada que decir. Pero acepté el nombramiento de Cornell en 1955, y trabajé allí con el doctor Harold Wolff durante tres años.

Harold era un neurólogo mundialmente famoso, uno de los fundadores de la medicina psicosomática.

Fue presidente del Departamento de Neurología de la Facultad de Medicina de Cornell, y era una gran autoridad en los dolores de cabeza —particularmente las migrañas— así como en las sensaciones de dolor y las reacciones y trastornos por estrés. Publicamos mucho. Wolff era editor de *Archives of Neurology and Psychiatry* y publicó algunos de nuestros artículos allí. Fue un período muy productivo. La gente venía a ver al famoso doctor Wolff. Incluso Margaret Mead se sentaba en los taburetes de laboratorio rotos esperando a que Wolff apareciera en su bata blanca. Era muy preciso y austero.

Él quería presentar la imagen de un científico galardonado con el Premio Nobel en su simple laboratorio para revolucionar el mundo. No lo logró, y por supuesto que tenía jaquecas.

Mi oficina se encontraba en el sexto piso del Hospital de Nueva York, en el ala de Neurología donde él estaba. Se suponía que debía aparentar ser un científico y usar una bata de laboratorio blanca. Yo estaba rodeado de agua, chorros de gas y equipo de laboratorio. No los usaba, pero tenía que parecer que pertenecía allí.

Wolff y su ayudante venían a las 11:30 para tomar el ascensor de camino a comer. Yo veía pasar esta estela blanca y de vez en cuando escuchaba: «¡Dr. Thetford!». Eso significaba que debía detener lo que estaba haciendo y bajar seis tramos de escaleras del hospital y reunirme con ellos para almorzar. La comida para el doctor Wolff consistía en una taza de café negro y un trozo de pastel. Siempre deseaba llegar temprano para no tener que hacer cola, ya que no podía soportar esperar por nada.

Al principio creía que realmente quería que almorzáramos juntos, pero eso era ridículo. Nunca pude comer nada porque Wolff empezaba a interrogarme en cuanto me sentaba. «¿Qué has aprendido esta mañana en términos de las funciones integradas superiores?», «¿Vas a cambiar esto y sacar nuestra próxima publicación para mañana?». Él solía seguir y seguir de esta manera, así que yo nunca conseguía comer. Estaba acostumbrado a trabajar bajo mucha presión, pero no

estaba acostumbrado a este tipo de cosas. Sin embargo, lo terminaba todo bastante rápido, pues podía escribir a máquina muy deprisa. Cuando él quería algo decía: «Me voy en unos minutos, por favor prepare un resumen para el Congreso Internacional de Psiquiatría Biológica. Debo tenerlo en quince minutos». Yo iba a mi máquina de escribir y ventilaba rápidamente lo que él quería. Me conectaba con alguna especie de intuición interna y lo ponía en algún tipo de inglés. Aprendí a hacer que sonara supercientífico.

De hecho, así fue como encontré mi apartamento un día. Estaba buscando algo en el lado este que estuviera a poca distancia andando del hospital y la escuela de medicina. Quería un chalé adosado con techos altos y un jardín. Y quería todo eso por menos de doscientos dólares al mes, por supuesto. Un día, después de haber acabado uno de esos pequeños informes de nuestro tiempo de comida, pensé: «Bien, ya se ha ido. Me puedo relajar un poco». Había estado tratando de encontrar un apartamento en el Times. Los anuncios de las ediciones del sábado por la noche y del domingo duraban hasta el martes, así que el miércoles era generalmente un día muy «malo». Resulta que era miércoles por la mañana. Pero esa voz interior, una especie de impulso interno, dijo: «Mira en el periódico de hoy». Yo pensé: «Eso es una tontería, no hay nada los miércoles». Yo no consideraba realmente los impulsos internos en aquella época. Era reticente, pero finalmente miré, y había un anuncio de un apartamento en el lado este, en la calle 78: un chalé adosado con jardín. Sonaba maravilloso, y llamé. Aparentemente conseguí comunicarme con el dueño u ocupante, Paul Lynn, una conocida estrella de televisión y cine. Nunca me lo había encontrado, pero reconocí su voz. Acababa de levantarse y conectó el teléfono, así que era el primero en hablarle del asunto. Salí corriendo en un taxi, y encontré que el apartamento era exactamente lo que quería, ¡a ciento sesenta y cinco dólares al mes! Viví allí durante dieciocho años. Fue una respuesta perfecta a mi alojamiento en el centro de Manhattan, a las afueras de Central Park, cerca del Metropolitan Museum of Art. No podría haber pedido un lugar mejor; fue maravilloso.

En ese momento, no presté mucha atención al hecho de que había experimentado este impulso interno, porque eso no era nada científico, no podía admitirlo. Sin embargo, tomé nota de ello y pensé que

podría ser una intuición, así que podía hablar un poco de ello, pero no demasiado. Sin embargo, no sabía qué hacer al respecto, y ciertamente no podía explicarlo. No era la primera vez que me pasaba algo así, pero era un ejemplo importante y no podía ignorarlo.

Me quedé con Harold Wolff en Cornell durante unos tres años, principalmente investigando.

Debido a que nuestro proyecto de investigación estaba respaldado por la CIA, se desarrollaban muchas actividades de alto secreto. También trabajaba con algunos chinos que no habían regresado a su patria después de la Revolución China. Se quedaron varados en este país, lo que formaba parte de la idea de los estudios de estrés intercultural. Era legítimo a un nivel, pero también la CIA quería saber algo sobre estas personas. Así que el proyecto tenía múltiples propósitos.

Entonces mi padre murió repentinamente. Me había mudado a Nueva York en septiembre y él murió a principios de noviembre. Mi madre había muerto el año anterior. Tuve que encargarme de los preparativos del funeral de mi padre. Cuando volví a Nueva York me pareció una locura, una locura de gran presión. Publicábamos constantemente, cada mes. Una gran cantidad de informes de investigación y artículos salían con mi nombre. Estaba en la difícil situación de intentar adaptarme a un nuevo trabajo, una nueva vida y la muerte de mi padre. Me di cuenta de que estaba solo y que cualquier cosa que hiciera la haría sin una familia.

Fue entonces cuando me pidieron que viajara a Oriente en un misterioso viaje y volviera en un carguero con Harriet Mills. Todavía estaba tratando de establecer el patrimonio de mi padre, pero me fui a Asia para encontrarme con Harriet Mills, que había sido encarcelada por los chinos. Hija de misioneros presbiterianos en China, nació y creció allí, luego se mudó a la ciudad de Nueva York con su familia. Fue estudiante de postgrado en la Universidad de Columbia, donde trabajó en su doctorado antes de regresar a China para hacer investigación de campo. Ella hablaba el idioma y quería quedarse, pero acabó siendo una de las últimas norteamericanas en irse. El gobierno chino sospechaba de cualquier persona con sus antecedentes y calificaciones, razón por la cual terminó en la cárcel. Finalmente la juzgaron y la expulsaron del país. Así que la CIA me envió indirectamente para hablar con ella sobre sus experiencias.

Harriet estaba en Hong Kong y todo el transporte estaba bloqueado, excepto un barco, en el que había reservado un pasaje. Todos los arreglos se hicieron en secreto y de forma encubierta. Fue espantoso y fascinante a la vez. No me dijeron al principio adónde iba —era a Manila—, antes de ir a Hong Kong para embarcarme. No estaba seguro de que estuviera allí. A bordo, esperé en la mesa de desayuno —solo había tres o cuatro pasajeros— cuando ella apareció de repente. Me sentí aliviado de que estuviera allí. Parecía obvio que era una trampa, así que pensé que lo único que había que hacer era actuar de la manera más ingenua posible. Lo hice, y después de un tiempo ella se relajó y empezó a hablar conmigo. Ella dijo: «Mira, no sé quién eres, pero no importa».

Tuvimos varias semanas para hablar. Me sentía culpable de tomar notas en secreto sobre todo lo que ella decía. Y luego estaba un poco temeroso porque no quería dejar mis notas por ahí. En ese momento, no tenía ni idea de qué tipo de montaje era, y no sabía si había alguien más en el barco con una misión encubierta. ¿Podría dejar cosas



Harriet Mills

en mi camarote? No lo sabía. Así que usaba papel de notas fino y me lo metía en los bolsillos.

Llegamos a Vancouver justo antes de Navidad, y me ordenaron llamar a Nueva York cuando atracáramos, cosa que hice. Para entonces, Harriet y yo nos habíamos hecho muy amigos y nos habíamos caído muy bien personalmente. Fuimos de compras de Navidad en Vancouver. Fue interesante.

Harriet no había visto una ciudad occidental en años. Ella dijo: «Aunque esta es una cultura capitalista decadente, es algo divertido», así que lo pasamos muy bien y la volví a ver en Nueva York. Redacté mis extensas notas, que se convirtieron en parte del testimonio que Wolff dio ante la comisión parlamentaria sobre lavado de cerebro. Ella dijo, en esencia, que realmente no importaba, que no tenía nada que esconder. Me impresionó bastante.

Fue una larga y desenfrenada experiencia y un período confuso pero interesante para mí. Todo era por entregas. Podía ver cómo el hecho de ir a Washington me había llevado a Nueva York y a convertirme en profesor, lo que obviamente no era muy extraño. E ir al Hospital Michael Reese me había dado fama instantáneamente, porque publicaba artículos con Samuel Beck. Si yo hubiera tratado de planear una carrera con la máxima exposición, supongo que ir a Michael Reese podría haber sido un buen objetivo. Pero habría asumido que tendría que haber sido judío en primer lugar, para siquiera haber tenido la posibilidad.

En la Escuela de Psiquiatría de Washington había asistido a todas las clases que ofrecían. Había hecho tratamiento de análisis en Chicago mientras estuve en Michael Reese durante un año, tres veces a la semana.

Más tarde en Nueva York, fui a un analista de adiestramiento de la William Allyson White Foundation, que era la equivalente de la Washington School of Psychiatry. Todas estaban relacionadas.

La Escuela Washington había sido fundada por Harry Stack Sullivan. En cierto modo, la Fundación Allyson White era una extensión de la Escuela Sullivan en Nueva York. Era un lugar muy animado e interesante.

Me había instalado en Cornell, pero estaba bajo una tremenda presión cada día, haciendo investigación y publicando constantemente.

Era muy difícil trabajar con Wolff. Pocas personas se quedaban con él más que un corto período de tiempo. Por lo general, acababan agotados o quemados. Era muy exigente y riguroso. Aun así, me gustaba de una manera extraña, y nos llevábamos muy bien. Aprendí mucho sobre un montón de cosas.

Inmediatamente después de eso, uno de mis viejos amigos de Chicago me preguntó si consideraría tener una entrevista en Columbia. Querían a alguien como Carl Rogers, pero obviamente él no estaba interesado. En realidad, querían que alguien se encargara de conseguir cada año subvenciones de NIMH y de establecer un programa de formación doctoral. Yo no estaba interesado en hacer nada de esto y se lo dije.

Sin embargo, pensé que sería descortés negarme a reunirme con el jefe del Departamento de Psiquiatría para ver lo que esto implicaba. Estuve de acuerdo en hablar con él, pero dejé claro que no estaba particularmente interesado en trasladarme. Estaban dispuestos a ofrecerme una cátedra de asistente, cosa que ya había conseguido en Cornell. Dije que lo pensaría si me hicieran profesor asociado. Estaba seguro de que dirían que no, y pensé que eso resolvería todo el asunto.

Las jerarquías de las escuelas de medicina son bastante rígidas. No puedes ser ascendido de instructor a profesor asistente en un año, y luego un año después convertirte en profesor asociado. Para mi sorpresa, me lo dieron y fui nombrado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Columbia en el otoño de 1957 como profesor asociado de Psicología Médica en el Colegio de Médicos y Cirujanos.

Roles y responsabilidades en la Universidad de Columbia. Comienzos espirituales

Llegué a Columbia en febrero de 1958 y me dieron algunos cargos adicionales que no esperaba. Me pusieron al frente de toda la psicología clínica del Hospital Presbiteriano, como director de la División de Psicología del centro. No había un departamento de psicología, y los psicólogos clínicos estaban en una especie de desorganizada asociación. Había que reunirlos y unificarlos. Se trataba de una



Inscripción ubicada en la entrada del edificio
en el que trabajaban Helen y Bill.

For of the most high cometh healing
«Pues la sanación viene del Altísimo»
(Eclesiastés 38:2)

pesadilla administrativa, e involucraba no solo al Hospital Presbiteriano, sino también a la Universidad de Columbia y al Instituto Psiquiátrico del Estado de Nueva York, que estaban separados administrativamente, pero profesionalmente interrelacionados. Mis responsabilidades comprendían los tres: el hospital, la universidad y el instituto. Era una situación muy complicada y lo siguió siendo, aunque avanzamos mucho. La hice funcional, al menos.

Me encontré con una enorme cantidad de celos competitivos y resistencias de todo tipo. Cuando llegué, mi colega de confianza, Art Carr, que fue decisivo para que me invitaran a Columbia, no parecía quererme allí. No quería hacer ninguno de los cambios necesarios. Se sentía amenazado, y más aún cuando contraté ayuda.

Una de las primeras cosas que me pidieron que hiciera cuando fui a Columbia fue contratar a un psicólogo para que trabajara en un programa de estudio de laboratorio patrocinado por el Instituto Nacional de Enfermedades Neurológicas. Se había otorgado una subvención a Columbia como una de las dieciséis instituciones colaboradoras. Era necesario contratar a un psicólogo que tuviera conocimientos en mediciones mentales y pruebas de desarrollo para bebés y niños. Como no conocía esa área en absoluto, fui a un hospital vecino y hablé con Michael Smith, un psicólogo eminente en el campo. Dijo que miraría por todas partes y me llamaría. Una semana después recibí una llamada de una mujer que me dijo: «Soy la doctora Helen Schucman. Me han dicho que te diga que soy la persona que estás buscando».

Cuando conocí a Helen, me pareció un poco extraña. Obviamente era muy brillante, pero un poco dispersa. Tenía la sensación de que su mente daba vueltas en círculos. Había muchos elementos secundarios ilógicos, pero era consciente de que había un núcleo muy sólido. No encontró el trabajo que se le ofrecía particularmente atractivo por su ubicación. En ese momento no estaba claro dónde estaría su oficina. El sueldo no era bueno, y no había nada particularmente atractivo sobre el puesto. Había tenido varias ofertas mejores, pero aceptó esta porque sentía que debía hacerlo. Más tarde supe que cuando ella me encontró, una callada voz dentro de ella le susurró: «Ahí está, ese es el hombre al que se supone que tengo que ayudar». Naturalmente, no lo sabía en ese momento.

Contraté a Helen para el puesto de investigación en 1958 y permaneció en él durante algunos años. Más tarde, pude trasladarla más a la enseñanza y la formación, lo que era compatible con sus intereses, aunque nunca se consideró clínica. Nunca había hecho un curso de Rorschach, y no sabía nada al respecto, así que la enseñé. Pero sus habilidades clínicas eran buenas y sus percepciones psicodinámicas muy profundas. Naturalmente, ella era excelente interpretando el Test Temático de Evaluación (TAT) y analizando el contenido del Rorschach. Tenía una ventaja sobre la gente que había sido entrenada. Se involucró cada vez más en el trabajo clínico y en las becas de investigación. Estábamos interesados en desarrollar ciertos aspectos de la teoría de la personalidad y necesitábamos ayudas para mantener el departamento en funcionamiento, incluyendo fondos para asisten-

cia secretarial, entre otras cosas. Hicimos muchos malabarismos complicados con una serie de variables. Funcionó lo suficientemente bien como para que fuera posible permanecer allí. Yo seguía pensando que era importante que estuviera allí por alguna razón —no estaba muy seguro de por qué—, pero parecía haber algún significado a lo que de otra manera podría parecer una gran confusión caótica.

A Helen le gustaban los análisis estadísticos precisos. Le gustaba poder diseñar un programa en el que se pudieran considerar las variables cuidadosamente. A ella no le importaba particularmente para qué era, pero le gustaba el diseño de la investigación. Como a veces Helen lo expresaba, podía alejarse del caos de la vida ordinaria en



Helen Schucman

este trabajo. Ella encontraba cierta belleza y simetría en este tipo de patrones estadísticos, como una forma de enfrentarse al universo. Finalmente pude conseguirle un mejor puesto en el Centro Médico. Se convirtió en la psicóloga jefa del Instituto Neurológico, que se volvió nuestra sede central. También era una manera de unir las cosas administrativamente.

Al hacer de ella mi asistente, se consiguieron muchas cosas: fue un ascenso para ella y fue la base para recomendarla para un nombramiento académico. Ciertamente me facilitó las cosas.

Helen y yo pasábamos mucho tiempo juntos y compartíamos hasta el tiempo de la comida, todos los días.

Trabajábamos en todo tipo de proyectos. En 1963, me habían asignado al comité de planificación espacial del Departamento de Psiquiatría en relación con un nuevo edificio de investigación que estaba en construcción. Debido a este nombramiento para decidir sobre los planos del edificio, me fue posible disponer de un espacio para dos oficinas privadas en la esquina del ala de psiquiatría. Era un lugar muy deseable y fue aprobado posteriormente. Cuando el edificio se terminó en septiembre de 1965, Helen y yo nos mudamos a nuestras nuevas oficinas. Y como si fuera el momento oportuno, Un Curso de Milagros comenzó al mes siguiente.

Fue asombroso. Tan pronto como tuvimos un lugar, empezó. Sentí de alguna manera —mucho antes de que comenzara el Curso— que se estaba preparando un lugar ideal para nosotros.

Además, justo antes de mudarnos a nuestras nuevas oficinas, tuve la sensación de que estábamos inmersos en un proceso continuo que podía continuar indefinidamente, tratando de obtener subvenciones para investigación y formación cada año, e intentando planificar a través de canales administrativos. Las cosas cambiaban constantemente y siempre estaban en crisis. No había nada sólido, y había mucha tensión. Yo estaba involucrado en muchas actividades profesionales en ese momento. Howard Hunt y yo editamos el *Journal of Abnormal Psychology* durante seis años, comenzando en 1965.

En ese entonces, la relación entre Helen y yo no solo se hizo muy estrecha, sino también muy turbulenta. Era impredecible todo el tiempo. En cuanto al temperamento, Helen y yo éramos personas muy diferentes. Ella era una persona muy intensa, bastante agitada y

nerviosa. Yo tendía a retraerme durante los períodos de estrés, y ella solía volverse más verbal y asertiva en esos momentos. Y con frecuencia existía mucha tensión en nuestra forma de hacer las cosas, en nuestro estilo, en nuestra manera de relacionarnos y de tratar los problemas del departamento y entre nosotros. Al mismo tiempo, queríamos hacer todo lo posible por resolver la situación. Sin embargo, a pesar de estas diferencias de personalidad, trabajamos muy eficazmente juntos en un gran número de áreas. Pero aún en otras áreas había mucha fricción, y la diferencia de estilo se convirtió en un problema frecuente para cada uno de nosotros, lo que hacía que la convivencia fuera difícil para ambos en muchas ocasiones. Pero nunca se nos ocurrió dejar de trabajar juntos. Ese fue un aspecto muy importante. Sabíamos que teníamos que resolver las cosas juntos y sabíamos que nos entendíamos bien, aunque no sabíamos cómo hacerlo. Y como si esto no fuera suficiente, el estrés de la situación laboral en el que nos encontrábamos en la Columbia Medical School se había vuelto insoportable. Vivíamos en un continuo estado de ansiedad entre colegas profesionales que parecían comportarse de forma hostil y paranoica de forma crónica.

Todo esto me estaba pesando mucho, al igual que el conflicto que formaba parte de la relación que Helen y yo manteníamos. De repente, un día me encontré haciéndole un discurso bastante apasionado a Helen, algo que era muy poco habitual en mí. Le dije que, aunque sentía que podríamos seguir trabajando de esa manera indefinidamente, no estaba seguro de que valiera la pena.

—Debe haber otra forma de vivir en armonía en lugar de la discordia, de ver todo esto de manera diferente —dije—, y estoy decidido a encontrarlo.

Era consciente de que muchas de las dificultades tenían que ver con actitudes, aunque no estaba muy seguro de cómo cambiar las actitudes podría cambiar el trabajo. Me sorprendió mucho cuando Helen estuvo de acuerdo conmigo y me dijo que me ayudaría a encontrar esta nueva manera. Fue un punto de inflexión para ambos y el comienzo de un compromiso conjunto. No sabíamos realmente a qué nos habíamos comprometido, pero éramos conscientes de que estábamos involucrados de alguna forma en una empresa colaborativa, una que tuvo un gran impacto para ambos.

En retrospectiva, mi viaje espiritual comenzó ese día cuando le dije a Helen que «debe haber otro camino», y ella aceptó ayudarme a encontrarlo. Ese fue un período de transición importante para mí, pero una transición con caos. Estaba mirando los logros y reconocimientos profesionales, y me preguntaba si eso era importante o significativo. Al menos, hubo un cambio hacia una cierta apertura a la dirección espiritual. Sin embargo, en ese momento no tenía ningún interés espiritual.

La religión se consideraba mayormente como una superstición y no se discutía, ni se consideraba digna de discusión. Supongo que hubo alguna preparación de antemano, pero lo único que recuerdo fue algún interrogante en el fondo de mi mente, así como alguna lectura.

Por ejemplo, alrededor de abril de 1965 y justo antes de mi apasionado discurso a Helen, leí el libro de Hugh Lynn Cayce, *Venture Inward*. Por alguna razón sentí que era algo que me gustaría leer, lo



Edgar Cayce

cual era atípico para mis intereses y hábitos en ese momento. Cuando lo leí, recuerdo haber pensado que no me parecía que Hugh Lynn Cayce se estaba inventando esta historia, aunque obviamente era absurda según los estándares ordinarios. Yo creía en la telepatía de todos modos, ya que había tenido mis propias experiencias con eso. Sin embargo, tenía la sensación de que todas estas cosas improbables que decía sobre su padre, Edgar Cayce, el notable psíquico, eran ciertas. De ser así, tendría que pensar en todo esto de forma diferente y abrir mi mente a otras posibilidades.

Los relatos de Hugh Lynn sobre las grandes sanaciones a distancia, las experiencias paranormales, y la posibilidad de que el «continente perdido de la Atlántida» hubiera existido realmente, cualquiera de ellas, si fuese verdad, podría impregnar otras facetas de mi forma de pensar. No sabía cómo se podía cambiar un sistema de pensamiento poco a poco. Por otro lado, sabía que si aceptaba algo de eso —que si lo que él decía era cierto— tendría que replantearme todo muy seriamente, y tendría que cambiar muchísimo. Sin embargo, no estaba seguro de cuánto de esto era cierto, pero también sabía que quizás tendría que averiguarlo.

Así que en 1965 organicé un viaje para que Helen y yo hiciéramos precisamente eso. Fuimos a Virginia Beach a visitar la Asociación para la Investigación y la Iluminación (ARE), que era la organización establecida para preservar y estudiar la vida y lecturas de Edgar Cayce. Helen quedó impresionada con Hugh Lynn Cayce y la gente de allí. Siempre sentí que ese viaje le dio permiso para hacer lo que hizo.

Muchas cosas sucedieron durante ese verano de 1965. Helen había estado teniendo muchas visiones y sueños sobre un cofre de tesoros sumergido que contenía un libro negro con el símbolo en la cubierta de Esculapio, el dios griego de la curación. El símbolo es el conocido caduceo con dos serpientes entrelazadas a su alrededor, comúnmente utilizado por la profesión médica. La cubierta negra era idéntica a las carpetas que usamos posteriormente para el manuscrito de Un Curso de Milagros. Recuerdo que, en un momento dado, justo antes de septiembre de 1965, Helen me dijo:

—Sabes, uno de estos días, Bill, voy a hacer algo muy inesperado. Y recuerdo haber dicho:

—Bueno, ¿tienes idea de lo que podría ser?

—No —contestó—, pero será algo muy inesperado.

Durante parte de ese verano también estábamos viajando los dos por nuestra cuenta. Tal vez como un medio para aclarar sus pensamientos sobre los temas espirituales que surgían, Helen comenzó a escribirme una serie de cartas. Aquí hay unos breves extractos:

Sábado

Querido Bill:

Espero que puedas lidiar con esto, porque puede ser importante para ambos. Esta mañana dije algo así como sin intención, soy un canal. Lo que parecía significar algo en ese momento, pero el canal se obstruyó. Todavía no está abierto...

Domingo

Querido Bill:

Una noche estábamos caminando, y mi esposo Louis señaló a un niño con lesiones cerebrales de unos doce años de edad que estaba siendo empujado por sus padres en un carrito. Había otros niños discapacitados allí también. Mientras caminábamos, de repente y brevemente, sentí que todos caminaban felices y muy bien juntos por el mismo camino. Como en una escalera. Aún no estamos todos en el mismo camino, pero todos llegaremos a casa tarde o temprano.

Martes

Querido Bill:

No estoy muy segura de querer escribir esto, pero tengo la impresión de que estoy obedeciendo una orden.

Estas órdenes son bastante estrictas y la sensación principal que tengo es que no me arriesgaría a desobedecerlas...

Durante ese verano, Helen también tuvo algunos temores bastante agudos de perder la visión. Creo que esto se asoció en parte con el nuevo material que venía, porque ella le tenía miedo. En lugar de decir: «Tengo mucho miedo del material», ella decía: «Tengo miedo de perder la visión».

Helen siempre se preocupaba por sus ojos. Tenía un miedo tremendo de quedarse ciega. Y estaba constantemente readaptando sus lentes, usando gafas oscuras frecuentemente dentro de edificios para proteger sus ojos, cosas de este tipo. En realidad, su visión cambiaba, dependiendo mucho de lo que sucedía en nuestras vidas durante una época particular. Recuerdo que cuando empezamos a trabajar en el Curso ella pasó por experiencias donde le era posible quitarse las gafas por completo y ver con gran claridad, pero por breves períodos.

En septiembre de 1965, mi jefe, el doctor Lawrence Kolb, presidente del departamento, se sentía preocupado por la presión del Hospital Presbiteriano y del Departamento de Contabilidad debido a que el Departamento de Psicología perdía mucho dinero cada mes, según su sistema de control de costos. No sabía cómo manejar eso, pero intentaba hacer malabarismos sin aceptar un número de cosas, incluyendo el hecho de que el dinero que venía del hospital para pagar la psicología estaba siendo utilizado para otros propósitos. Como él no quería reconocer esto y el asunto apremiaba, me sugirió que fuera a la Clínica Mayo en Rochester, Minnesota, y averiguara cómo ellos ganaban dinero en psicología, mientras que nosotros estábamos perdiendo dinero. Yo sabía la respuesta a esto y él también. Pensé que era una distracción, pero era algo relevante. El hecho es que la Clínica Mayo tenía una población de clase media alta que podía permitirse el lujo de pagar tarifas altas o gastos necesarios. Era muy diferente al Presbiteriano, donde estábamos tratando con una población multilingüe, buena parte de la cual era hispana. Los pacientes en nuestras clínicas no podían pagar nada, al menos nada importante. Sin embargo, se suponía que debíamos dedicar nuestros servicios a estos pacientes clínicos, que en realidad no eran los que podían pagar los honorarios.

Invité a Helen a ir a la Clínica Mayo conmigo, ya que pensé que sería beneficioso para los dos que nos alejáramos unos días. Antes del viaje, ella comenzó a recibir imágenes muy vívidas. Una de las imágenes que le venían era de una iglesia luterana, que describió con gran detalle. La vívida descripción de Helen de esta iglesia con torreones y torretas daba una imagen clara de cómo se suponía que debía ser. Antes de partir en el viaje, me contó que estaba convencida de que íbamos a ver esta iglesia desde el avión antes de aterrizar. Helen sentía que era importante ver esta iglesia, para demostrar que no

estaba perdiendo la cabeza. Todo parecía bastante extraño, y yo no pensaba que fuéramos a ver una iglesia desde el aire o desde el aeropuerto. En el vuelo, Helen se puso cada vez más nerviosa mientras nos acercábamos a Rochester para nuestro aterrizaje y mirábamos por la ventana. Al no ver ninguna iglesia, se molestó mucho. Sugerí que alquiláramos un taxi para ver las iglesias luteranas de la zona, para saber si había algo que se pareciera a su iglesia. Contratamos a un conductor y le preguntamos si había algo exactamente como eso, pero él mencionó muchas otras iglesias, así que fuimos a verlas. Creo que vimos unas veinticinco iglesias, ninguna de las cuales se parecía en nada a las imágenes de Helen.

Realmente estaba bastante molesta. Teníamos que pasar todo el día siguiente hablando con la gente de la clínica. No había nada que hacer, sino ir a la cama y olvidar la iglesia.

Por la mañana hicimos un gran recorrido por la Clínica Mayo y nos enteramos de cómo funcionaba todo. Lo hacían muy bien. Pero todas las cosas que se podían hacer en un hospital de la clase media alta en Minnesota eran obviamente imposibles de realizar en una clínica de Nueva York.

Eran también tan eficientes que incluso sus salas de examen estaban equipadas con idénticos equipos en los mismos cajones, de modo que un médico que utilizara cualquiera de ellos sabría exactamente qué cajón abrir para el material o lo que necesitara. Al final de un largo día, mientras esperaba a Helen en el vestíbulo del hotel, fui al quiosco y vi un pequeño folleto sobre la historia de la Clínica Mayo. Lo hojeé y había una foto de una iglesia, exactamente como la había descrito Helen. Era una iglesia luterana, pero ya no existía. La Clínica Mayo había sido construida en el sitio de esta iglesia, que había sido demolida. Pensé que era muy emocionante. Le mostré a Helen el folleto y le dije que no estaba loca después de todo. Tuvo una reacción muy contradictoria.

Se sentía en parte aliviada, pero no quería oír hablar de ello. Obviamente, era demasiado exacto como para resultarle cómodo. No quería ser psíquica, y nunca quiso que la llamaran psíquica. Era típico de la incomodidad y ambivalencia habituales que Helen padecía en la mayoría de las situaciones. Le resultaba muy difícil sentirse totalmente cómoda.

En nuestro vuelo de Rochester a Nueva York, tuvimos que cambiar de avión en Chicago. En la sala de espera, Helen vio a una joven mujer que, según ella, estaba en serios problemas.

Yo miraba a mi alrededor, y todos en esa sala de espera parecían incómodos; no podía ver ninguna diferencia entre esta mujer en particular sentada en un rincón y otras personas. Ciertamente, yo no estaba sintonizado con ella. Todo lo que deseaba era volver a Nueva York y tener un poco de paz y tranquilidad. Helen, muy inusual en ella, entró en sintonía con esta joven y dijo que estaba segura de que realmente tenía problemas. Comentó: «Voy a ir a hablar con ella», y así lo hizo. Le dije que yo me quedaría donde estaba.

En pocos minutos, Helen volvió y me presentó a la mujer, que se llamaba Charlotte Zylch. Siempre recordaré ese nombre. Resultaba que Charlotte había dejado a su familia —dos hijos pequeños y su esposo— e iba a Nueva York por primera vez en su vida. Al no haber viajado nunca en avión, le aterrorizaba volar y también tenía miedo de ir a Nueva York. Realmente estaba huyendo. Así que Helen organizó que Charlotte se sentara con nosotros, y también prometió encontrarle un lugar para quedarse en Nueva York.

Cuando estuvimos en el avión, le pregunté a Charlotte:

—¿Qué habrías hecho si no nos hubieras encontrado?

Ella dijo:

—Creo que habría ido a la iglesia luterana de Nueva York y de alguna manera habrían encontrado un lugar para mí.

En ese momento, todo cobró sentido, y Helen oyó una voz muy clara que decía:

—Esta es mi verdadera iglesia, ayudar a tu hermano que está en problemas, no ningún edificio o construcción física.

La experiencia de la Clínica Mayo tuvo un gran impacto en ambos. Esto fue una preparación importante para Helen, aprendiendo a escuchar su voz interior y reconociendo que era un viaje espiritual de algún tipo. La voz interior de Helen comenzó a dictar Un Curso de Milagros el mes siguiente. Me pareció que este viaje había sido una parte fundamental de la preparación.

Parte II

Cuando Helen volvió a escuchar esta voz interior, fue claramente identificable. Sin embargo, ella se enorgullecía de ser psicóloga de investigación, pero no una persona que escuchara voces ni que poseyera una elevada imaginación visual y menos que experimentara todos estos eventos psíquicos ocurridos durante el verano de 1965. Fue extremadamente angustioso para ella. Sentía que tal vez estaba perdiendo la cabeza. Ciertamente no podía conciliar toda esta actividad con sus preferencias científicas. Y esto se convirtió en un problema particularmente agudo para ella a medida que terminaba el verano y comenzaba el otoño.

Una noche me llamó, esto fue en octubre y me dijo:

—Sabes que la voz interior se niega a desaparecer. Sigue diciendo: «Este es un curso de milagros, por favor, toma notas». ¿Qué debo hacer? Supón que es una locura. Supón que no tiene sentido.

Y era obvio que estaba pasando por una gran dosis de angustia y sufrimiento en ese momento.

Dije la única cosa obvia:

—¿Por qué no registras lo que quiera que sea? Puedes leérmelo mañana por la mañana en la oficina, y si no tiene sentido, nadie más tiene que saberlo. Pero al menos sabremos lo que es.

Así que eso fue lo que hicimos. A la mañana siguiente entró Helen y leyó esa hermosa introducción al Texto, que dice: «Nada real puede ser amenazado. Nada irreal existe». Era obvio que estábamos sintonizando con algo que difícilmente podía ser considerado como una locura, por inesperado que fuera.

Parte de mi papel con Helen en esto fue darle apoyo y tranquilidad cuando se sentía asustada por estas experiencias psíquicas, así como por otras cosas que la asustaban mientras el «proyecto» continuaba.

En algún nivel yo creía en la realidad de ciertos tipos de experiencias psíquicas, habiendo tenido previamente algunas en mi propia vida, como cuando encontré mi apartamento. Y hubo otras experiencias de ese tipo. Recuerdo cuando era estudiante de posgrado trabajando en mi doctorado, a veces me preguntaba: «¿Por qué estoy haciendo esto?». Una vez que me hice esa pregunta, obtuve una respuesta muy clara: «No lo sabrás por muchos muchos años, pero cuando lo hagas, te hará terriblemente feliz». De una manera extraña había una parte de mí que estaba familiarizada con la idea de la comunicación interna, pero no sabía muy bien qué hacer con ella. No era algo que se discutía en el ámbito académico en el que yo estaba, así que lo dejé de lado. No negué la experiencia, pero tampoco intenté explicarla. Cosas de ese tipo me habían sucedido con suficiente frecuencia como para que no me sorprendiera totalmente por las experiencias de Helen. Cuando miro hacia atrás, me doy cuenta de que había muchas experiencias similares, experiencias extrañas que no podía explicar del todo.

Así que cuando Helen empezó a oír una voz interna, supe que no era algo que ella se estuviera inventando. En sus intentos por llamar la atención, Helen tenía una fuerte tendencia al dramatismo, pero sabía que no se trataba de eso. No encajaba en esa categoría. Esto era algo bastante auténtico. Le daba miedo, pero reconocía que tenía el tipo de autenticidad que no era característica de sus propias ideas. Sin embargo, a pesar de su impresionante calidad, ella también se mostraba indiferente. Y, contrariamente a lo que algunos podrían pensar, Helen decía que no oía una voz externa. Lo que ella oía realmente era una parte de su mente, que estaba claramente separada de su conciencia o consciencia ordinaria del ego. Y al escribir *Un Curso de Milagros*, era casi como si hubiera una grabadora que pudiera encender o apagar. Todo lo que tenía que hacer era escuchar atentamente lo que se decía y grabarlo en su cuaderno de taquigrafía, que era precisamente lo que hacía. Pero no había ninguna voz externa de ningún tipo. Era simplemente una percepción de pensamientos muy distinta la que se manifestaba. Y aunque el Curso llegó en una forma que no esperaba, consideré esto como la respuesta a mi petición de que debía haber otro camino y que estaba decidido a encontrarlo.

Me pareció, en la medida en que valoraba ser un científico, que debía examinar todas las pruebas, cualesquiera que fueran, antes de

descartar cualquier cosa. Comenzaba con: «¿Puede esto ser verdad? ¿O se trata de algo completamente falso? Pero, mientras leía el material, reconocía que el ego de Helen de ninguna manera podía haber escrito lo que yo estaba leyendo. Era algo totalmente ajeno a su formación, a sus intereses y a su modo de conceptualizar ideas abstractas. Simplemente era imposible que su ego pudiera haber hecho esto.

Después de que Helen escuchara la voz que decía: «Este es un curso de milagros, por favor, toma notas», se sintió reconfortada cuando mecanografiamos el material y resultó tener sentido. Y a medida que el material se fue revelando, gran parte de él se volvió cada vez más bello. Cientos de páginas están en pentámetro yámbico, versos blancos shakesperianos. Cuando descubrimos eso, daba una dimensión adicional a la belleza de los conceptos. Era casi como si nos estuvieran dando palabras y música al mismo tiempo. Helen sin duda alguna apreció mucho la calidad literaria del material. Eso era importante para ella, y muy importante para mí también. Afortunadamente, Helen también sintió que era su función transcribir esto, aunque en realidad no podía desconectarse. Sin embargo, a veces cuando intentaba detenerlo, no podía dormir o se despertaba en medio de la noche después de dar muchas vueltas en la cama y comenzaba a registrar el dictado interno. Parecía como si no pudiera descansar si no lo hacía.



Bill mecanografiando UCDM

Así es como empezamos, también en estado de pánico. Al principio tuve problemas para escribir este material con precisión, que aparecieron en forma de errores tipográficos. Por ejemplo, cuando la palabra «salvación» (*salvation*) aparecía, yo invertía las letras a y e, y escribía «esclavitud» (*slavation*). O cuando decía: «tú y tu hermano», recuerdo haber dejado caer una erre y haber escrito «tú y tu molestia» (*bother* por *brother*), y también tenía algunos problemas con cosas como la «crucifixión», que inicialmente deletreaba como «cru-cificción». Así que hubo muchos conflictos que ambos experimentamos al tratar de transcribir el material, así como dificultades y ansiedades al registrarlo. Pero me di cuenta de que el primer paso era simplemente bajarlo, y entonces, una vez que lo tuviéramos, podríamos empezar a estudiar lo que decía.

Al principio, también, cuando acabamos los cincuenta principios de los milagros, que fue lo primero que llegó del Texto —y después de revisar estos principios con mucho cuidado— me di cuenta de que si eran ciertos, entonces tendría que reevaluar absolutamente todo en mi vida; tendría que cambiar de mentalidad. Para mí, eso era muy amenazador. No veía cómo era posible hacerlo. Me parecía que suponía un gran reto, más que lo que yo podía soportar. Por otro lado, como no sabía adónde llevaba esto —aunque aparentemente era en la dirección correcta— pensaba que lo único que tenía que hacer era seguirlo, y no intentar cerrar todo el asunto prematuramente. No sabía lo que era capaz de aprender. Sin embargo, ese parecía un trabajo muy grande, y no estaba seguro de estar a la altura. Pero más tarde me di cuenta de que solo es necesaria una pequeña disposición, que la disponibilidad no implica capacidad, sino simplemente una cierta disposición para el cambio. Así que reconocí que sí tenía un poco de voluntad para hacerlo.

Sin embargo, cuanto más leía ese material, más sentido tenía. No había nada en ello que fuera realmente extraño, excepto que era un sistema de pensamiento totalmente diferente. No era el sistema de pensamiento con el que había crecido. Ciertamente no era el sistema de pensamiento de mis colegas en psicología, y ciertamente no era lo que se practicaba en el Centro Médico. Pero había un gran sentido de practicidad en muchos de sus conceptos. Y creo que fue esto lo que encontré tremendamente atractivo y convincente. Cuando decía que

solo tienes dos emociones, miedo y amor, me daba cuenta de que eso acababa con esa interminable jerarquía de emociones con las que hemos plagado la psicología y la psiquiatría. Y básicamente eso es verdad. Si tengo miedo, no puedo sentir amor. Cuando estoy amando, no sé nada del miedo. Por lo tanto, estos conceptos tenían un valor práctico. Y por supuesto, la aplicación de ellos era algo diferente. Esto significaba comenzar a cambiar nuestra mente gradualmente.

El Texto es la primera parte del material en el que trabajamos. Duró casi tres años, y terminó como un volumen de 669 páginas. No sabíamos, cuando empezamos, lo que iba a ser Un Curso de Milagros, no teníamos ni idea. No sabíamos si serían solo un par de páginas.

Pero Helen preguntó en un momento dado:

—¿Cómo sabré cuando acaba esto?

Y se le dijo: «Oirás la palabra “Amén”». Esa frase aparece al final del texto, donde dice: «Y ahora decimos amén».

Cuando el Texto terminó, Helen sintió, al igual que yo, que nuestra tarea había terminado, y que teníamos mucho que hacer para simplemente tratar de aprender esos conceptos y aplicarlos en nuestras vidas. También en ese momento, Helen se sintió aliviada y ansiosa por haber perdido su función, que aparentemente había concluido. Por el momento no había más material y no había indicios de que fuera a haber más. Sin embargo, después de un período de nueve meses, Helen se puso cada vez más inquieta.

—En cierto modo, echo de menos mi función, siento que hay algo más que viene y va a ser algo parecido a un libro de ejercicios —dijo.

Le pregunté:

—¿Libro de ejercicios? ¿Qué va a ser eso?

Pero no fue muy específica al margen de esto. Era solo que era consciente de que el Curso no estaba completo. Entonces un día comenzó a escribir el Libro de Ejercicios para estudiantes, que consta de 365 lecciones, una por cada día del año. Y ese fue el comienzo de la segunda parte del Curso. Eso llevó aproximadamente dos años y medio, y al finalizar pensamos que habíamos terminado. Pero, una vez más, después de varios meses de no saber muy bien qué sucedería después, el tercer y último volumen fue anunciado como el Manual para el Maestro. Así que el período total de tiempo fue de aproximadamente siete años desde el momento en que comenzamos con

el Texto, pasando por el Libro de Ejercicios para estudiantes, hasta terminar con el Manual para el Maestro.

Poco después de que comenzáramos a escribir el Texto, fui invitado a asistir a una conferencia sobre diabetes juvenil en Princeton, Nueva Jersey, patrocinada por una fundación. Era un área de la que no sabía absolutamente nada. Pero, por varias razones políticas del Centro Médico, sentí que era importante ir a esta reunión. Y pensé: «Esto es muy embarazoso, ¿cómo puedo ir a una conferencia de un asunto que me resulta totalmente ajeno?». Entonces Helen recogió un material que no solo formaba parte del texto para ese determinado período, sino también era un mensaje especial para mí. Me ayudó extraordinariamente para asistir a esta conferencia, y sé que también ha sido de gran ayuda para un gran número de personas que han estudiado el Curso a lo largo de los años. Aparece en la primera parte del texto del Capítulo 2, en «Principios especiales de los obradores de milagros», y dice:

7. Bill, tú puedes hacer mucho por tu propia rehabilitación Y la de Helen, y también a un nivel mucho más universal, si piensas en las reuniones de Princeton de esta manera:

Estoy aquí solo para ser verdaderamente útil.

Estoy aquí para representar a Cristo,

Quien me envió.

*No tengo que preocuparme de qué decir o qué hacer,
porque Aquel que me envió me guiará.*

*Estoy contento de estar dondequiera que Él desee,
sabiendo que Él va allí conmigo.*

Seré sanado dejando que Él me enseñe a sanar.

(UCDM Gongarola, T-4.XIII.7)

Este mensaje me ayudó a reconocer que no tenía que depender de mis defensas intelectuales para prepararme para la conferencia o ninguna otra cosa. Todo lo que tenía que hacer era reconocer que yo estaba allí para ser verdaderamente útil y que habría guía y ayuda. Independientemente de lo que la tarea pudiera parecer, no tenía que

planear, no tenía que anticiparme. Todo esto era muy diferente. Estaba acostumbrado a planear, anticipar, dar conferencias y todo lo resolvía intelectualmente con anticipación. Aquí, creo, la lección de confianza es realmente lo que se enfatiza.

Sin embargo, muchas veces Helen llegaba por la mañana y me decía que pensaba que el Curso estaba trastocado, que el material no tenía sentido y que estaba cansada de cumplir su función. Pero cada vez que eso sucedía, nos sentábamos y escribíamos el material y lo leíamos; todas estas preguntas y reparos se resolvían porque el flujo del material se mantenía ininterrumpido. Era hermoso, profundo y, lo más importante de todo, parecía que nunca se contradecía a sí mismo. Esto seducía mucho a la mente lógica de Helen. Recuerdo una ocasión en particular muy vivamente, cuando Helen llegó una mañana y estaba realmente angustiada, quizás más angustiada de lo que la había visto en algún tiempo. Esto ocurrió a mitad del Texto. Y ella dijo:

—Esta vez sí que ha ido demasiado lejos. Es un galimatías, no tiene sentido, no tiene significado, es absurdo. Es absolutamente imposible, me niego a lértelo.

Después de calmarla, aceptó leerme el material. Es el final de una sección, un pasaje conmovedor, una oración:

13. *Perdona nuestras ilusiones, Padre,
y ayúdanos a aceptar la verdadera relación que tenemos Contigo,
en la que no hay ilusiones,
y en la que ninguna puede jamás entrar.*
²*Nuestra santidad es la tuya.*
³*¿Qué puede haber en nosotros que necesite perdón,
cuando el tuyo es perfecto?*
⁴*El sueño del olvido es solo nuestra pobre disposición para recordar TU
Perdón y Tu Amor.*
⁵*No nos dejes caer en la tentación,
pues no es Tu Voluntad que el Hijo de Dios sea tentado.*
⁶*Y que recibamos únicamente lo que Tú has dado,
y aceptemos solo eso en las mentes que Tú creaste y amas*
⁷*Amén.*

(UCDM Gongarola, T-16.VIII.13)

En ese momento, Helen se puso a llorar. La belleza del lenguaje, la profundidad del pensamiento y en cierto sentido el equivalente del Curso al padrenuestro parecía muy claro. Era una declaración en el Curso muy parecida al padrenuestro en muchos sentidos. Y eso tuvo un impacto muy profundo en Helen, así como, por supuesto, en mí. En consecuencia, creo que tal vez después de eso Helen estaba menos en conflicto cuando tomó el material posterior. Pero no puedo decir que su conflicto hubiera terminado totalmente porque seguía volviendo de varias formas y en diversas ocasiones.

Durante los casi tres años que trabajamos en el Texto, el material se presentaba a un ritmo algo errático. Al principio parecía haber una gran afluencia de material y Helen lo escribía. Pero también hubo períodos en los que Helen no deseaba hacer nada durante varios días, aunque sentía que había más. Simplemente no tenía ganas de tomarlo. Podía demorarlo un poco —por unos días como mucho—, pero no demasiado tiempo. Llegaba en partes muy desiguales, dependiendo de su disponibilidad. Sin embargo, si sentía que era lo suficientemente urgente, se tomaba el tiempo para ello, incluso haciéndolo a veces en el metro o en un taxi. Pero frecuentemente lo hacía en casa o en la oficina entre horas de trabajo. Sin embargo, nunca pareció que hubiera ninguna diferencia en lo que estaba pasando. Y en ningún momento Helen estaba en trance ni nada que se asemejara remotamente a un trance —el flujo de material seguía sin ningún estado alterado—, pero ella se concentraba muy cuidadosamente cuando lo hacía. También podía desconectarse o conectarse en cualquier momento, incluso detenerse en medio de una oración para hablar con alguien sobre algo. Luego ella podía empezar de nuevo exactamente donde lo había dejado, sin volver a releer lo que había escrito, continuando cuando tenía un momento. A veces daba la sensación de que ya estaba grabado y ella simplemente transcribía algo que ya estaba allí.

Estábamos siempre juntos, ya que nuestras oficinas eran contiguas, así que podíamos hacer esto entre horas de trabajo. Pero el horario más común, y por lo general el más tranquilo, era durante la hora del almuerzo. Me comía un bocadillo de Chock Full of Nuts y nos sentábamos allí y hacíamos esto con pocas interrupciones. Por otro lado, Helen y yo reconocimos que era crucial para nosotros hacer nuestra tarea con el Curso de una manera que no interrumpiera

nuestro trabajo en el Centro Médico. Ambos éramos gente muy ocupada. Ciertamente, nuestro trabajo y nuestros compromisos con el Centro Médico eran nuestra prioridad principal, y esas obligaciones tenían que ser respetadas en todo momento. Pero de alguna manera esto parecía encajar en pequeñas grietas de tiempo sin ninguna dificultad.

Helen me leía el material de su cuaderno de taquigrafía y yo lo mecanografiaba directamente. Hacía un original y dos copias. Cuando terminábamos con la transcripción en la que estuviéramos —podría ser de varias páginas o solo un par de páginas—, la revisábamos. Se hizo bastante fácil al cabo de un tiempo y parecía casi automático. Simplemente prestábamos atención a lo que hacíamos y no nos implicábamos demasiado con el contenido mientras lo hacíamos. Lo guardábamos hasta más tarde. Tratábamos de dejar a un lado nuestras valoraciones, pero a veces nos quedábamos bastante sorprendidos con lo que salía. Sentía que lo importante era concentrarse en bajarlo. Helen era propensa a inquietarse si lo discutíamos. Ella pensaba que debíamos bajarlo y asegurarnos de que fuera exacto, y no tratar de entender lo que significaba.

Helen tenía miedo, creo yo, de comprometerse de manera muy concreta con esto. De hecho, al principio me dijo:

—Tú eres responsable de lo que dice.

Y luego me decía que ella solo era responsable de su estilo gramatical y pureza. Que si contenía errores gramaticales, si se «metía la pata» de algún modo, se negaría a continuar. Helen se apartaba, realmente, de esa manera. Así que ambos mirábamos el material con un ojo bastante crítico mientras lo revisábamos, buscando posibles errores o faltas. Después de escribir a máquina lo que Helen pudiera haberme dictado durante un día en particular, repasábamos la copia revisándolo cuidadosamente para asegurarnos de que teníamos todas las palabras exactamente como se suponía que fueran. Sin embargo, a veces, Helen se sentía tentada a cambiar una palabra, pero luego reconocía que si lo hacía no tendría sentido más tarde. Su integridad al grabar este material precisamente como vino fue extraordinaria. Sin embargo, simplemente decidió no asociarse con él en ese momento debido a su elevado nivel de amenaza. Aun así, Helen sí sabía lo que decía el material y lo entendía.

Conceptos y aplicaciones desafiantes

Durante este tiempo, en 1965, Helen y yo también compartíamos un mismo sentimiento de excitación. De alguna manera habíamos encontrado nuestra función. No sabía a dónde llevaba eso, y no tenía ni idea de lo que significaba Un Curso de Milagros. Sin embargo, me oponía al título de la obra porque pensaba que era embarazoso, incómodo y poco científico. El término «milagro» me molestaba. Creo que también le molestaba a Helen. La idea de Un Curso de Milagros parecía bastante absurda. Sin embargo, cuando se definió lo que era un milagro como la eliminación de las barreras a nuestra conciencia de la presencia del amor, entonces comenzó a tener sentido. Así que teníamos muchos sentimientos encontrados, pero también una cierta comprensión de su importancia. Esto no era algo menor. Yo tenía la firme convicción de que Helen podía hacerlo, y sé que sin mi constante apoyo y aliento, no habría continuado. Era algo que nos unimos para hacer.

De hecho, compartimos la sensación de estar unidos en un propósito común, a diferencia de otras actividades, como escribir documentos o hacer proyectos en el Centro Médico. No tenía ni idea de que iba a ser un trabajo largo o incluso un libro, por no hablar de tres volúmenes. No había pistas. A veces nos parecía imposible, cualquiera que fuera la misión. Además, estaba experimentando una sensación de frustración y tenía grandes dificultades para trabajar con Helen en términos de comprensión del material. Hablábamos de ello, pero lo que yo consideraba un desafío al cambio, ella lo veía como una amenaza, y parecía decidida a mantener sus posiciones. Así que fue duro no tener a nadie con quien hablar de esto, ya que Helen quería mantenerlo en secreto, algo que no fuera compartido o discutido con otros, al menos todavía no. Sin embargo, necesitábamos un confidente que compartiese nuestros intereses, alguien digno de confianza y dispuesto a respetar un voto de silencio y con un bagaje apto para apreciar el material.

La persona que vino a nuestro rescate fue Calvin Hatcher. Era un administrador del hospital con el que yo había trabajado muy de cerca en problemas departamentales. Cuando almorzamos juntos unos meses antes de que comenzara el Curso, Cal me dijo que siempre

había querido tener un amigo con quien hablar sobre su interés en la religión y los asuntos espirituales. Que me dijera eso fue muy sorprendente para mí. No me conocía muy bien y parecía que se estaba exponiendo demasiado.

—Cal —le dije—, no sé nada de religión o espiritualidad y no me interesa. Me temo que no soy la persona indicada para eso.

Así que cuando el Curso comenzó, parecía claro que Cal lo estaba esperando, y yo sabía que él era la persona con quien teníamos que compartir esto. Helen tuvo un ataque cuando le hablé de mi intención. Tenía miedo de mezclar el Curso con la administración del hospital. Sin embargo, conocía a Cal lo suficientemente bien como amigo como para darme cuenta de que no haría nada que pudiera comprometernos, así que le pedí permiso para contarle a Calvin sobre el Curso. Después de eso, cuando mecanografiaba las tres copias, le daba a Helen el original, me quedaba con una copia y le daba a Cal la otra cada mañana.

Durante varios años nos reuníamos en mi oficina temprano por la mañana, antes de las 8:00, porque teníamos que quedar antes de las actividades programadas. Repasaba el material que había escrito el día anterior e intentaba explicárselo a Cal. Este fue mi intento de aprender lo que significaba al tratar de enseñárselo a él, y fue enormemente útil. Cal sabía mucho más que yo sobre la Biblia, la cual era muy nueva para mí. Él tenía una mente crítica e indagatoria y quería saber qué significaba todo, qué implicaciones podía tener. Esto me dio la primera oportunidad de tratar de averiguar lo que pensaba al respecto. Nuestras charlas fueron de gran ayuda e hicieron posible que Helen y yo continuáramos incluso cuando sentíamos que no lo estábamos aprendiendo juntos. Era mucho más difícil repasar el material con Helen.

El problema de no aprenderlo con Helen me molestaba mucho. A veces pensaba que lo estábamos aprendiendo, pero eso variaba mucho. Y a veces nuestra relación parecía empeorar a medida que avanzaba el Curso. Sentía que Helen me consideraba su amenaza simbólica del Curso; yo era el culpable que debía ser atacado. Cuanto más tiempo pasaba, peor se ponía. Fue muy difícil.

Cuando Kenneth Wapnick llegó a la escena poco después de que termináramos de escribir el Curso, ciertamente nos era muy necesari-

rio. Y aunque Ken me quitó mucha presión, lo que pasó fue que Helen se volvió aún más hostil hacia mí. Me convertí en el enemigo. Ella siempre había tenido la vaga idea de que alguien tenía que irse, que había que matar a alguien para que otro viviera. Yo estaba allí arriba a cargo de todo el departamento y de todo lo demás que estaba pasando, pero me estaban matando oficialmente. Siempre me daba mensajes dobles, y eso también me resultaba muy difícil. No sabía cómo lidiar con ello, y empecé a sentirme cada vez más aislado.

Estaba claro que la relación entre Helen y Ken era ahora un sustituto de la relación que Helen y yo habíamos mantenido durante mucho tiempo. Me sentí en parte aliviado, pero al mismo tiempo me sentí excluido. También tenía una creciente sensación de temor que casi me aterrorizaba. Si realmente tomáramos este Curso en serio no podíamos ignorar lo que decía. Seguía diciendo cosas como: «Vosotros, Helen y Bill», que traducimos como «vosotros dos» o «tú y tu hermano», y era muy personal, así que sentí que si realmente aceptábamos esto como verdad, no podíamos ignorar esa parte. Decía que los dos lo lograríamos juntos o no lo lograríamos.



Helen con Kenneth Wapnick

Así que pasé mucho tiempo tratando de hablar con Helen sobre mis sentimientos al respecto.

De alguna manera pensaba que teníamos que hacerlo así. Con el paso del tiempo, Ken intentó ser más inclusivo, pero no sabía lo que hacer más que yo. Sentí que si Helen y yo no lo lográbamos para cuando ella se jubilara, nunca lo haríamos. Creía que cuando dejara el Centro Médico, sería el final de nuestra oportunidad. Eso me molestó durante mucho tiempo y me hizo difícil seguir mirando el Curso en sentido personal. Era algo que había entrado en nuestras vidas y las había cambiado. No sabía cómo lidiar con esto a solas; necesitaba que alguien se sintiera relacionado con él. Cal fue de mucha ayuda, pero no era lo mismo. Necesitaba una relación en la que este material y su significado pudieran estar realmente presentes. Para mí, se suponía claramente que era la relación que Helen y yo compartíamos, que ciertamente necesitaba urgentemente el cambio tal y como se prescribía en el Curso.

Recuerdo que le hablé mucho sobre esto en varias ocasiones, tratando de decirle lo importante que era para mí. Pero, al mismo tiempo, sentía que el material tenía la tendencia a generalizar al decir «tú y tu hermano», quienquiera que sea, no específicamente nosotros. Así que obviamente no se refería solo a Helen y a mí. Sin embargo, sentía que nadie compartía mi percepción con respecto a Helen y a mí, y me costaba transmitir ese sentimiento que impregnó el Curso durante muchos años de mi vida. Ya no siento eso. Pero era evidente que si no me hubiera resistido de alguna manera, no habría tenido problemas con ello.

Sin embargo, me parecía que todo eso estaba sucediendo porque Helen y yo necesitábamos una lección muy poderosa debido a que nuestra relación era muy intensa y ambos éramos muy reacios al cambio. Muy pocas relaciones pueden ser tan intensas y continuar durante tanto tiempo. Yo también representaba múltiples papeles para Helen. Yo era su jefe, su fantasioso objeto de amor, su salvador en términos de este material, y se esperaba que hiciera todo lo que tenía que hacer en todo momento. Yo era un sustituto de su marido, su hermano y su padre. Se suponía que debía compensar sus sentimientos por su padre, y por lo que él no hizo en su vida. No sé por qué acepté esto. Era una relación muy complicada.

Al mismo tiempo, sentía una gran dependencia emocional de Helen, aunque yo era claramente la persona al mando. Mi papel no era dependiente en términos de la gente del departamento. Era consciente de eso. Helen era extremadamente capaz cuando estaba concentrada. En nuestra relación nos volvimos tan mutuamente interdependientes que era muy difícil para cualquiera de nosotros funcionar de otra manera. Eso continuó incluso cuando Ken estaba allí. Me resultaba difícil separar la experiencia de pasar por todo esto de lo que dice el Curso, que habla de la paz, el amor, la alegría y la armonía, y yo tenía la sensación de que todo era caos. Lo que yo sentía gran parte del tiempo era una permanente tentación de caminar por la cuerda floja.

Una de las razones por las que esto era tan difícil es que yo también estaba bajo presión constante en un centro médico muy competitivo. El juego era realmente matar o morir. Esa orientación se extendió por todo el Centro. Estaba decidido a no dejarme atrapar, pero no había forma de evitarlo. Fue un delicado acto de equilibrio en muchos sentidos. Lo hice tan bien como pude, pero no había forma de saber cómo hacerlo, ni de sentirse feliz al respecto. Con el tiempo, las cosas mejoraron, y encontré mucho más fácil lidiar con situaciones imposibles. También aprendí mucho. Aprendí a lidiar con esas situaciones imposibles que parecían acabar funcionando milagrosamente.

Mi secretaria, Pearl Belowsky, del Bronx, que era atea y tenía mucho miedo del cristianismo, solía decir: «Oh, el doctor Thetford acaba de hacer otro milagro». Howard Hunt, que había sido presidente del Departamento de Psicología de la Universidad de Chicago y un colega cercano, decía: «Ahí está Bill caminando sobre el agua de nuevo». Era consciente de que no lo estaba haciendo, pero hasta cierto punto estaba siguiendo una guía.

No me sentía muy en paz con nada de eso. Me sentía como si me estuvieran probando constantemente. Gran parte de ello era un ego fuertemente reforzado. Era un contraste extremo: lo peor de la defensa del ego por un lado, y el Curso que representaba el epítome de la espiritualidad por el otro. No sabía cómo lidiar con esto. Sin embargo, ese fue mi proyecto la mayor parte del tiempo: «¿Cómo llego a este día tratando de aplicar estos principios frente a la tentación máxima del ego?». Ciertamente no estaba en un estado de paz y ecuanimidad. Sin embargo, finalmente aprendí a mejorar las relaciones.

Empecé trabajando con algunos de los colegas más cercanos a mí. Donde las relaciones habían sido abrasivas o particularmente difíciles, empecé a practicar los conceptos del Curso siendo indulgente y no participando en el juego de la culpa ni del ataque o la defensa, sin importar cuál fuese la aparente provocación. La esencia de Un Curso de Milagros es cambiar de manera de pensar sobre cómo percibimos al mundo y a otras personas. Y empecé a darme cuenta de que la responsabilidad de cambiar mis percepciones dependía de mí, y no tratar de cambiar a las personas con las que tenía relaciones. Por ejemplo, un colega en particular que había sido decisivo en mi llegada al Centro Médico estaba de alguna manera molesto por una serie de problemas en los que intentábamos trabajar juntos. Y parecía que no importaba cuáles fueran mis sugerencias, nunca eran del todo correctas, y había cierta dosis de amargura y resentimiento que aumentaba con el tiempo a medida que seguíamos trabajando juntos.

Llegué al punto en el que no tenía ni idea de cómo mejorar mi comunicación con él. Y cuando llegó el Curso me di cuenta, «bueno, aquí hay alguien que obviamente está esperando para ponerlo a prueba. Si esto puede funcionar en mi relación con un colega difícil, entonces puede funcionar donde sea». Y empecé a visitarlo en su oficina todos los días. Así que no importaba lo que dijera o hiciera, yo simplemente no respondía a eso de mi manera característica. No me molestaba, no me ponía a la defensiva ni participaba en contraataques, o lo que fuera.

Esto continuó por algún tiempo. Y una mañana no pude pasar por allí como siempre. Recibí una llamada telefónica, y era él, que me dijo:

—Bill, ¿estás bien? ¿Estás bien hoy?

—Sí, todo está bien, no pude pasar.

Terminamos yendo a una conferencia del departamento que fue patrocinada fuera de la ciudad, y era costumbre compartir habitaciones en esa conferencia. Y se me acercó y me dijo:

—No hay nadie con quien prefiera compartir habitación que contigo, Bill. ¿Compartimos habitación?

Eso pareció ser un momento extraordinariamente sanador para ambos. Mientras caminábamos hacia la sala de cócteles y después de la cena, se detuvo y tomando un puñado de nueces, me comentó:

—Edgar Cayce me dijo que las almendras evitan el cáncer.

No podía creer lo que estaba oyendo. Le contesté:

—¿Conocías a Edgar Cayce?

—Sí —dijo—, en realidad estuve en el ejército durante la última parte de la Segunda Guerra Mundial, poco antes de la muerte de Cayce, y tuve la oportunidad de conocer a esa familia.

Así que en ese momento tuve la sensación de haber resuelto de alguna manera un problema de largo recorrido, y me embargó una enorme sensación de libertad y alegría duradera. Los problemas entre nosotros nunca volvieron a surgir.

Así que decidí que, antes de salir del Centro Médico, todas mis relaciones sanarían tanto como pudiera, y siento que así fue. No iba a dejar que nada de esa basura del ego se esparciera si podía evitarlo. Eso supuso una enorme diferencia para mí. Eso era lo que de verdad quería. Muchas cosas parecían estar sucediendo a muchos niveles diferentes. Es difícil decir dónde me encontraba yo realmente en todo esto. Sentí que no sabía cómo tener una relación santa con Helen. Descubrí que podía tener una relación santa con cualquier otra persona, pero no sabía cómo hacerlo con Helen. Seguí intentándolo, pero todavía no puedo tomar el Curso y mirarlo con el desapego de alguien que no ha estado involucrado. Sin embargo, a pesar de todo esto y de todas las turbulencias, Helen y yo nos comprometimos a cumplir nuestra misión. Era una responsabilidad sagrada, algo que debíamos hacer y lo hicimos. Sentí que habíamos hecho nuestro trabajo tan bien como sabíamos, pero no habíamos cosechado suficientes beneficios y recompensas de ello. Eso me pareció muy triste. No quería culparla porque no era una cuestión de culpa. Pero tampoco sabía cómo resolver nuestra relación.

La búsqueda del contexto

En este punto necesito hacer una pequeña digresión para extenderme sobre una fase importante en la escritura de Un Curso de Milagros que nos dio a Helen y a mí, especialmente a mí, una mejor perspectiva en general. Poco después de que nos metiéramos con el Texto, empecé a preguntarme qué otra cosa podría haber en la litera-

tura que fuera similar a lo que escribía Helen. Obviamente estábamos haciendo algo muy inusual, pero pensé que no podía ser único. Pensé que quizás habría algo sobre el misticismo que podría ser relevante. Cuando empecé a mirar a mi alrededor, comencé a encontrar todo tipo de libros, que aparentemente me cayeron del cielo. Leí mucho material, y me impresionó particularmente Vivekananda y su reformulación de las enseñanzas del Vedanta. También los escritos de Joel Goldsmith tenían algunas similitudes con el material. Su libro *Paréntesis en la eternidad* fue de gran ayuda. También había similitudes en las enseñanzas de la Iglesia de la Unidad, pero no era exactamente lo mismo. El Curso es mucho más extenso y difícil. Ya estaba familiarizado con la «filosofía perenne» de Huxley: un buen material introductorio. Y, por supuesto, estábamos al corriente del material de Cayce, y yo también había leído *Muchas mansiones*, de Gina Cerminara, que trataba sobre la reencarnación.

En línea con estos conceptos y el de la reencarnación, y en su autobiografía, Helen habla de una imagen de una antigua sacerdotisa —casi prehistórica— bastante etérea, que no es del todo de este mundo. Había un templo blanco donde la gente acudía a ella para pedirle sanación. Pero la sacerdotisa no podía tratar o interactuar directamente con estas personas; necesitaba un intermediario. Su intermediario era un hombre que le transmitía peticiones porque él era la única persona con quien ella podía hablar. Él estaba lo suficientemente enraizado como para hablar con la gente, pero ella no.

Él era su vínculo con el mundo. La gente venía en busca de ayuda a este templo, y el intermediario hablaba con ellos y le presentaba sus problemas o necesidades a la sacerdotisa. Ella hacía lo que fuera que hiciera y ellos sanaban. Helen tenía muy claro que yo era el mediador y ella la sacerdotisa. Sentía que de alguna manera esto retrataba la relación que habíamos tenido hace mucho tiempo, quizás en Atlantis. Siempre me pareció intrigante. A veces me preguntaba si no lo íbamos a recrear de otra forma en esta vida. Mi pregunta ahora era: «¿Hay algo específico que necesito saber sobre mi función y con qué se relaciona esto? Me gustaría saber cualquier cosa que pueda ser útil».

Debido a esto y a experiencias similares, mi intriga con la noción de reencarnación creció y empecé a pensar seriamente en ello. Pensé

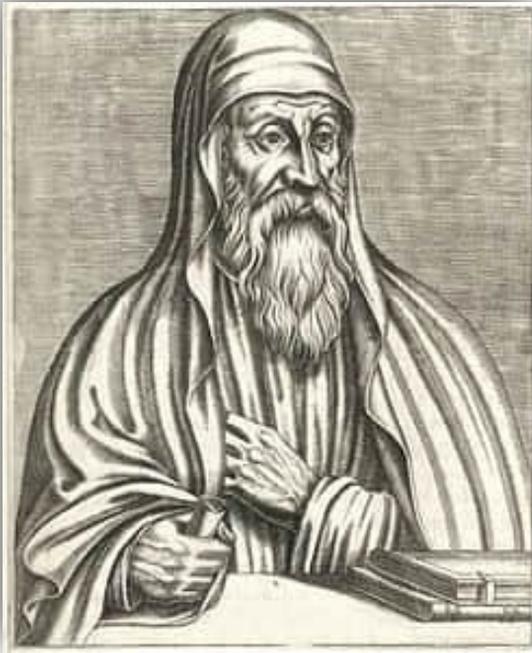
que realmente, nada de esto me importaba personalmente. Nunca me había sentido atraído por los aspectos personales de lo que yo había sido, pero definitivamente estaba interesado en el tema. Una noche tuve una conversación muy peculiar con Helen. De la nada, cuando estábamos trabajando en el Texto y hablando de algo totalmente irrelevante, ella dijo:

—Oh, sé quién eras. Eras Orígenes.

—¿Qué?

Busqué sobre Orígenes más tarde para descubrir que fue uno de los primeros padres de la Iglesia cristiana, y considerado como uno de sus principales maestros. Eventualmente, fue perseguido por enseñanzas heréticas alrededor de la época de Titianus en el siglo III d. C. En el Concilio de Constantinopla se le imputaron varias acusaciones póstumas, y muchas de sus enseñanzas, que se habían vuelto inaceptables, incluida la reencarnación, fueron eliminadas o censuradas.

Orígenes, 185-254. Uno de los mejores ejemplos de místicos cristianos primitivos y generalmente considerado el más grande teólogo y erudito bíblico de la Iglesia oriental temprana, Orígenes probable-



Orígenes

mente nació en Egipto, quizás en Alejandría, en una familia cristiana. A los dieciocho años, sucedió a Clemente de Alejandría como director de la escuela catequética de Alejandría, donde había estudiado. Entre 203 y 231, Orígenes viajó extensamente y atrajo a un gran número de estudiantes tanto por su forma de vida como por su enseñanza. Según Eusebio, tomó el mandato en Mateo 19:12 como que significaba que uno debía castrarse a sí mismo.

Aunque no fue ordenado, Orígenes predicó en Palestina (c. 215) por invitación de los obispos locales, pero Demetrius, obispo de Alejandría, consideró esta actividad como una violación de la doctrina eclesiástica y le ordenó regresar a Alejandría. Volviendo a Palestina en 230, Orígenes fue ordenado sacerdote por los obispos de Jerusalén y Cesárea. Demetrio entonces excomulgó a Orígenes, lo privó de su sacerdocio y lo envió al exilio. Orígenes volvió a la seguridad de Cesárea (231) y estableció una escuela de teología, que presidió como director durante veinte años. La persecución fue renovada en 250, y Orígenes fue severamente torturado. Murió por sus efectos unos años después. Aunque la mayoría de sus escritos han desaparecido, la producción literaria de Orígenes fue enorme. Su teología fue expresión de la reflexión alejandrina sobre la Trinidad y, antes de san Agustín, fue el teólogo más influyente de la Iglesia.

Algunas de las ideas de Orígenes, tales como sus pensamientos sobre la reencarnación, permanecieron controvertidas mucho tiempo después de su muerte, y fue condenado en el Quinto Concilio Ecu­ménico en 553 en Constantinopla.

También aprendí que se había castrado a sí mismo, lo cual siempre me pareció interesante. A veces sentí que yo tenía alguna relación con ese período de la historia de la iglesia primitiva, y me preguntaba si podría estar relacionado con sentimientos de ansiedad acerca de hablar en voz alta. Puede ser una tontería, pero eso se me ha ocurrido en varias ocasiones. Sí que hablé sobre el Curso en un momento en que hacerlo me parecía muy amenazador. Todas estas cosas tienen múltiples dimensiones. Nada está realmente claro. Solo me retiré de esto cuando pensé que era seguro para mí hacerlo. Hablaba de ello cuando sentía que era necesario; luego me iba. Probablemente gran parte de mi vida ha sido así. Hago lo que me parece necesario en su momento, y luego me aparto de todo.

Es interesante lo que el Curso dice sobre la reencarnación: que la salvación puede ser encontrada por los que creen en ella y por los que no. La reencarnación, por lo tanto, no es un concepto esencial, pues, como dice el Curso, todo lo que necesitamos reconocer —cualquiera que sea nuestra creencia— «es que el nacimiento no fue el comienzo, y la muerte no es el final» (M-25.5.7). Sin embargo, el Curso dice que nuestra experiencia de vivir en este mundo es un sueño. La reencarnación, por lo tanto, podría compararse a un sueño en serie. Por ejemplo, si estamos soñando nuestra realidad en el presente en este cuerpo y en este universo tal como la percibimos, ¿por qué no podríamos haber tenido sueños previos? Parece que tenemos una especie de sueño-drama seriado. Me parecía que algo así era probablemente cierto, pero no podíamos entenderlo desde nuestra perspectiva. La laguna está en la trampa perceptual, por así decirlo. Solo podríamos comprender el panorama general desde la cima de la montaña.

En mi investigación de la bibliografía también hice un esfuerzo para ver a Eileen Garrett, que en ese momento era considerada la psíquica viviente más grande del mundo, según Hugh Lynn Cayce, en 1968.

Sentí que era muy importante verla, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Era bastante mayor, y se había retirado de cualquier participación activa en el mundo. Nunca iba a reuniones y veía a muy pocas personas. Pero en el fondo de mi mente sabía que se suponía que me encontraría con ella.

Hugh Lynn Cayce consideraba que Eileen Garrett era la persona más cercana a su padre en términos de talento, lo cual era un gran elogio de su parte. Sabía que todavía era presidenta de la Fundación Parapsicológica en la calle 57 oeste de la ciudad de Nueva York, pero nunca había estado allí. Había oído también que estaba enferma la mayor parte del tiempo y que era imposible encontrarla, que pasaba mucho tiempo en el sur de Francia. Pensé que llamar a su oficina no parecía ser lo que tenía que hacer. Pero había algo en lo profundo de mi mente instándome a conocerla. Un día recibí un anuncio de la American Society for Psychical Research (ASPR) de Nueva York sobre una reunión que se iba a celebrar en el edificio de ingeniería de las Naciones Unidas con un físico teórico y profesor —era de Harvard o Princeton— cuyos padres y abuelos habían sido médiums.

También conocía bastante bien la parapsicología y estaba dando una conferencia sobre mediumnidad. Cuando vi este anuncio pensé: «Tengo que ir a esto», aunque nunca había ido a las reuniones de la ASPR. Parecía extraño que quisiera hacerlo. Sentí firmemente que debía ir a esa reunión y le pregunté a mi amigo Chip si quería ir conmigo. Dije que pensaba que era una ocasión importante.

Cuando entré a la reunión, me di cuenta de algo diferente en el ambiente. Varias personas se me acercaron y hablaron de una manera que sugería que pensaban que yo sabía algo acerca de los psíquicos o que tenía habilidades psíquicas. La gente parecía estar leyendo mi aura y había un montón de cosas extrañas sucediendo a las que no estaba acostumbrado. Me senté en la parte de atrás del pasillo y durante la presentación de la oradora, una mujer en la primera fila hizo preguntas. Pensé: «Esa debe ser Eileen Garrett», aunque nunca la había visto. Simplemente estaba seguro de quién era. Su voz tenía un ligero acento inglés. Al final de la reunión, hice algo que para mí estaba muy fuera de lugar. Me acerqué a ella, le tendí la mano para presentarme y le dije:

—Señora Garrett, soy el profesor Thetford, de Columbia, y creo que es muy importante que hable con usted.

Ella tenía artritis y obviamente movió su cabeza y cuello con un dolor considerable. Se giró y me miró con total atención, tomó mi mano por un momento y me dijo:

—Sí, tiene que venir. Llame y pida una cita.

No podía creer que hubiera sido tan simple.

Llamé y pasé a través de varias secretarias. Parecían bastante sorprendidas y decían:

—La señora Garrett no ve a nadie excepto a viejos amigos.

Yo les decía:

—Ella me ha dicho que concierte una cita.

Y me dijeron:

—Bueno, tendremos que devolverle la llamada.

Era febrero y el clima era horrible, lo que presentaba un problema para llegar allí. Uno de los problemas también era hacer que Helen me acompañara. Estaba aterrorizada por la idea y dijo:

—No quiero ver a ningún médium.

Y comenté que Eileen era famosa por su mediumnidad, y que la doctora Ira Progoff había escrito un libro sobre ella, *La Imagen de un oráculo*. Todo parecía muy amenazador para Helen, que estaba muy asustada por la idea de perder el control y padecer estados disociados de conciencia. Realmente no quería ir a esa reunión y no podía entender por qué yo la estaba presionando. Dije:

—Esta es realmente una gran oportunidad. Ella es la psíquica viviente más grande desde Edgar Cayce y tal vez pueda ayudarnos. Al menos deberíamos hablar con ella.

De algún modo, arrastré a Helen, con ese tiempo tan terrible.

Cuando vimos a Eileen, ella no pudo haber sido más amable. Era encantadora y muy tranquila. Parecía que tenía tiempo ilimitado, y



Eileen Garrett

obviamente no tenía un horario importante. No hubo interrupciones telefónicas, y todo fue arreglado de manera que no tuviéramos conocimiento de las actividades de la oficina. Ella intentaba calmar a Helen. No tenías que ser psíquico para ver que Helen estaba muy alterada. Eileen no paraba de darle palmaditas y decirle:

—Eres como una florecita frágil.

Ella fue muy buena con Helen, y eso la ayudó a relajarse. Dije que teníamos un manuscrito y que habíamos tenido algunas experiencias inusuales. Afirmó que no le hacía falta conocer ningún detalle, así que en realidad no dijo mucho. Pero comentó que publicaría lo que nosotros habíamos escrito solo por su procedencia. No había ninguna duda sobre la autenticidad de este material. Temía hacer preguntas porque Helen estaba muy agitada. Siempre me he apenado de ello, porque quería preguntarle a Eileen, pero en ese momento me di cuenta de que no podía hacer eso. Había nacido en Irlanda y pasó mucho tiempo contándonos sobre su propia formación y cómo había sido entrenada en mediumnidad en el Colegio Británico de Estudios Psíquicos en Inglaterra. Había sido difícil para ella desconectar toda la estática. Estaba tan sintonizada durante la Primera Guerra Mundial mientras vivía en Inglaterra, que se daba cuenta de lo que estaba pasando en Francia, y era muy molesto e inquietante para ella. Más tarde aprendió a enfocar sus habilidades psíquicas para poder activar y desactivar la conexión, y eso resultó enormemente útil y tranquilizador.

Esto fue de gran ayuda para Helen más tarde, y también habló con orgullo de haber conocido a Eileen Garrett y de lo buena persona que era. Probablemente lo principal que nos dijo Eileen fue que si íbamos en la dirección del Curso —si lo seguíamos en nuestra vida personal— ambos seríamos gloriosamente felices, pero si luchábamos contra él nos enfermaríamos. Ella lo repitió. Era obvio que vio algo sobre el carácter del Curso en 1968.

No creo que su advertencia me haya ayudado mucho, pero a pesar de todo me impresionó bastante. Me sentí tranquilizado de que la mujer que era considerada la psíquica viviente más grande realmente sentía que tenía que trabajar con el material, pues venía de una fuente tan elevada. Ella enfatizó que yo debía cuidar de Helen, pero no dijo nada muy específico sobre esto. También me habló de su propio sentido de futilidad y depresión, lo que me sorprendió. Había escrito varios libros

y parecía que había hecho todo tipo de contribuciones a otras personas, pero sentía que la única contribución que había hecho en su vida era coleccionar su biblioteca. Tenía una biblioteca extraordinaria y tal vez esto era lo único que la sobreviviría. Me pareció muy curioso. Las personas con estos dones extraordinarios aparentemente encuentran muy difícil lograr la paz mental.

Después de que Helen superara su shock inicial, volvimos a ver a Eileen brevemente en otra ocasión. Helen quería que viera algo del manuscrito del Curso. La vimos justo cuando se iba a Francia. Murió al año siguiente, en 1970. Tenía la sensación de que no iba a estar mucho tiempo aquí. Fue una reunión que nos dio el tipo de apoyo que era difícil de encontrar. No tenía ni idea de con quién se podía hablar de este tipo de cosas. Más tarde, no me hubiera sentido cómodo yendo a la Sociedad de Investigación Psíquica en Inglaterra, pero Eileen fue muy tranquilizadora. Eileen Garrett y Hugh Lynn Cayce fueron dos personas muy importantes desde el principio de este proceso. Me dieron mucho apoyo.

En otra ocasión Helen y yo fuimos a ver al famoso psíquico inglés Ronald Beasley, que hacía lecturas de aura. Decía que era notable que Helen y yo tuviéramos auras similares. Hice arreglos para que lo viéramos en una de nuestras visitas a Londres. Nos alojamos en Kent, en casa de Churchill; fue muy interesante. Hugh Lynn había recomendado a Beasley como sobresaliente, probablemente la mejor persona para lidiar con las auras. Había escrito varios libros, pero estaba bastante aislado y protegido por dos ancianas que no dejaban que nadie viniera a verlo a menos que ellas lo aprobaran. Fuimos a su finca y fue una de esas experiencias inglesas muy difíciles de describir. La finca tenía un gran jardín y nos sirvieron té muy formalmente.

Ronald Beasley era bastante extraordinario. Me miró y me dijo:

—Hubo dos veces que quisiste volver y no quedarte aquí. No estabas seguro de esta vida. Una vez fue en la infancia y la otra cuando tenías siete años.

Ambas cosas eran ciertas. Casi muero en la infancia. La primera semana de mi vida desarrollé un absceso en el ojo, y según cuenta la historia, si se hubiera abierto por dentro habría sido fatal, pero se rompió por fuera. Cuando tenía siete años casi muero de nuevo. Incluso me dijo que tenía una afección cardíaca, solo por leer mi aura

o lo que fuera que estaba haciendo. Dijo otras cosas impactantes, así que me impresionó mucho. También preguntó:

—¿Cómo elegiste a tus padres? Oh, bueno, no hay razón para este tipo de elecciones.

Parecía que podía ver toda la historia de tu vida, tus padres y todo eso. Repitió que Helen y yo teníamos auras muy parecidas y que era muy inusual ver algo así. Estábamos perdiendo el tiempo, dijo.

—No deberías involucrarte en la vida universitaria, sino en la sanación.

Beasley practicaba la curación a través de una especie de terapia de color. Él proyectaba colores mentalmente a gente en cualquier lugar, en Estados Unidos o donde quiera que estuviese. Incluso nos hizo una demostración de esto mientras estábamos allí. Me pidió que escogiera a alguien que conociera en Nueva York y «se lo enviara». Lo hice con el nombre y la dirección de Chuck Williams, que tenía algunos problemas y estaba muy deprimido. Él nos describió a Chuck con bastante precisión y luego dijo:



Ronald Beasley

—Tiene algunos problemas de salud. Le preocupa tener una enfermedad coronaria, pero no hay razón para ello.

Dijo que Chuck tenía una especie de indigestión que solucionaría no tomando agua durante las comidas, sino solo después de las comidas. También dijo algo sobre un dolor que Chuck tenía en la pierna izquierda, resultado de un accidente automovilístico o casi accidente, cuando era muy pequeño, y tuvieron que parar bruscamente en un puente y salió proyectado fuera de su asiento. Ese era el origen de la molestia. Daba muchos detalles específicos de este tipo. Yo no sabía nada de esto, pero cuando volví a Nueva York y le pregunté a Chuck sobre ello, y todo era exacto. Chuck dejó de beber agua durante las comidas y su indigestión desapareció.

Había muchos detalles fascinantes. Ronald Beasley murió en un accidente automovilístico. Estaba muy bien considerado, y también creía en la reencarnación. No lo sé, pero la explicación más sucinta para muchos eventos en mi vida parece ser que son una continuación de algo más.

El curso es abiertamente compartido

En el otoño de 1970 conocí al padre Benedict, un monje benedictino que era uno de mis estudiantes en Columbia. Había venido allí como estudiante en prácticas especiales para obtener experiencia para su doctorado, en lugar de ir a la universidad para formarse como maestro. Había hecho un arreglo especial con él. Un día, en uno de los seminarios de uno de mis profesores asociados, hice referencia a san Juan de la Cruz. Esto sorprendió al padre Ben y se quedó después y subió a mi oficina para hablar conmigo. Abrió mucho los ojos cuando saqué un libro de los escritos de san Juan del cajón de mi escritorio, en realidad se quedó atónito de que lo tuviera en ese bastión ateo. Aquí estaba su profesor de Psicología, que era conecedor del misticismo, lo que realmente lo asustó. Más tarde le hablé de Un Curso de Milagros.

Era una cosa inusual en aquellos días. Pero yo conocía bastante bien al padre Ben cuando compartí el Curso con él. Había estado allí a tiempo parcial durante un par de años. Hablamos de muchas cosas que estaban sucediendo en el entorno del misticismo. Una de las co-

sas que mencionamos fue la tesis doctoral de Kenneth Wapnick sobre el misticismo.

En 1972, Ken era estudiante de la Universidad Adelphi en Garden City, Nueva York, y yo había leído el libro *Estados superiores de conciencia*, editado por John White. Había un capítulo escrito por Ken sobre el misticismo y la esquizofrenia. El libro contenía un pequeño párrafo sobre los autores. Aparentemente, Ken estaba trabajando en el hospital estatal. Cuando mencioné esto, Ben dijo:

—Bueno, he oído hablar de un psiquiatra judío en alguna parte, que se ha convertido al catolicismo, creo que está ahí. Me pregunto si es el mismo tipo.

Él lo comprobó, y por supuesto que lo era. Otra cosa sorprendente fue que la exesposa de Ken, Ruth, había trabajado para Helen y para mí en un proyecto especial a principios de ese año. Así que había conocido a la exesposa de Ken antes de conocerle a él. Ben encontró a Ken como resultado de nuestra conversación sobre esto, y pensó que estaría bien que nos conociéramos. En ese momento, Ken estaba planeando marcharse a Oriente Medio en un mes.

Después de divorciarse de Ruth se volvió a casar brevemente, pero eso también se había deshecho. Pensaba que Ken no estaba en buena forma.

En ese momento yo estaba muy involucrado en aprender más acerca de la sanación. Sentía que la enseñanza y la sanación eran realmente de lo que trataba el Curso. Debido a que disponíamos de Un Curso de Milagros, que tenía que ver con la enseñanza mística, pensé que era muy importante aprender acerca de la sanación. Había visto a Kathryn Kuhlman en un programa de televisión el sábado por la mañana para ver de qué se trataba. Parecía un poco histérica, pero sincera. No tenía ni idea de lo que sería ir a una de sus actuaciones, pero realmente quería hacerlo. Así que hice los arreglos para que Helen y yo fuéramos a verla.

Nos las arreglamos para conseguir entradas a través de la agencia patrocinadora, un grupo evangélico llamado Full Gospel Businessman's Fellowship. Tuvimos que obtener entradas a través de un complicado proceso de contratación de paquetes. Por una serie de circunstancias obtuvimos entradas en primera fila, lo que fue interesante y muy impresionante para ver lo que sucedía tan cerca.

Era una atmósfera emocional muy cargada. Al principio, Kathryn Kuhlman salió al escenario y pasó por un periodo de calentamiento. Era muy coqueta, y, a mi parecer, de una manera muy poco apropiada, especialmente para su edad. Llevaba un vestido blanco y hacía chistes, poco a poco calentándose ante el público. Esto duró un tiempo y paulatinamente comenzó a suceder algo. Se volvió más seria y empezó a hablar del poder del espíritu.

Yo era consciente del momento en que las cosas cambiaron. Se convirtió en algo muy diferente; otra conciencia se había apoderado de ella. Eso era presumiblemente lo que ella estaba esperando. Se necesita un enorme valor para presentarse ante miles de personas y esperar a que eso suceda. Cuando ocurrió, hubo un sentimiento de autenticidad. Ya no era más una mujer tonta, un tanto histérica, sino un poder y un espíritu que de alguna manera se manifestaba. Cuando



Sanaciones de Kathryn Kuhlman

ella comenzaba a proclamar sanaciones en varias zonas de la audiencia, la gente bajaba y se ponía en fila. Era increíble, ella simplemente tocaba a la gente y ellos se caían. Esto duró horas; el tiempo no parecía importar.

Nada de esto parecía artificial; todo era bastante sorprendente. Puede que algo de eso haya sido sugestión, pero no creo que todo lo fuera. Es fácil descartar este tipo de cosas, pero a Helen también le conmovió mucho, incluso dejó caer toda su defensiva indiferencia, y yo me emocioné mucho. Sentimos el tremendo poder espiritual que de alguna manera se generó. Kathryn actuaba como una batería eléctrica, supongo. Ella era el punto focal de esta energía. Fue muy muy impresionante. Todo el día transcurrió de esta forma, así que, cuando nos fuimos, me sentía excitado y agotado. Esa noche conocimos a Ken.

Ken se fue después a Oriente Medio para meditar, y comenzó a enviarnos postales en las que nos contaba que se sentía guiado para volver a Nueva York, que era lo último que quería hacer. Estaba en un retiro monacal en lo alto de una montaña en la Baja Galilea, donde meditaba con dos sacerdotes católicos que celebraban la misa en hebreo, una combinación bastante exótica.

No quería irse, pero sintió que lo estaban guiando para que regresara a vernos a nosotros y el libro del que le habíamos hablado. Ken apareció en abril de 1973. Helen y yo estábamos trabajando con mucha urgencia en un capítulo para el libro *Comprehensive Textbook of Psychiatry*. Teníamos una fecha límite y debíamos que entregar mucho material. Habíamos decidido ocuparnos de un teórico de la personalidad a la semana, lo cual era la única manera de hacerlo todo. Yo estaba haciendo todo el trabajo de referencia y Helen estaba escribiendo el material. Era un gran trabajo, y había que hacerlo bien.

Ken apareció en medio de todo esto. Helen y yo estábamos nerviosos, en parte porque tratábamos de terminar nuestro trabajo. Yo también tenía muchas otras cosas que hacer. Nos mostrábamos muy hirientes el uno con el otro y a Ken le horrorizó nuestra relación. Por una parte teníamos este libro sagrado —un maravilloso material espiritual—, pero no sabíamos cómo relacionarnos entre nosotros porque discutíamos y nos llevábamos muy mal. Obviamente no estábamos siendo amorosos y santos. Ken decidió que iba a demostrar

cómo las relaciones podían sanar y así demostrar amor perfecto y ese tipo de cosas, cómo hacerlo apropiadamente. Él tomaría a Helen como demostración y me mostraría el poder del amor —o santidad— en acción. Aparentemente iba a aprender observando. Yo, sin embargo, pensaba que Ken tenía mucho que aprender.

Helen era muy receptiva a toda esta atención y devoción masiva por parte de Ken. Era asombroso; ella tenía ahora la palabra de Jesús y también todo lo demás, porque Ken creía que Helen era como la Madre de Dios, la Virgen María. Y Helen, por su parte, creía que Ken era uno de los mayores santos de todos los tiempos, y decía cosas como:

—No puedo pensar en ningún santo de la historia más beatífico que Ken.



Ken y Bill

Así que yo, cuando iba a verlos, me sentaba a comer con la Virgen María y el mayor santo del mundo. Por supuesto, yo era el pecador más grande del mundo; yo era el terrible culpable. No estoy seguro de por qué era culpable. Eso era algo más oscuro. Pero alguien tenía que ser culpable, así que yo lo era. Probablemente fuera porque no amaba lo suficiente a Helen; no me impresionaba que fuera la Madre de Dios. Este tipo de cosas duraron bastante tiempo, y me sentí a la

vez aliviado y molesto por todo ello. Sin embargo, Ken ciertamente pasó por varios años de aprendizaje activo, lo cual fue en verdad útil.

En cierto modo, me sentía aliviado y agradecido de que Ken me quitara algo de presión, pero también me costó bastante trabajo en muchos aspectos. Tuve que encontrarle un lugar en el Centro Médico — un trabajo— para poder explicar lo que estaba haciendo allí. Tuvimos que fingir un poco. Era extraño que de repente alguien apareciera y pasara todo su tiempo con Helen. ¿Qué podía hacer? Me las arreglé para que pudiera estar en el departamento a tiempo parcial. Ken era difícil de conocer al principio. Siempre era amable, e iba a trabajar con Helen, no conmigo. Era un triángulo difícil cuando los tres estábamos juntos. Después de un poco de exposición a todo esto, le dije que no podía soportarlo y que pensaba que había mucha grandiosidad espiritual. No pensaba que ese fuera el espíritu del Curso y estaba harto de él.

Ken regresó a Israel en junio, pero no antes de obtener la promesa de Helen de que ella iría a Israel en agosto y lo traería de vuelta. Louis, el esposo de Helen, siempre había querido ir a Israel. Helen se negó rotundamente, diciendo que no iría. A mí me incluyeron en este paquete, en parte porque Helen sabía que la llevaría allí. La presioné para que cumpliera su palabra, y fuimos.

Llegamos a Israel en agosto de 1973. Allí nos encontramos con Ken, que nos acompañó constantemente.

Fue un guía maravilloso y de gran ayuda. Tuvimos muchas aventuras que habrían sido totalmente imposibles sin él. Visitamos su retiro monacal en la cima de la montaña en la Baja Galilea. Yo había estado en Egipto en 1953, cuando trabajaba para el Gobierno, y sentí que tal vez Helen y yo habíamos viajado a Egipto en una vida anterior. También fui a Israel durante mi viaje de 1953, así que había regresado exactamente veinte años después, en 1973, año en que Israel cumplía veinticinco años de su fundación como país.

Hay algo en ese viaje que es difícil de describir. Parecía mágico de alguna manera. Fuimos al lugar donde fueron descubiertos los Rollos del Mar Muerto. Helen no quería ir, pero yo la obligué. Me mostré bastante agresivo, pero sentía que tenía que hacerlo. Salimos temprano por la mañana y nos detuvimos en una zona muy desolada donde hacía muchísimo calor. Allí no había nada, excepto algunas ruinas y excavaciones. De repente, algo sucedió. En este lugar tan

poco prometedor, Helen pasó por algo muy dramático; de alguna manera retrocedió en el tiempo. Se quejaba amargamente del calor y de todo; luego sintió un escalofrío mientras estaba allí.

Fue muy dramático, como poco. Ella parecía reconocer el lugar como si hubiera estado allí antes. Tal vez había sido parte de una comunidad esenia. Su experiencia fue muy convincente. Sabía que el nivel del agua había cambiado y también notó cambios geográficos que no podía haber conocido de manera normal. Era como si hubiera vuelto a una vida anterior. Si eso es verdad o no, no lo sé. Pero fue una experiencia muy intensa, emotiva y parecía ser muy auténtica.

Muchas cosas en el Curso parecen sugerir la reencarnación, aunque solo se discute específicamente en el Manual del Maestro, que dice que no importa. Como se ha mencionado anteriormente, el Curso no toma una posición definitiva sobre esto, pero hay algunas cosas en el Libro de Ejercicios y el Texto que parecen implicar la reencarnación. Por ejemplo, en la lección 98 del Libro de Ejercicios está el pasaje:

³E incluso los que aún no han nacido, oirán la llamada que nosotros hemos oído, y responderán a ella cuando vengán aquí para elegir de nuevo.

(UCDM Gongarola L-98.4:3)

Otro ejemplo, esto del Texto, dice:

5. El lugar más santo de la tierra es aquel donde un viejo odio se ha convertido en un amor presente.

(UCDM Gongarola, T-26.IX.5:5)

Aquí «viejo» no se refiere solo a esta vida. Sentí, mientras escribíamos eso, que había definitivamente una referencia a vidas anteriores, y Helen había recordado varias. Mi sentimiento personal es que no tiene que ver con nada, excepto con un sentimiento de que, mientras yo crea que estoy viviendo en este mundo fenoménico, podría haber existido antes, como si estuviera en los capítulos de una serie de televisión. La reencarnación está todavía dentro del mismo marco

espacio-temporal del mundo ilusorio. En este nivel parece cierto, aunque desde nuestra realidad del Ser superior todo es solo un sueño o una ilusión. Sin embargo, de alguna manera pensamos que abandonamos la casa del Padre, razón por la cual estamos involucrados en esta experiencia de vida tal como la conocemos. Ese es un concepto muy difícil, uno con el que nunca me sentí cómodo.

No estuvimos mucho tiempo en ese desierto. Hacía demasiado calor. Pero las reverberaciones de esa experiencia fueron bastante intensas. Pensé que era importante que estuviéramos allí, aunque no podía entender por qué.

Cuando estuve allí veinte años antes, sentí que había algo importante en pasar todo el verano en el Medio Oriente. También había visitado Siria y Bagdad, y tenía una curiosa sensación de identificación con Egipto y Grecia en particular. Estar en Tierra Santa fue muy impactante. En ese momento, por supuesto, no me interesaba en absoluto la religión y no sabía nada de la reencarnación. Ciertamente la habría descartado. En retrospectiva, era casi una preparación para lo que ocurrió después. Sentía que me estaba preparando para algo, pero no sabría explicarlo. Tuve la misma sensación en Egipto, Atenas y Florencia durante el verano de aquella visita anterior. Tal vez eso fue algún tipo de despertar, no por los libros, sino por haber estado allí. Era consciente de sentir eso. No sabía qué hacer con ello, porque no encajaba en ninguno de mis sistemas de creencias, pero en 1973 sentí que estaba llegando a algún tipo de conclusión al respecto.

También estaba siendo un período muy difícil para mí. Había roto una larga relación en aquella época, y vivir solo era incómodo. Luego me mudé a otro apartamento, tras dieciocho años en un mismo lugar, y me estaba preparando para salir del Centro Médico. Probablemente todo eso fue preparatorio. No podía explicar de qué se trataba, pero era importante. Helen también sentía que este viaje era muy importante y que nos llevaba a una especie de conclusión. A veces hago cosas y no sé por qué, hasta más adelante, que me digo: «Claro, eso es».

Parte III

Volvimos de Israel en el otoño de 1973, justo antes de la guerra de Yom Kippur. Ken y Helen continuaban con su «relación especial», que parecía estar en plena expansión. También empezaron a trabajar muy de cerca juntos revisando el Curso muy a fondo para organizarlo en capítulos con encabezados y subtítulos, y para asegurarse de la consistencia de su gramática y puntuación. La primavera de 1974 fue definitivamente un período de transición, y la encontré muy deprimente.

Mudarse era deprimente, y también romper la relación. Recuerdo que me sentía solo, sintiendo que Helen y Ken tenían ahora su propia historia especial. Me sentía muy aislado, pero obviamente tenía que seguir adelante. No había nada gratificante en ninguna parte. Solo quería pasar de todo eso y encontrar a la gente que pudiera hacerse cargo. Se completó el Curso, con la excepción del glosario que se encuentra al final del Manual para Maestros. La mayor parte se había terminado en 1971. También estuvimos trabajando en las aplicaciones a la psicoterapia durante lo que fue un período confuso. Sin embargo, como si fuera el momento adecuado, y aparentemente en respuesta a mi necesidad de encontrar gente que se hiciera cargo de las cosas, Judy Skutch llegó a la escena en mayo de 1975, en medio de ese período de cambio.

Poco después de mudarme en 1973, recibí una llamada de Cal Hatcher, con quien compartí el material desde el principio. Dijo que un amigo suyo que estaba en el Greater New York Laboratory System había llamado y quería alquilar las instalaciones de Columbia para una reunión de todo un día sobre fotografía Kirlian —una técnica electrofotográfica que supuestamente fotografiaba auras— y necesitaba alguien que se encargara de ello. Como yo era profesor y presu-

miblemente estaba en posición de hacer algo así, ¿hablaría con él? Hablé con él, pero la fotografía de Kirlian estaba demasiado distante para el Columbia College of Physicians and Surgeons, y las instalaciones no estaban disponibles. Le dije eso y le comenté:

—Se me ocurre que quizás sería mejor que probaras la Academia de Medicina de Nueva York, que está en la Quinta Avenida y es mucho más accesible para la gente que Washington Heights. Conozco al hombre que está a cargo de eso, el doctor McCormick. ¿Por qué no le llamas y lo averiguas?

—Consideraba que ya me había encargado del asunto, así que no pensé más en ello.

Varias semanas más tarde recibí un anuncio de que la Primera Conferencia Internacional sobre fotografía Kirlian iba a celebrarse en la Academia de Medicina de Nueva York. Y pensé: «¿No es interesante?». También tuve la extraña sensación de que se suponía que tenía que ir a verla. Realmente no quería ir, así que reflexioné con Helen y Ken y pregunté si debíamos ir. Fueron muy claros y ambos dijeron:

—Oh, no, no debemos ir, pero tú sí deberías.

Dije:

—Okey. —Y me fui ese sábado por la mañana sintiéndome bastante resentido. Era un hermoso día de mayo y pensé que no era momento para asistir a una reunión horrible, pero fui. En el camino, seguía pensando: «¿Por qué voy allí? Al menos, ¿qué sentido tiene?». Pensé: «Bueno, realmente voy a ver a ese científico, Douglas Dean». Había oído que Douglas Dean había hecho muchos trabajos en curación paranormal, y estaba interesado en eso. Pensé que podría ser una buena persona con quien hablar.

Cuando llegué allí, me encontré con el hombre con el que había hablado por teléfono, y me agradeció por haberle sugerido el lugar. Le dije que quería conocer a Douglas Dean. Nos presentó inmediatamente y empezamos a hablar. Le dije a Douglas que yo era profesor en Columbia, lo que era como un «ábrete, sésamo» para la gente interesada en los fenómenos paranormales. Siempre buscaban una conexión universitaria legítima.

Estaba muy interesado en volver a vernos y continuar con nuestra conversación. Le dije:

—Bien, ¿por qué no almorzamos?

Hicimos una cita, pero él llamó más tarde y la cambió, diciendo que quería traer a su amiga Judy Skutch con él.

No era la primera vez que oía su nombre, ya que había visto a Judy antes. Había ido a una reunión de todo un día sobre parapsicología, hacía un año más o menos, en el ayuntamiento, donde ella era la presidenta del programa de fotografía Kirlian. No me impresionó mucho la reunión, en realidad, pero pensé: «Debería conocerla algún día, pero no hoy». Más tarde supe que Jerry Jampolsky, un psiquiatra de California, también estaba allí, pero no sabía nada de Jerry entonces. Todavía tenía algunas nociones extrañas sobre la gente que hacía cosas como la fotografía Kirlian, interesante tal vez, pero un poco sospechoso. No estaba del todo convencido de querer acercarme demasiado. Por otro lado, quería tener una mente abierta sobre esas cosas.

Cuando le pregunté a Helen qué pensaba de la fotografía Kirlian, regresó al día siguiente y dijo:

—No, no es la luz, es el sonido.

Helen y yo escribimos —a través de la información que recibió— un documento bastante peculiar llamado «Notas sobre el sonido». Era una especie de documento taquigráfico, algo muy extraño. Empezó por ponerlo en lenguaje visual, como ver un tren que pasaba por una pista, algo así. Hablaba de un intercambio de iones, cargas eléctricas, etcétera. Lo hizo en una notación de tipo taquigrafía. No conocía los términos, pero estaba describiendo fenómenos que me sonaban vagamente familiares en la física. Busqué acerca de los ultrasonidos después de transcribir esto, y sin duda, ella estaba describiendo fenómenos de ultrasonidos. Helen no sabía nada de esto; nada en absoluto. Y no venía en un lenguaje muy coherente. Era como si estuviera recibiendo algunas impresiones e intentando traducirlas a un idioma. «Notas sobre el sonido» fue una cosa muy curiosa y continuó durante una serie de páginas.

Lo que le dije a Helen cuando hablaba de la fotografía Kirlian era que pensaba que la espiritualidad tenía dos aspectos principales en el mundo, la enseñanza y la sanación. El Curso enseñaba, obviamente, pero ¿cómo se sanaba realmente? El Curso hablaba sobre la sanación, pero en un centro médico nadie iba a creer que alguien hubiera sido

ayudado espiritualmente a menos que existiera una manera muy específica de medir los parámetros de la sanación. Era la única forma de que eso llegara a ser aceptado. Ahí estábamos en un centro médico grande y prestigioso y teníamos acceso a muchas cosas. Tal vez hubiera alguna manera de introducir esto si tuviéramos un instrumento de investigación objetivo que midiera la efectividad de la sanación, sea cual fuere. Esto, tal vez, era de lo que trataba «Notas sobre el sonido»; algo totalmente distinto al Curso o a cualquier otra cosa. Contiene una serie de símbolos diagramáticos y abreviados para construir una máquina que mide los efectos de la sanación. Las instrucciones estaban incompletas, pero varios físicos y científicos vieron el documento y quedaron intrigados con él, porque gran parte de la información era exacta. Todos sentían que había algo muy real allí que obviamente Helen no entendía, pero que a ellos les resultaba familiar. Incluso había alguna referencia en el documento a algo que aún no se había descubierto. No estaba completo, así que faltan algunos elementos.

Lo dejé en suspenso hace mucho tiempo y decidí que no había nada que hacer con él. Curiosamente, era lo único de este tipo que hizo Helen, aparte del Curso, y ella no lo entendía. Y aunque se sentía muy nerviosa, yo me di cuenta de que era una respuesta a mi petición. Parecía extraño que hubiera llegado de esa manera abortada, y me di por vencido totalmente. Ciertamente Helen no tenía ningún interés en ninguna de esas cosas, pero respondió inesperadamente a mi petición. Ese era un aspecto de nuestra relación que nunca entendí. Era obvio que yo tenía que hacer preguntas. De alguna manera eso le permitía volverse hacia dentro y dejar que la respuesta llegara.

En realidad, me interesé en la idea de la sanación como resultado de ir a escuchar a Kathryn Kuhlman. Y entonces Helen sacó el material del sonido. Ciertamente había algo en estos y otros mensajes con la sanación como tema, lo cual no pasó desapercibido ni desatendido.

De hecho, en esa época, Cal Hatcher me presentó a un joven llamado Ralph, que tenía treinta y tantos años y estaba tan lisiado con la artritis que apenas podía caminar. Acababa de regresar de la Clínica Mayo, donde le habían dicho que no había nada que se pudiera hacer por él. Así que Ralph tendría que resignarse a no ser funcional. No le quedaba más remedio que ir a vivir con sus padres ancianos a Florida. Pensé que sería un verdadero reto tratar de ser útil. Hablé

con Ken y Helen sobre esto, y ninguno de los dos conocía a Ralph. Yo me lo había encontrado una vez.

Les dije:

—¿Por qué no probamos el poder de la oración y la sanación?

Así que empecé a concentrarme en verlo curado y completo. Comencé a experimentar a diario con el principio de que estaba empezando a recuperar el uso de sus manos y piernas. En muy poco tiempo, después de dos o tres semanas, llamé a Cal. Ralph no sabía que ninguno de nosotros estuviera haciendo nada, pero se mantuvo en contacto con Cal y le informó de su progreso y mejoría. Había empezado a montar en bicicleta y a nadar. Finalmente, Ralph sanó totalmente. Todo esto ocurrió sin que él supiera que nosotros estábamos tratando de ayudar. Sin embargo, le informó de esto a Cal. Es interesante cómo uno puede pasar por estas cosas para conseguir una prueba, obtener resultados, y pensar: «¿Y qué?». Nunca volví a ver a Ralph, no había razón para verlo.



Bill, Helen y Ken con Judy Skutch

Finalmente, cuando les dije a Helen y Ken que deberíamos contarles a Judy y Douglas acerca de Un Curso de Milagros, ella tuvo su habitual ataque de ansiedad sobre esto. Yo le dije:

—Tú no tienes que hacerlo. Yo se lo diré.

Sabía que teníamos que hacerlo. Usaría las «Notas sobre el sonido» como pretexto para hablar del Curso. Le dije a Helen:

—Douglas Dean sabe de sanación, y creo que deberíamos hablarle del sonido. Pero no podemos hablarle del sonido a menos que primero le hablemos del Curso, porque no tendrá ningún sentido.

Douglas me dijo años más tarde que después de haber hecho los arreglos para almorzar juntos, él tuvo un fuerte impulso interior para pedirle a Judy que viniera con él. Por lo general, tenía que intentar llamarla varias veces antes de poder comunicarse con ella, pero esta vez lo hizo de inmediato.

Al principio ella no quiso venir, pero luego aceptó, siempre y cuando la fecha cambiara de miércoles a jueves. A Douglas le daba vergüenza cambiar de día, pero lo hizo, y él y Judy vinieron a almorzar con Helen y conmigo al comedor de la facultad de medicina. Ahí fue cuando conocimos a Judy: el 29 de mayo de 1975. No podíamos hablar libremente allí porque temíamos perder nuestros trabajos si alguien escuchara hablar de Un Curso de Milagros, y el decano de la facultad estaba sentado en la mesa junto a nosotros. Después del almuerzo, fuimos a mi oficina y allí les mostramos el Curso. Le dimos una copia a Judy para que la llevara a casa y la leyera. Aparentemente, esa noche, cuando comenzó a leer el Curso, no pudo dejarlo y leyó toda la noche. Estaba abrumada con el material del Curso. A Helen y a mí nos gustó Judy de inmediato, y todos nosotros —ella, Helen, Ken y yo— nos hicimos amigos rápidamente. La llegada de Judy a la escena fue fortuita y milagrosa. Tuvo un papel muy específico, aunque no lo sabíamos al principio.

Publicación y difusión

Varios años antes, para ayudar a financiar la investigación en parapsicología, Judy y su esposo, Bob Skutch, habían fundado una organización sin fines de lucro llamada Fundación para la Investiga-

ción Parasensorial. Dado que el propósito general de esa fundación era investigar el espíritu y la vida después de la muerte, y dado que parecía fácil utilizar sus estatutos, decidimos que debía ser la responsable de difundir el Curso. Así que, en 1975, el año en que Un Curso de Milagros fue originalmente registrado, Helen cedió los derechos de autor a la Fundación.

Cuando la conocimos en mayo, Judy ya estaba planeando ir a California en junio para asistir a una reunión de la junta directiva y visitar a Jerry Jampolsky. Ella también estaba inscrita en el programa de doctorado en Psicología Humanista de Stanley Krippner en San Francisco. Estaba ansiosa por que fuéramos a California también.

Cuando hicimos nuestra visita en julio, Judy había arreglado un apartamento para cada uno de nosotros en un edificio en 2000 Broadway en San Francisco. Mientras estuvimos allí, nos presentó a una gran cantidad de gente. Muchos de ellos querían copias del Curso. La amiga y asesora doctoral de Judy, Eleanor Criswell, tenía una pequeña empresa llamada Free Person Press, a través de la cual publicaba tesis estudiantiles. Ella sugirió hacer el Curso más cómodo



Bill y Judy en 1976

de llevar, produciendo una edición de bolsillo de cuatro volúmenes en rústica usando el proceso offset. Acordamos obtener el copyright bajo el nombre de Foundation for Parasensory Investigation y pedimos cien copias impresas.

Cuando volvimos a Nueva York, pronto quedó claro que cien copias no eran suficientes para el creciente interés. Fueron necesarias dos reimpressiones posteriores.

En ese momento, Helen y yo nos sentíamos incómodos con el nombre de «Investigación Parasensorial» y la connotación que conllevaba. Obviamente, no era el nombre correcto. La Fundación Unida para la Paz Interior fue una de las que se le ocurrió a Helen. Así que el nombre de la Fundación se cambió a Fundación para la Paz Interior, antes de la primera edición en tapa dura de Un Curso de Milagros.

El 14 de febrero, el Día de San Valentín de 1976, nos encontramos sentados en el apartamento de Judy en Nueva York tratando de planear lo que se debía hacer para publicar formalmente el Curso.

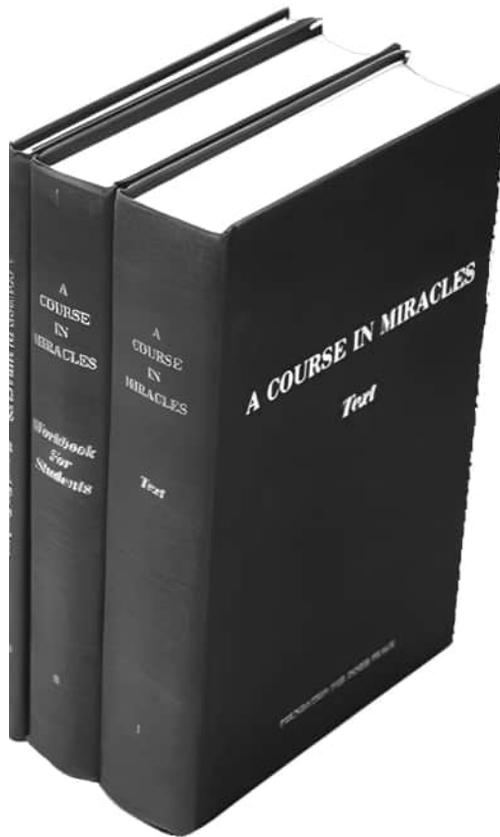
Varias personas habían expresado su interés en publicarlo, pero nada parecía correcto. Un día quedó claro que se suponía que lo íbamos a publicar nosotros mismos, pero nadie tenía dinero para eso.

Sin embargo, tras comprometernos a publicar el Curso de alguna manera, al día siguiente recibimos una llamada telefónica no solicitada de Reed «Eric» Erickson, de México. Dijo que tendría el privilegio de pagar el coste total de la impresión.

Eric había oído hablar del Curso por boca de la amiga de Judy, Zelda Suplee. Zelda era la presidenta de la fundación de Eric —la Fundación Educativa Erickson— y su representante en la ciudad de Nueva York. Zelda proporcionaba a Eric cosas que podría encontrar interesantes y le había enviado una copia del Curso en cuatro pequeños volúmenes de bolsillo. Su fundación estaba interesada en la metafísica y las cuestiones transexuales. Llamó desde México a las veinticuatro horas del compromiso de publicar. Dijo que estaría encantado de pagar el costo total de la impresión.

La primera edición encuadernada en tela de 5000 sets costó casi sesenta mil dólares y él la pagó. Así se publicó el Curso.

Cuando los libros estuvieron listos en junio de 1976, Judy tenía un set especial de cuero encuadernado hecho para Eric y se lo presentamos en el cumpleaños de Helen, el 14 de julio. Hicimos una



Primera edición de UCDM

fiesta en el Salón Tonga del Hotel Fairmont de San Francisco. Incluso hubo una exhibición de lluvia artificial en el interior. Nos enteramos de que Eric vivía en una mansión en Matzalan con Henry, su mascota leopardo.

A todo el mundo le gustaba Eric y se lo agradecía. Nos pareció un milagro que el dinero se hubiera entregado tan generosamente en cuanto nos comprometimos. Ocurrieron todo tipo de milagros.

James Bolen, un amigo de Judy y por esta época ya amigo nuestro, publicaba una revista popular de distribución nacional llamada *Psychic*. Trataba sobre los fenómenos psíquicos y la naturaleza filosófica de la vida y la humanidad. Jim se había convertido en un ardiente estudiante del Curso y quería hacer un artículo y una entrevista con nosotros para su publicación. No queríamos que nada del Cur-

so apareciera en una revista llamada *Psychic*. Sin que nosotros lo supiéramos, Jim y su personal ya habían estado buscando un nuevo nombre para la revista, sin relación con nuestras preocupaciones personales.

Un día, en la primavera de 1976, justo antes de que se publicara la primera edición de tapa dura del Curso, Judy y yo estuvimos de nuevo en San Francisco visitando a Jim en la oficina de la revista. Hacia el final de la visita empecé una conversación con el compañero de Jim, David Hammond. Fue entonces cuando David mencionó que habían estado buscando un nuevo nombre para *Psychic*, y yo le sugerí casualmente *New Realities* (*Nuevas realidades*). Más tarde, Jim me dijo que después de pensar en esto durante la noche, a la mañana siguiente anunció al personal que el nuevo nombre de la revista ahora sería *New Realities*, ¡cortesía de Bill Thetford!

La edición inaugural de *New Realities* se publicó en abril de 1977. Contenía la primera exposición de «Un Curso de Milagros en los medios de comunicación» y generó un gran revuelo. Ese fue el comienzo de un intenso interés generalizado en el Curso. Sobre la base de estos dos artículos, recibimos miles de cartas, consultas y pedidos de todo el país y Canadá, incluso del extranjero, y nos quedamos sin libros. Tuvimos que volver a publicar de inmediato. Me pareció increíble.

Yo había solicitado un permiso sabático por lo menos seis meses antes de saber que los libros iban a ser publicados. Mi año sabático iba a empezar en julio de 1976, y el Curso se publicó en junio. Cuando mi año sabático comenzó el primero de julio, justo después de la publicación, estaba esencialmente libre de mis compromisos universitarios. Nunca regresé realmente. Hubiera sido muy incómodo si me hubiese quedado. Fue un período muy amenazador para la mayoría de las personas que estaban allí. Incluso muchos de los profesores permanentes pensaron que tenían que irse, y lo hicieron. Tenía miedo de enfrentarme a todo eso directamente, pero en ese momento todo se relajó. Pude retirarme anticipadamente del hospital a partir de 1978. Dado que empecé en Columbia en febrero de 1958, en la primavera de 1978 ya era posible retirarme. La idea de hacer un cambio radical me pareció muy difícil. Tenía un puesto fijo y me sentía muy inseguro de dejarlo ir.

Había estado allí por mucho tiempo, y a los cincuenta y tantos años me resultaba difícil hacer cambios. Las posiciones académicas no son fáciles de conseguir. Pensé que me arriesgaba a perder la seguridad y los ingresos, y no esperaba que el Curso fuese una fuente de apoyo financiero, nunca se nos ocurrió. Sin embargo, al final sucedió, y me llevó mucho tiempo sentirme cómodo con la idea de vivir de los fondos de la Fundación para la Paz Interior.

Mientras hacía los arreglos para mi año sabático, me di cuenta de que no iba a tener suficiente dinero para vivir ese año. Recuerdo que pensé: «Bueno, tal vez lo que hay que hacer es ganar algo de dinero en el mercado bursátil» y pensé que necesitaría unos diez mil dólares. Me arriesgué y compré algunas acciones de IBM. Yo no tenía el dinero, y nadie en su sano juicio haría algo como eso, era extremadamente arriesgado. Pero justo después de comprarlas —el mismo día— las acciones comenzaron a dispararse. Gané los diez mil dólares que necesitaba en veinticuatro horas. Si me hubiera quedado con ellas otro día o dos, habría ganado más, pero las vendí en cuanto conseguí lo que necesitaba. Creo que fue una señal de tranquilidad. Aunque estuviera siguiendo Un Curso de Milagros, me resultaba muy difícil cambiar de actitud. Teníamos el Curso, pero vivíamos como si no lo tuviéramos. Era difícil dejar ir. Yo no había crecido así, y los temores de Helen, por supuesto, eran enormes. Tuve que ocuparme de mis miedos y luego tuve que lidiar con los suyos también. De alguna manera todo salió bien.

Me mudé a Tiburón, California, en junio de 1978. Aunque ya había estado allí antes, no estaba seguro de nada de eso. Cuando estuve listo para hacer la mudanza, un lugar parecía estar esperándome. Un día, cuando caminaba de regreso de la casa de Jerry Jampolsky en Tiburón, donde me hospedaba, me encontré con un tipo que conocía en el siguiente edificio. Le pregunté:

—Neil, ¿conoces algún apartamento para alquilar por aquí?

Me dijo que había uno en el edificio de al lado que no habían podido alquilar. Lo miré y era perfecto, cerca de la casa de Jerry y a poca distancia de todo en la ciudad. Había sido el único lugar donde había mirado, y en unos meses moví todas mis cosas de Nueva York. Era obviamente el momento de moverse.

Los próximos cuatro años fueron interesantes. Judy y Bob Skutch también habían recibido guía para mudarse de Nueva York a California. Se establecieron en Tiburón, a unas puertas de Jerry y de mí. Todos vivíamos en hilera y nos reuníamos todas las mañanas para leer y estudiar el Curso juntos. Judy y Jerry tenían una relación estrecha pero difícil. Yo tenía mis propias preocupaciones. Judy había estado viajando mucho por todo el país hablando sobre el Curso. De repente se mudó a Washington, D. C., y al parecer yo estaba allí para ayudar a Jerry.

No tenía ninguna meta o ambición. Pensé que había dejado todo eso atrás. Entonces decidimos hacer ese tonto libro de dibujitos, que me pareció idiota. Jerry tenía un contrato editorial de Celestial Arts, pero su manuscrito no estaba en forma publicable. Así que le ayudé con eso. Años antes, durante uno de mis viajes a Londres con Helen, un vidente me había dicho que haría algo así. En 1970, otro vidente también me dijo que alguna vez en el futuro estaría viviendo junto al agua. Vi a varios videntes. Uno de ellos me vio viviendo cerca del agua y escribiendo libros para niños. Otro dijo: «Te veo dando vueltas por Sausalito. Estás pasando mucho tiempo allí». No



Jerry Jampolsky

conocía California en absoluto y también mencionó el agua. Eso fue mucho antes de que tuviera la menor idea de que estaría viviendo cerca del mar en Tiburón, ayudando a Jerry con su libro de dibujos infantiles.

Reflexiones sobre las relaciones

Seguí pensando que mi relación con Helen debía haber comenzado hacía mucho tiempo. Parecíamos retomarla donde la habíamos dejado en otro momento. Vestíamos diferentes trajes, pero no era para nada la primera vez. Además de Helen, sentí eso con otras personas. Chuck Lehman era uno. Conozco a Chuck desde hace treinta años. Se necesita mucho tiempo para estar en contacto cercano con alguien cada semana. Hay una cercanía entre nosotros que trasciende cualquier explicación racional. No tiene nada que ver con nada, excepto que nos sentimos muy próximos.

En cuanto al esposo de Helen, Louis, es una persona única y llegué a conocerlo y respetarlo como amigo. También es un hombre sensible y perceptivo. Mientras Helen estaba por aquí, él era bastante ambivalente sobre el Curso. Parece que lo ha dejado pasar ahora. Era muy devoto de Helen, y ella de él. Louis una vez me dijo que una de las experiencias profundas de su vida, que le hizo creer en la realidad de algunas de «estas cosas del Curso», ocurrió algunos años atrás, cuando me llamó un día y me dijo:

—Me gustaría verte en privado.

Recuerdo muy bien esa ocasión en particular, por lo que ocurrió. Se me acaba de ocurrir que Louis necesitaba al menos mil dólares. Sin pensarlo más, le hice un cheque para tenerlo preparado para que, cuando llegara, no se avergonzara de pedirlo. Cuando llegó a mi oficina y me comentó que tenía algunas dificultades temporales con su negocio, le dije:

—Pensé que tal vez estabas teniendo algunos problemas, así que aquí está. No había manera posible de adivinar esto o la cantidad, ya que no me había dicho nada. Después de eso, todo el asunto de las mentes unidas o la ESP o el misticismo repentinamente adquirieron verosimilitud para él y las contempló como una posibilidad. Mi rela-

ción con Louis era fácil y compatible; no había ninguna dificultad entre nosotros, que yo recuerde.

Por otro lado, mi relación con Helen era muy complicada. Creo que aprendí de eso que el amor perduraría a pesar de todo lo que pareciera bloquearlo e interferir con él. Era consciente de sentirme cerca de Helen en algún nivel que trascendía la racionalidad y las barreras de la relación. Parecía ir en contra de cualquier forma de lógica. No le tenía mucho afecto a Helen, pero había un profundo amor que continuaba a pesar de todo. Una cosa no tenía que ver en absoluto con la otra.

Eso parecía representar nuestra unión en amor y cooperación; intentábamos hacer algo que trascendía nuestros egos. Eso era lo que parecía real, lo único que parecía realmente perdurar. Una vez hecho eso, no fue posible romperlo. Fue un compromiso que duró para siempre. Si el amor es eterno, cuando haces ese tipo de compromiso, entonces lo has asumido. No tiene nada que ver con lo que suele pasar con los compromisos. Todo parece tan confuso a veces. Amor y odio, paciencia y desastre, todo está revuelto.

Tuvimos muchas oportunidades para practicar el perdón en nuestra relación. Esto siempre me recuerda el pasaje del Texto sobre la Pascua, que es tan bonito:

5. La Pascua no es la celebración del coste del pecado, sino la de su final.

²Si al mirar entre los niveos pétalos de los lirios que habéis recibido y obsequiado, vislumbráis la Faz de Cristo tras el velo, estaréis contemplando cada uno el rostro del otro, y ahí la reconoceréis.

³Yo era un extraño y vosotros me acogisteis sin saber quién era.

⁴Pero gracias a vuestro obsequio de lirios, lo sabréis.

⁵En vuestro perdón a ese forastero, que aunque os resulta desconocido es vuestro antiguo Amigo, reside su liberación y vuestra redención junto con él.

⁶La Pascua es un tiempo de júbilo, no de duelo.

⁷Contemplad a vuestro Amigo resucitado y celebrad su santidad junto conmigo.

⁸Pues la Pascua es el tiempo de vuestra salvación, junto con la mía.

(UCDM Gongarola, T-20.I.5)

Este es realmente el mensaje de la Pascua. La Pascua es el tiempo de la ofrenda del don de los lirios en lugar del de las espinas. Los lirios simbolizan el perdón. Solía hacer esto de vez en cuando; le enviaba a Helen algunos lirios. Era importante recordarnos los unos a los otros la práctica del perdón.

Después de que me mudara a California, las llamadas diarias a Helen fueron realmente una prueba cada día. Intentaba no reaccionar a lo que ella pudiera decir. Intentaba hacerlo de otra manera y funcionó al cabo de un tiempo. Me llevó bastante. Siempre salía algo auténtico habitualmente hacia el final de nuestras conversaciones. Sin embargo, las conversaciones no tenían ningún sentido, pero lo importante era extender el amor. A veces sonaba muy diferente, muy tierna, antes de que yo colgara. Eso era auténtico. No entendía cómo, pero ahí estaba. Fue un gran desafío. Yo lo sabía y pensaba que no quería verla en el último año antes de morir. Por alguna razón, era mejor que no la viera. Sentía que yo podía mantener esto mejor de esta manera, y que ella también podía. Era mejor que ambos lo hiciéramos así.

Después de que Helen muriera en febrero de 1981, recibí muchos mensajes suyos. No sabía qué pensar de esas cosas, excepto que



Lápida en la tumba de Helen

ahora sé que el ego, la persona, no puede ser eterno. Sin embargo, hay algo que subyace a todo esto, que es real, detrás de todas las máscaras, disfraces y dramas seriados. He tenido la oportunidad de experimentar las cosas transtemporales porque he dejado atrás los límites de tiempo. Es como mirar al agua desde mi apartamento en Tiburón, viendo pasar los barcos y experimentando una sensación de intemporalidad real. Supongo que a veces también tenemos que ir a la desesperación más absoluta para salir adelante; al menos yo lo hice. Parece ser la forma en que funcionó, y esa puede ser la única forma en que yo puedo aprender. Sentía que tenía que luchar con todo, incluido el Curso. Era muy difícil estar en este camino sin la noción de lucha, que parecía tan predominante, pero al final me relajé un poco.

La atracción de la culpa y el miedo al amor han sido el tema recurrente dominante a lo largo de mi vida, como sucede con muchas personas. Parece difícil dejarlo. Me impresionó mucho cuando lo escuché por primera vez y lo escribí:

11. La atracción que ejerce la culpa hace que se le tenga miedo al amor.

²Pues el amor nunca se fijaría en la culpa en absoluto.

(UCDM Gongarola, T-19.IV.1º.11:1-2)

Si no nos sintiéramos atraídos por la culpa, no podríamos evitar el amor y seguir dando vueltas en esos estados negativos, rechazando la única cosa que todo el mundo realmente quiere. Creo que esa frase expresa todo el problema. Cuando la gente me preguntaba qué pensaba que el Curso estaba tratando de decirnos, yo decía que ahí es donde todos nos quedamos atascados. Si yo mismo no me hubiera sentido tan atascado en esa área, no lo habría tenido tan claro. Ahora está totalmente claro. Pero tenerlo claro no significa necesariamente estar fuera de eso. Pensaba que era increíble que yo pudiera verlo tan claramente y que, sin embargo, lo mismo siguiera apareciendo. Tuve que salir de todo el ambiente neoyorquino e ir a un escenario totalmente diferente para empezar a dejarlo ir. Fue muy difícil para mí hacer eso. Estaba tan dedicado a resolver las cosas allí. Pero estoy encantado de estar en California, es maravilloso.

Recientemente, preparándome para mudarme a otro apartamento, abrí una caja de recuerdos y me puse a ello con cierta resistencia. Encontré muestras de absolutamente todo, como reimpressiones de viejos papeles que datan de hace más de treinta años y un informe que había escrito cuando estudiaba métodos chinos de lavado de cerebro. Había entrevistado a un hombre y a su familia en Canadá en una zona remota de una aldea. El hombre había sido capturado por los chinos y había pasado por un largo interrogatorio. Se suponía que iba a averiguar cómo era eso. Encontré, incluso, un certificado que el Departamento de Guerra me entregó por mi trabajo sobre la bomba atómica, así como algunas notas personales dispersas del Curso que Helen y yo habíamos recogido. También había algunas tarjetas de cumpleaños antiguas que Helen había escrito y fotos de mis padres. Y había una reseña de *This is Your Life*, que se remontaba a mediados de la década de 1940, todo metido en la caja. Encontré mi reacción muy extraña. Me entristecí, y obviamente tenía reticencia a mirar. Tiré un montón de lo que encontré como preparación para la mudanza.

Así que, en la limpieza de la casa, revisé toda la locura que uno acumula. Me gustaría tener solo dos camisas y un par de pantalones. Tengo demasiados libros. Parte de mi fantasía es tener una biblioteca prestada. Así que he estado mirando varios fragmentos dispersos de mi vida, reconociendo que nada parece encajar, particularmente, dependiendo de cómo lo mires. El otro día encontré mi doctorado, y de alguna manera está relacionado con la bomba atómica, la CIA y todo lo demás.

Uno de los documentos que encontré fue un material que había recogido con Helen, y que obviamente no pertenecía al Curso, pero eran notas que lo acompañaban:

4. Dile a Bill que hace bien dándote la fortaleza consistente que tú necesitas conseguir, y que él necesita ofrecer. Tu inestabilidad y su debilidad son el resultado de malas elecciones kármicas, y vuestra relación ahora es crucial para el futuro. Ambos debéis hacer todos los esfuerzos posibles para restaurarla a lo que una vez fue. Ambos estáis corrigiendo aquello en lo que habéis fallado antes. Esto ya os ha permitido cumplir un papel muy inesperado en vuestra propia salvación conjunta, y la sal-

vacación de muchos otros niños que os iré confiando cada vez más. Estos no han sido en absoluto elegidos al azar.

5. Bill debe saber que su preparación no consiste únicamente en compartir los resultados de tu excelente empleo de algunos talentos bastante inusuales. Su propio papel, que comprenderá cuando haya completado su preparación, será igualmente sorprendente. Él necesitará tu ayuda entonces, tal como tú necesitas su fortaleza ahora...

(UCDM Gongarola, T.I.P-91.4,5)

No sé qué significa esto. Supongo que esto no tiene que referirse al cuerpo necesariamente. Aun así, no sé si algo de esto ha sucedido o no.

5. Observa que tú no necesitas su ayuda como escriba, porque desarrollaste esta capacidad por tus propios medios, y finalmente la pusiste a mi disposición. Al prestarte su fuerza, él se fortalece a sí mismo. Cuando lo consiga por sus propios esfuerzos, necesitará tu ayuda de una manera muy inesperada. Pero esto es solo otro ejemplo de la naturaleza recíproca de los milagros.

(UCDM Gongarola, T. P-91.5)

11. Los escribas tienen un papel concreto en el Plan de Expiación porque tienen la capacidad de experimentar Revelaciones, y también de escribir poniendo en palabras una parte sustancial de su experiencia para que sirva de base a los milagros.

(UCDM Gongarola, T-I.P-83.11).

8. El papel de la sacerdotisa fue en su día experimentar las Revelaciones y obrar milagros. El propósito era traducir adecuadamente las Revelaciones a aquellos que aún no estaban preparados para recibirlas directamente. La percepción acrecentada fue siempre el atributo esencial de la sacerdotisa.

(UCDM Gongarola, T.I.P-91.8)

Aquí, por primera vez, Helen dijo que se sentiría honrada si se tomaran notas.

18. Tu gran problema previo para transcribir algo vino de un mal uso muy anterior de una enorme capacidad como escriba. Esta capacidad se convirtió en una ventaja secreta en lugar de una compartida, privándola así de su potencial milagroso y desviándola hacia la posesión. Esto es algo muy parecido a la confusión de los impulsos sexuales con los impulsos de posesión. Parte del material original todavía está en el Templo. Por esta razón te asustaste tanto con respecto a la Atlántida. Bill tiene sus propias razones.

(UCDM Gongarola, T-I.P-91.18)

No estoy seguro de cuánto de esto fue el resultado de haber leído material de Cayce en ese tiempo. Mirando esto en el contexto de los años transcurridos desde entonces, me pregunté: «¿Qué queda por hacer y cuál es el papel que todavía tengo que cumplir?». Sentí cierta nostalgia y un sentimiento de llevar una vida dispersa, aunque si lo veo de otra manera, todo se enfoca. Pero no me siento triste por eso ahora, aunque ayer sí. Limpiar la casa es bueno, pero tengo la sensación de que hay algo que no quiero ver o algo que falta.

Este material obviamente no pertenecía al Curso, pero escribí todo lo que vino. Había muchos de estos mensajes personales. Esta cosa «igualmente sorprendente» que se suponía que debía hacer, tal vez la hice, pero no lo parece. Tal vez todos mis deseos de resistencia y muerte fueron parte de no querer hacerlo. He sentido que he tenido suficiente para toda una vida, pero de alguna manera persiste la sensación de que no ha terminado. Eso me ha hecho seguir adelante tanto como cualquier otra cosa. Hay algo más que hacer. No creo que tenga que ver con los eventos mediáticos, la televisión o algo así. En una época, hace mucho tiempo, sentía que tenía algo que ver con la sanación. Tengo que sanar, obviamente. Y es obvio que el Curso es tanto para la enseñanza como para la sanación. De alguna manera, ambas funciones son necesarias. No están realmente separadas, pero el enfoque puede que sea diferente.

Creo que el área crucial de aplicación del Curso son las relaciones. Es en las relaciones donde podemos demostrar un cambio de mentalidad. Hablar con una gran audiencia no cambia demasiado las cosas. Algunas de nuestras creencias y suposiciones hacen que todo parezca a veces como una telenovela.

El significado de todo esto

Cuando comenzó Un Curso de Milagros me habría llamado agnóstico. Realmente no tenía ningún interés en la religión formal, pero también era consciente de las deficiencias de los sistemas psicológicos de pensamiento que constituían el cuerpo de creencias que regían mi actividad profesional. Reconocía que de alguna manera el emperador no tenía ropa. Éramos muchos los que estábamos dando vueltas exponiendo nuestros diversos puntos de vista teóricos, pero no había nadie que realmente supiera cómo armar esto de una manera significativa para cambiar la naturaleza de nuestras vidas.

Cuando el Curso comenzó, empecé a reconocer que las verdaderas emociones, el miedo y el amor, de los que habla con tanta sabiduría y perspicacia, eran realmente las dos únicas emociones que importaban. Si pudiera aprender a olvidar el miedo, automáticamente experimentaríamos el amor, porque esa es nuestra realidad natural. Mientras continuaba practicando mi propia actitud defensiva, me daba cuenta de que el Curso realmente es acerca de deshacer, acerca del perdón, de perdonarnos a nosotros mismos y a los demás por los errores que hemos cometido, y no aferrarnos a ellos de una manera que aumente nuestro sentido de culpa e indignidad. Si seguimos siendo como Dios nos creó, entonces somos siempre dignos por nuestra majestad natural.

En este sentido, el pecado puede ser visto simplemente como un error que necesita ser corregido. Por otro lado, si creemos en el pecado en el sentido tradicional, entonces creemos en la culpabilidad y el castigo. Sin embargo, un error es algo que siempre se puede cambiar y corregir. Los errores no piden culpa o castigo, sino más bien perdón, amor y milagros. Ese es uno de los conceptos fundamentales del Curso, que me ha resultado extraordinariamente útil a mí y a muchas otras personas.

Mientras Helen y yo estábamos trabajando en el Curso, también me preguntaba dónde encajaba este material con los sistemas de pensamiento metafísicos dominantes en el mundo y las religiones. Pensaba que los aspectos espirituales del Curso tenían mucho sentido. Como mi propia formación era extremadamente deficiente, inmediatamente empecé a buscar libros sobre este tema. Como ya he mencio-

nado antes, realmente no tenía que buscar estos libros porque me caían encima, prácticamente.

De alguna manera, dondequiera que iba, parecía haber libros relevantes. Por eso también pude leer mucho sobre literatura mística, de Oriente y Occidente, y me familiaricé en cierta medida con las enseñanzas vedanta de los hindúes, la obra de Aldous Huxley y su «filosofía perenne», enseñanzas budistas y cosas por el estilo. Como resultado, pronto me di cuenta de que había una enseñanza universal que tenía cierta similitud con el Curso.

Pero, aunque descubrí que todo el mundo parecía estar hablando de conceptos similares, no había manera de que yo pudiera realmente juntarlos. Lo que encontré en Un Curso de Milagros, que me pareció bastante distintivo, no solo fue una integración y síntesis de todos estos conceptos (este y oeste), sino también una forma práctica de practicar y aplicar los conceptos en la propia vida. Y para mí eso era muy diferente. No dejaba de pensar que debía haber algo más que fuera como esto. Pero no pude encontrarlo. En ningún momento se explica esto con la claridad que ofrece el Curso. El Curso no solo ofrece una claridad expositiva en el desarrollo de estos conceptos en el Texto, sino que también proporciona una herramienta o técnica muy específica para el aprendizaje del material. Este programa de aprendizaje preciso se ofrece en el Libro de Ejercicios para estudiantes con sus 365 lecciones, una para cada día del año, y el Manual para el Maestro, con su guía personal y aclaración de términos.

Un Curso de Milagros, por lo tanto, es una guía para la transformación personal y espiritual. Se basa en la creencia de que hay dos sistemas de pensamiento distintos. Uno es conocido como el ámbito de la percepción, que es este mundo. El otro es el ámbito del conocimiento, que es el de Dios y que no requiere ninguna acción por nuestra parte. De hecho, ámbito del conocimiento es inefable —simplemente es— y es algo que no podemos describir, pero sí podemos experimentar. El mundo en el que vivimos todos los días, en el que estamos atrapados, es el ámbito de la percepción, del cambio, del flujo, del miedo o de la culpa, un constante caos. Y es aquí donde el cambio es posible, porque es posible ver este mundo de manera diferente. El Curso está diseñado para ayudarnos a tomar conciencia y practicar nuestra salida del mundo de la percepción y entrar en el ámbito del

conocimiento a través de una serie de lecciones muy específicas ofrecidos en el Libro de Ejercicios.

El Curso también hace una distinción muy importante entre las dos emociones que experimentamos. Recuerdo que me impresionó enormemente cuando esa distinción se estableció originalmente en el Texto. Decía:

4. El miedo y el amor son las únicas emociones que puedes albergar.
(UCDM Gongarola, T-12.III.4:1)

Continúa diciendo que:

11. Tú solo experimentas dos emociones, una que tú mismo has inventado y otra que se te concedió.
(UCDM Gongarola, T-13.V.11:1)

Cuando leí eso, me embargó un tremendo sentido de «¡por supuesto!». Toda esta complejidad que hemos introducido en la psicología tratando de idear jerarquías y listas de emociones no es realmente la mejor manera de entenderlas o lidiar con ellas. Realmente no hay más que dos emociones: amor y miedo.

Por eso, si me siento enojado es porque primero me he sentido amenazado, y, por supuesto, asustado. No me sentiría amenazado si no hubiera experimentado miedo. Ahora bien, eso es cierto en casi todas las llamadas «emociones negativas». La mayoría de nosotros andamos por ahí hablando de querer amor, pero aferrarnos a nuestra culpabilidad y al miedo claramente bloquea nuestra conciencia del amor. El amor siempre está ahí, no cambia. Está solo a la espera de nuestro reconocimiento y de nuestra decisión de derribar los obstáculos a su presencia. Así que creo que el Curso hace una gran distinción entre estas dos emociones en los ejercicios que practicamos. Poco a poco nos enseña a dejar atrás el miedo y aceptar el amor como nuestra herencia natural.

Realmente creo que si las enseñanzas del Curso fueran ampliamente practicadas, las guerras terminarían. No habría razón para atacar a nadie porque empezaríamos a reconocer que todo esto es algo

que inventamos en nuestras mentes; la manera en que estamos malinterpretando. La proyección produce percepción, primero miramos dentro y luego vemos fuera. Así que el enemigo no está ahí fuera; el enemigo, en realidad, son nuestras propias necesidades, deseos y frustraciones, que atribuimos a alguien más, a alguna nación o a alguna institución, cualquiera que sea. La verdad es que no cambiamos a nadie más que a nosotros mismos. Y sé que es un trabajo muy importante. Pues al cambiarnos a nosotros mismos, y al cambiar la forma temerosa en que miramos a otras personas, ya hemos hecho una contribución inestimable. Entonces provocamos una especie de efecto dominó. Cambiar mis pensamientos y actitudes tiene un impacto en la gente que está cerca de mí, y las ayuda. Creo que esto es cierto para todos nosotros. Que tiene un efecto acumulativo cuando tratamos de cambiar de forma decidida nuestras percepciones del miedo al amor, de la guerra a la paz. Creo que esto es lo que la madre Teresa está tratando de hacer a su manera, y el poder de esa pequeña dama es bastante obvio.



Aunque en el Curso hay una serie de características como esta que son ciertamente distintivas, es evidente que el énfasis principal está en el perdón, que es omnipresente a lo largo de los tres volúmenes. Perdonar es lo único que se nos pide que hagamos si queremos despertar de nuestro sueño: el mundo de la percepción y el miedo. De alguna manera tenemos que aprender a perdonarnos a nosotros mismos y a los demás, y a dejar ir nuestra creencia en una realidad de culpa y temor. De hecho, el Curso es muy explícito acerca de la importancia del perdón, y declara inequívocamente:

1. La única manera de llegar a Dios aquí es mediante el perdón.

²No hay otra manera.

(UCDM Gongarola, L-256.1.1-2)

El énfasis es también en hacer esto aquí y ahora, en las relaciones en las que estamos involucrados, sanando estas relaciones a través del perdón, y reconociendo que realmente no podemos progresar a menos que hayamos hecho todo lo posible para liberar y dejar ir nuestros sentimientos negativos sobre nosotros mismos y los demás.

Es alentador, también, darse cuenta de que no se nos pide que hagamos esto por nosotros mismos, porque Dios está listo para ayudarnos en cualquier momento que estemos dispuestos a ser ayudados; todo lo que tenemos que hacer es pedirlo. Invariablemente, la ayuda que recibimos de Dios es vista o experimentada como un milagro. «Tengo derecho a los milagros» (UCDM Gongarola, L-77), no importa cuál sea tu error o necesidad.

Como explica el Curso en los «Principios de los Milagros» al principio del Texto:

1. Lo primero a tener en cuenta acerca de los milagros es que no hay grados de dificultad entre ellos.

²Uno no es más difícil o mayor que otro.

³Todos son iguales.

(UCDM Gongarola, T-1.P-1)

Es importante entender también que un milagro no es algo sobrenatural en absoluto. De hecho, los milagros son muy naturales y cuando no ocurren, es que algo va mal.

Como se ha dicho, un milagro es realmente una expresión de amor; y el amor es felicidad. Así que el Curso también trata sobre nuestra felicidad. La felicidad es realmente experimentar la alegría y hacerla parte integrante de nuestras vidas de forma natural, no algo que nos sintamos culpables de agarrar en momentos extraños. El Curso dice que nuestra realidad, nuestra realidad natural, es feliz y amorosa. Pero nos enseñamos algunas nociones extrañas y singulares. Así que gran parte del Curso es realmente desaprender las cosas dañinas que nos hemos enseñado a nosotros mismos que impiden que nos sintamos felices y alegres. A medida que comenzamos a dejar ir esta interferencia que hemos inventado, empezamos a experimentar lo que es natural para nosotros. Y eso solo puede ser amoroso y feliz. Este Curso es un conjunto de libros muy profundos, y me resulta bastante difícil resumir de qué trata todo este material.

Una pregunta que a menudo surge acerca de Un Curso de Milagros es: «¿Por qué vino el Curso cuando llegó, y en un formato cristiano?». Justo antes de empezar a escribir el Curso, Helen recibió una serie de pensamientos que, de alguna manera, responden a la primera pregunta. Como dice en su autobiografía: «La situación mundial estaba empeorando en un grado alarmante. Se estaba pidiendo ayuda a personas de todo el mundo, que hacían sus contribuciones individuales como parte de un plan general preestablecido (...). Debido a la gran emergencia, sin embargo, el proceso evolutivo habitual y lento estaba siendo evitado en lo que podría describirse como una “aceleración celestial”». Helen fue llamada a hacer su parte escribiendo el Curso, y mi parte era obvia en asociación con la suya.

En otro mensaje especial que le llegó a Helen antes del material del Curso, se aborda la segunda parte de la pregunta. Contenía algunas afirmaciones de que el cristianismo ya no era particularmente cristiano debido a las muchas distorsiones que se habían deslizado en nuestra comprensión de sus conceptos y enseñanzas. Por ello, ahora era necesario definir algunos de estos conceptos y términos de manera que tuvieran un significado más actual. Esto es lo que el Curso intenta hacer, restaurar realmente lo que creo fue el significado y el

mensaje original del cristianismo. Sin embargo, lo hace de una manera que combina las percepciones espirituales y psicológicas, y de una manera decididamente ecuménica.

Así que aunque el Curso utiliza la terminología cristiana, transmite verdades espirituales universales, esa es quizás es la razón por la cual personas de diferentes religiones pueden y han encontrado que tiene valor. Además, los que consideran que la terminología cristiana y su formato masculino son contraproducentes, han optado por el uso de la palabra «espíritu», un término totalmente natural y andrógino, resuelve cualquier problema. Creo que el Curso lo expresa muy bien cuando dice:

⁵Una teología universal es imposible, pero una experiencia universal no solo es posible, es necesaria.

(UCDM Gongarola, G-1.2:5)

En este espíritu, el Curso no discute la religión institucional, y no aconseja a nadie que renuncie a ser miembro de la fe que profesa, ya sea simbolizada por la iglesia, el templo, la sinagoga, la mezquita, o lo que sea. En su lugar, el Curso pide una unión espiritual y la voluntad de dejar ir el sentido de separación el uno del otro y de Dios. Así que me ha impresionado lo ecuménico que es el Curso; su propósito no es aumentar nuestro sentido de separación, sino unir a la gente de una manera amorosa e igualitaria.

En cuanto a la voz interior que Helen oyó como la de Jesús, creo que tanto Helen como Ken sintieron que tenían una relación mucho más personal con Jesús que yo. Y siempre me ha costado mucho trabajo precisar el Curso en términos de una persona concreta. Cuando se habla del Espíritu Santo o de Jesús o de Cristo o de la Autoridad Superior, cualquiera que sea el término, me parece que estamos hablando a un nivel más allá de la idea conceptual. Y no puedo realmente precisar o identificar eso, excepto que sé que está mucho más allá de nuestros egos. No tiene nada que ver con nuestro estado ordinario de conciencia y comprensión. Así que creo que por eso quizás soy más remiso a hablar en términos bíblicos muy específicos.

En cuanto al futuro de un Curso de Milagros en sí mismo, no tengo ninguna reserva al respecto, debido a lo que considero aconteci-

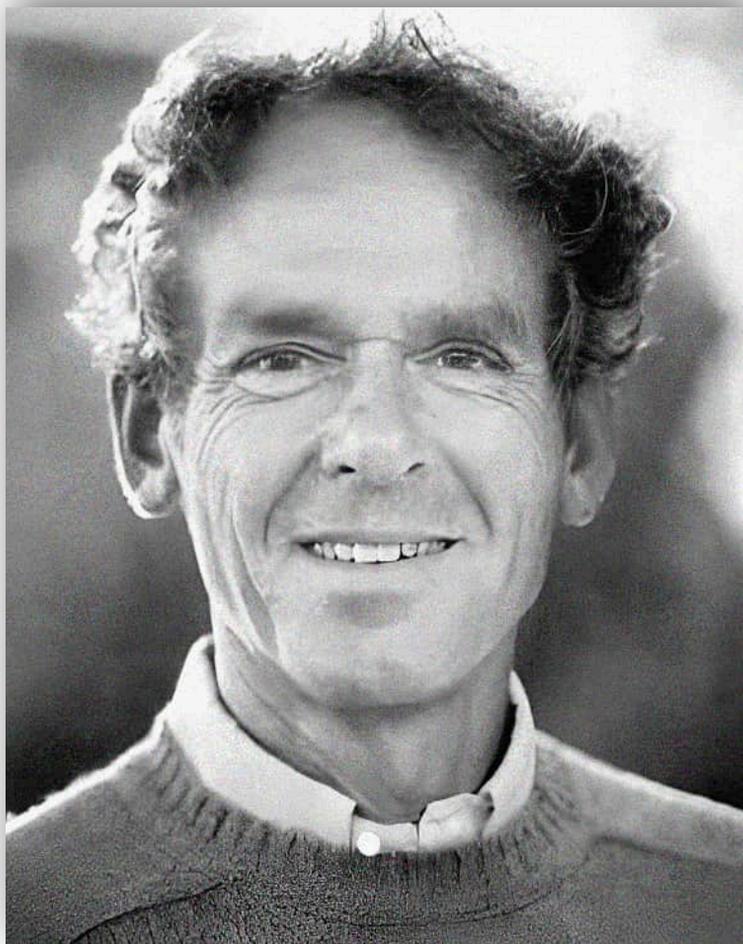
mientos milagrosos de su comienzo y lo lejos que ha llegado desde entonces. En lo que a mí respecta, va a un paso extraordinariamente rápido. En la actualidad hay más de un millón de ejemplares en circulación a nivel internacional, con decenas de miles de personas involucradas en grupos de estudio en todo el mundo. Así que siento que toda declaración de la Verdad, naturalmente, tendrá una audiencia muy amplia. Sin embargo, el propio Curso afirma en el Manual para Maestros que es solo una de las muchas aproximaciones a la verdad, que es «una forma especial del Curso universal», y que

²Hay muchos miles de otras formas, todas con el mismo resultado.

(UCDM Gongarola, M-2.6:2)

Finalmente, en cuanto a mí mismo, personalmente, el Curso cambió totalmente mi vida. Sigo practicando el material. No puedo decir que pase ningún día sin volver a caer en pensamientos de miedo. Pero ahora sí sé la diferencia y creo que soy capaz de responder más rápidamente cuando surge un temor; tal vez incluso ser capaz de reírme de ello. Quizás sea esta la manera más eficaz de enfrentarnos a muchos de estos temores imaginarios que hemos inventado en nuestras vidas. Puedo decir sinceramente que el Curso ha ido más allá de todo lo que podía haber imaginado, y estoy encantado. Cualquier cosa que pueda ser de ayuda para mí y para tantas personas, obviamente pertenece al mundo y merece la distribución más amplia posible. Sé que Helen y yo nos alegramos de poder desempeñar nuestro papel en esto. Muchas otras personas han seguido participando en la difusión de las ideas y conceptos del Curso en muchas áreas diferentes. Por lo tanto, espero que un Curso de Milagros nos ayude a alcanzar un mayor sentido de armonía y amor en nuestras relaciones personales, una mayor conciencia de cómo es posible estar en paz con nosotros mismos y con los demás, y a una verdadera paz en el mundo.

ENTREVISTA PARA
NEW REALITIES



Acerca de esta entrevista

Una conversación franca y exclusiva con una de las dos «personalidades ocultas» detrás de la manifestación de uno de los sistemas de pensamiento espiritual más enigmáticos y profundos del siglo: Un Curso de Milagros. El doctor Thetford, que alguna vez fue un agnóstico confeso, ahora habla abiertamente sobre su papel secreto en la escritura del Curso y de cómo le afectó personalmente a él y a su trabajo en psicología, así como sobre las prestigiosas posiciones que ocupó como profesor de Psicología Médica en el Colegio de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia, y como Director del Departamento de Psicología en el Hospital Presbiteriano de la Ciudad de Nueva York.

Entrevista

William N. Thetford, Ph.D.
James Bolen, NR
Abril 1984

NR: Como una de las dos personas responsables de escribir Un Curso de Milagros, ¿cuál ha sido el impacto de este en su vida?

THETFORD: Ha cambiado mi vida totalmente. Recuerdo que escribí los primeros cincuenta principios sobre los milagros que llegaron a través de Helen Schucman en el otoño de 1965, y me di cuenta de que, si este material era cierto, entonces absolutamente todo lo que yo creía tendría que ser cuestionado, que tendría que reconstruir todo mi sistema de creencias.

En ese momento, sin embargo, pensé que eso sería imposible; no sabía cómo podía hacerlo. Pero sentí que era un requisito, ya que el material que llegó a través de Helen en la fase inicial parecía muy auténtico y genuino. Me dejó en estado de shock por un breve período, preguntándome cómo sería posible hacer un cambio tan abrupto en mi percepción de la vida y del mundo.

Más tarde me di cuenta de que Dios es misericordioso, y no nos pide que hagamos cambios tan abruptamente, que tendría el tiempo adecuado para comenzar a cambiar mi percepción gradualmente. Creo que lo importante era mi voluntad de cambiar, no el dominio del material.

Y, por supuesto, me mudé del centro de Manhattan, donde había vivido durante veintitrés años, a Tiburón, California, algo que pensé que nunca ocurriría. Me había asentado en mi rutina como neoyor-

quino, y sentía que la Gran Manzana era el centro del universo y el lugar al que pertenecía. Ese movimiento fue probablemente el mayor choque cultural que he experimentado en mi vida, haciendo una transición abrupta de la agitada vida en la ciudad de Nueva York a la tranquilidad de Tiburón.

Eventualmente, también dejé la enseñanza. Primero, al retirarme de mi cargo como director del Departamento de Psicología en el Hospital Presbiteriano del Columbia, y varios años después, al retirarme de mi cargo como profesor de Psicología Médica en el College of Physicians and Surgeons de la Universidad de Columbia.

NR: ¿Fue eso para dedicarle tiempo completo al Curso, o para perseguir otros intereses?

THETFORD: Creo que fue una combinación. Después de veinte años en Columbia sentí que era hora de dejar la enseñanza. Parecía natural irse cuando se publicó el Curso.

NR: ¿Cuál fue exactamente su papel en el proceso de escritura del Curso? ¿También escuchó una voz?

THETFORD: Tanto Helen como yo sabíamos desde el principio que se trataba de una tarea de colaboración, pero yo no oía una voz. Mientras Helen escuchaba el dictado interior, era incapaz de transcribir el material directamente ella misma, ya que encontraba el contenido del Curso demasiado amenazante. Mi papel era ofrecerle el apoyo y la tranquilidad que necesitaba cada día para que ella continuara transcribiendo a su libreta de apuntes. Ella me leía el material y yo lo escribía directamente de su dictado.

NR: Ya que el Curso cuestionaba sus propias creencias y sistema de pensamiento, ¿por qué no lo rechazó y lo tiró?

THETFORD: Bueno, mi intelecto se rebeló a veces. Pero yo era el que había pedido otra manera de hacer, una mejor, con respecto al contexto profesional extremadamente estresante en el que Helen y yo tratábamos de funcionar. Cuando el material de Un Curso de Milagros comenzó a llegar, era obvio para mí que esa era la respuesta a mi petición, muy claramente, la respuesta. Así que rechazarla, o incluso ignorarla, nunca fue siquiera considerado.

NR: ¿Qué fue lo que específicamente le hizo ver que esa era su respuesta?

THETFORD: Tal vez el hecho de que hubiera sido tan diferente del modo en que yo había estado operando a lo largo de mi vida. Pero la autenticidad del material me impresionó más que nada . Sabía que Helen no se lo había inventado, ni siquiera con su fértil imaginación.

NR: ¿La autenticidad...?

THETFORD: Bueno, el material era algo que trascendía cualquier cosa que ninguno de los dos pudiera concebir. Y como el contenido era bastante ajeno a nuestros antecedentes, intereses y formación, era obvio para mí que provenía de una fuente inspirada. La calidad del material era muy convincente, y su belleza poética se sumó a su impacto.

NR: Parece bastante inusual que usted, un psicólogo establecido con dos posiciones muy prestigiosas, incluso considere la posibilidad de adoptar tal material, teniendo en cuenta su formación y los rígidos principios dentro de la enseñanza que sin duda suscribía y a los que se adhería.

THETFORD: Creo que si no hubiera sido por muchas de las extraordinarias experiencias que ocurrieron durante el verano de 1965, ni Helen ni yo hubiéramos estado dispuestos a aceptar el material que ella escribió. Ya se han relatado algunas de esas experiencias en el nuevo libro de Robert Skutch *Viaje sin distancia. La historia detrás de Un Curso de Milagros*. Sin embargo, nuestra experiencia asociada con la Clínica Mayo en Rochester, Minnesota, no fue reportada en *New Realities*. Tal vez tanto como cualquier otra cosa, esta serie de eventos cristalizó toda la nueva dirección que tomaríamos.

(Aquí hemos suprimido un segmento con una información que ya aparecía casi idéntico en la autobiografía de Bill).

NR: Debe haber sido un tanto difícil durante ese período, viviendo una vida dual y recibir y lidiar con el material de los milagros que llegaba, continuando con su vida académica normal.

THETFORD: Sí, en cierto modo fue como vivir en dos mundos diferentes. Mis sentimientos eran tan complejos que es difícil decirlo de forma sencilla. Obviamente, Helen no se había vuelto loca, ni había perdido la cabeza. El material tenía sentido, pero había una sensación de que nos habíamos metido en algo que estaba muy por encima de nuestras posibilidades y para lo cual no estábamos preparados.

Naturalmente, no discutimos esto con nuestros colegas, y ninguno de nuestros asociados profesionales era consciente de que esto estaba ocurriendo como una dimensión adicional en la vida de Helen y en la mía. Al mismo tiempo, no pudimos separar completamente el Curso de nuestras responsabilidades académicas, y gran parte del mecanografiado del material tuvo lugar en el Centro Médico. Helen me dictó sus notas durante nuestra hora de almuerzo o en momentos extraños, pero esto no interrumpió el flujo de nuestros compromisos profesionales, que incluían dar conferencias, escribir becas de investigación y trabajos para la publicación, así como una multitud de tareas administrativas, todas esas cosas que forman parte de una vida profesional muy ocupada. Así que la experiencia que sufrimos durante ese período fue ciertamente muy inusual.

NR: ¿No hubo momentos en los que Helen pensara seriamente ver a un psiquiatra o psicólogo sobre esto? ¿O tal vez consideró la posibilidad de obtener algún medicamento que le quitara la voz que le dictaba?

THETFORD: No era una voz en ese sentido. Helen no estaba perseguida por voces; era un sentido muy específico de comunicación canalizado que le llegaba de vez en cuando. Ella se daba cuenta de que había material para ser transcrito, y podía hacerlo cuando lo escogiera. No hubo presión para que dejara de hacer nada para tomar notas. Más bien, el material estaba allí casi como si hubiera sido pregrabado, y estuviera esperando su atención. Se le presentó en una parte muy separada y distinta de su mente; no la experimentó en absoluto como una voz externa.

NR: Sin embargo, dada la naturaleza de alguien que escucha una voz —en el sentido psicoterapéutico tradicional—, ¿cuál cree usted que podía haber sido el diagnóstico o pronóstico de Helen, sin entender la dinámica involucrada?

THETFORD: Creo que las personas que hacen cosas inusuales de ese tipo son probablemente consideradas algo disociadas o posiblemente esquizofrénicas. Sin embargo, el hecho de que la capacidad de Helen para funcionar como psicóloga no se hubiera visto afectada de ninguna manera durante este período, era una clara indicación de que no sufría de un sistema delirante. En todo caso, yo diría que su capacidad para funcionar profesionalmente mejoró a medida que conti-

nuamos con este trabajo. Durante el tiempo que estuvimos trabajando en el Curso, pareció que realmente incrementamos nuestra productividad y calidad profesional. Una confirmación de esto es que cuando terminamos el manuscrito, ambos obtuvimos la titularidad como profesores.

NR: Helen parecía tener mucha más dificultad para aceptar el material del Curso que usted. ¿Había algún tipo de trasfondo espiritual o religioso en su vida, o cualquier otra cosa que hiciera esto así?

THETFORD: Bueno, ciertamente no fue debido a ningún antecedente religioso temprano en mi caso. Yo había ido a la Escuela Dominical de Ciencia Cristiana hasta los siete años, cuando mi hermana murió repentinamente y mis padres perdieron interés en toda religión. Más tarde, en mi juventud, asistí a varias iglesias protestantes, pero para cuando comencé mi trabajo de posgrado en la Universidad de Chicago, ciertamente había abandonado cualquier interés en la religión. Además, recuerdo que la Universidad de Chicago era descrita a menudo como una universidad bautista, donde los profesores ateos enseñaban a estudiantes judíos la filosofía tomista. Con ese tipo de trasfondo, creo que es evidente que cualquier creencia religiosa que pudiera haber tenido simplemente se había vuelto más confusa.

NR: ¿Cuál diría usted que era su punto de vista filosófico o espiritual entonces?

THETFORD: Me describiría a mí mismo como un agnóstico. Realmente no me preocupaba si la realidad espiritual era un hecho o no. Freud consideraba la religión como una ilusión, y creo que muchos de los estudiantes de posgrado y profesores a los que me asociaba en ese momento veían la religión como algo que carecía de respetabilidad intelectual.

NR: Dadas sus perspectivas agnósticas en ese momento, ¿hubo algo en lo que estuviera involucrado que pudiera haber preparado el escenario para que fuera el catalizador de un Curso de Milagros?

THETFORD: No como tal, aunque yo fui uno de los primeros estudiantes de posgrado de Carl Rogers después de que él llegara a la Universidad de Chicago en 1945. Él enseñaba que la «aceptación positiva incondicional» era un prerrequisito esencial para los terapeutas centrados en el cliente. Ahora me doy cuenta de que lo que Rogers estaba enfatizando era que la aceptación total en nuestras relaciones

significaba expresar el amor perfecto. Aunque reconocía lo lejos que estaba de poder practicar este concepto en mi vida, llegué a apreciar su contribución a mi propio desarrollo espiritual. En realidad, siempre pensé que una autoridad superior debía haber hecho trampa al elegirnos a Helen y a mí para esta misión. Cuando Helen le preguntó a la voz por qué fue elegida para este papel, la respuesta que recibió fue: «Obviamente eres la persona adecuada porque lo estás haciendo».

NR: Lo que es tan curioso es que ambos —Helen la atea y Bill el agnóstico— aceptaran la idea de hacer algo así. ¿Cómo puede reconciliar eso? Seguramente algo debe haber sido el detonante dentro de usted.

THETFORD: Durante ese verano de 1965, tuvimos muchas experiencias que sacudieron mi sistema de creencias y me hicieron ser mucho más abierto a la posibilidad de intervención divina. Para cuando el Curso comenzó, yo diría que ya no era realmente un agnóstico. Helen, sin embargo, tuvo grandes dificultades con el Curso en cuanto a sus propias creencias personales. Continuaba preguntándose lo que le estaba sucediendo durante todo el tiempo que estuvo transcribiendo el Curso, y no estoy seguro de que fuera capaz de reconciliar lo que estaba haciendo con lo que era.

NR: Es interesante que a menudo utilice la palabra «asignación» con respecto a su participación y la de Helen en el Curso. ¿Por qué?

THETFORD: Bueno, los eventos que experimentamos hasta el dictado del Curso nos parecieron como preparación para una tarea que, de alguna manera, en algún lugar, habíamos acordado hacer juntos. En cierto sentido, cumplíamos nuestra función.

NR: Los eventos a los que usted se refiere como anteriores al dictado del Curso por Helen involucraron un número de experiencias psíquicas y místicas que ella tuvo. ¿Tuvo usted experiencias similares?

THETFORD: Sí, pero nunca fueron tan dramáticas como las de Helen. Sin embargo, una que tuvo un efecto muy profundo en mí ocurrió el Domingo de Pascua en 1970. Yo había aceptado llevar a Jean, una artista anciana, a cenar en Greenwich Village con otros amigos artistas. Era un día de invierno muy frío y tormentoso, con vientos fuertes, algo inusual en esa época del año. Al no tener coche, me di cuenta de que iba a tener muchos problemas para coger un taxi,

así que medité brevemente sobre qué hacer. Recibí un mensaje claro de que tenía que ir a la esquina de la calle 78 y la Quinta Avenida, cerca de donde vivía, exactamente a las 3:15, y el problema sería resuelto. Tenía una enorme resistencia a hacer esto, pero me puse mi equipo para tiempo tormentoso de todos modos, caminé hacia la esquina e intenté llamar a un taxi. Dado que competía con todos los porteros de la Quinta Avenida, parecía completamente inútil.

Entonces, por un momento, cerré los ojos y dejé de pensar en mis preocupaciones, diciéndome: «Gracias, Padre, ya está hecho». Y por un instante creí sinceramente eso. Cuando abrí los ojos, una limusina conducida por un chofer se detuvo frente a mí en la esquina, y el conductor bajó por la ventana y preguntó: «¿Puedo ayudarle, señor?». Esto, como cualquiera que haya estado en Nueva York o vivido allí lo sabe, era un hecho altamente improbable.

Me sentí muy tentado de preguntarle por qué había parado para mí, y entonces me di cuenta de que esta sería una pregunta inapropiada; simplemente aceptaría este regalo. Entré y fuimos a la casa de Jean y la recogimos. ¡Estaba absolutamente emocionada de que yo hubiera venido a recogerla en una limusina!

Lo interesante, también, es que no hablé con el conductor sobre los honorarios. Simplemente me llevó sin ninguna pregunta, y cuando llegamos a nuestro destino le pregunté cuánto era, y dijo algo ridículo, como cinco dólares. Creo que le di varias veces esa cantidad, con enorme gratitud y alivio.

NR: ¿Qué otras experiencias...?

THETFORD: Mientras estábamos en el proceso de transcribir el material del Curso, oré para que pudiéramos encontrarnos con un maestro vivo, alguien que personificara estas enseñanzas en su propia vida. Alrededor de este tiempo un sacerdote amigo, el padre Michael, me contó acerca de la madre Teresa de la India. Impresionado, conseguí un ejemplar del libro de Malcolm Muggeridge *Something Beautiful for God*, el primer libro que describe el asombroso trabajo de sanación de la madre Teresa con los más pobres entre los pobres.

Poco después de leer el libro, el padre Michael me informó que la madre Teresa estaba en ese momento en Nueva York. Ella había establecido recientemente un Centro de Nueva York para su orden en el sur del Bronx —en ese momento, el de peor índice de criminalidad

de las áreas pobres en Nueva York— y se le había pedido que ayudara a facilitar algunos de sus arreglos locales. Nos invitó a Helen y a mí a visitarla en el Bronx. Inicialmente, me sentí aprehensivo de que mis oraciones me respondieran, ya que no estaba seguro de estar dispuesto a encontrarme con un santo vivo. Sin embargo, cuando esta pequeña mujer gentilmente nos recibió con las palmas extendidas, sentí una sensación de alivio casi instantánea. Parecía como si siempre la hubiera conocido. Completamente desinteresada y sin pretensiones irradiaba la alegría del compromiso espiritual total. Más tarde, cuando se volvió hacia mí y me dijo: «Doctor, ¿no le gustaría venir a la India? Hay tanto que podría hacer para ayudar a los pobres», sentí un impulso casi irresistible de responder: «¡Sí!».

Me he reunido con la madre Teresa en varias ocasiones desde entonces, incluyendo una visita que hizo con el padre Michael a nuestras oficinas en el Centro Médico el año anterior a la jubilación de Helen. Para mí, su vida es una demostración de la importancia de la dedicación total y la consistencia completa en el camino espiritual. Nuestras oraciones son respondidas, aunque frecuentemente de las maneras más inesperadas.

NR: Se ha especulado con que usted y Helen editaron el Curso, ¿verdad?

THETFORD: No. Tenga en cuenta que al principio no sabíamos exactamente lo que estaba pasando. Así que hicimos preguntas de carácter personal y registramos las respuestas que Helen recibía. Escribía estas respuestas como parte del proceso continuo, sin distinguir las del dictado interno que Helen estaba grabando en su cuaderno de taquigrafía. Más tarde, cuando nos dimos cuenta de que este material obviamente no formaba parte del Curso mismo, lo eliminamos. Es cierto que en el Texto se han editado los títulos de mayúsculas y minúsculas, puntuación, párrafos y secciones. Sin embargo, estos cambios fueron menores y el Libro de Ejercicios y el Manual para el Maestro también aparecen exactamente tal como fueron bajados por Helen.

NR: ¿Podría darnos un ejemplo del material personal que borró?

THETFORD: Oh, había preguntas como: «¿Hay algo que debiéramos hacer para aumentar nuestra habilidad para meditar mejor?». También hubo algún comentario sobre teorías psicológicas que se in-

trodujeron como una digresión intelectual al principio, que no tenía nada que ver con el propio Curso.

NR: Brevemente, ¿cuál cree que es el propósito del Curso?

THETFORD: Ayudarnos a cambiar nuestras mentes acerca de quiénes somos y qué es Dios, y ayudarnos a dejar ir, a través del perdón, nuestra creencia en la realidad de nuestra separación de Dios. Aprender a perdonarnos a nosotros mismos y a los demás es realmente la enseñanza fundamental del Curso. El Curso nos enseña cómo conocernos a nosotros mismos y cómo desaprender todas aquellas cosas que interfieren con nuestro reconocimiento de quiénes somos y siempre hemos sido.

NR: ¿Por qué cree que se llama Un Curso de Milagros? ¿Por qué no un Curso de Amor, Perdón o Verdad?

THETFORD: Por una buena razón, nos dimos cuenta más tarde. Recuerdo, sin embargo, cuando Helen me llamó aquella noche memorable y dijo que una voz interior le dictaba lo que seguía repitiendo: «Este es un curso de milagros, por favor, toma notas». En aquel momento, no respondí positivamente a ese título. Sin embargo, cuando uno entra en el Curso y luego en la definición de lo que es un milagro, tiene sentido. De hecho, es el único nombre apropiado para el Curso.

NR: Y un milagro es...

THETFORD: Creo que un milagro es el amor que sostiene al universo. Es el cambio en la percepción que elimina las barreras u obstáculos a nuestra conciencia de la presencia del amor en nuestras vidas. El Curso también nos dice que no hay grados de dificultad en los milagros, uno no es más difícil que otro, ya que la expresión del amor es siempre máxima.

NR: ¿Cuál fue su reacción como psicólogo cuando el Curso le presentó el concepto de que solo hay dos emociones: amor y miedo?

THETFORD: Recuerdo que escribí muy claramente esa sección, donde dice: «Solo tienes dos emociones, miedo y amor, una que hiciste y otra te fue dada». Y recuerdo haber pensado que ese concepto realmente se ocupa de todo el problema psicológico de los diferentes estados emocionales. Y es verdad, por ejemplo, que la ira es simplemente una expresión de miedo en acción. No puedo enojarme a menos que me sienta amenazado de alguna manera, lo que significa que

tengo miedo. El amor es en realidad la única otra emoción que existe, y simplificaba mucho las cosas para reconocer esto como un hecho.

NR: ¿Y qué es el amor según su definición, el tipo de amor al que se refiere aquí?

THETFORD: Muy sencillamente, el amor es la ausencia de miedo. También podría decirse que el miedo es la ausencia de amor. El amor y el miedo no pueden coexistir al mismo tiempo, aunque la mayoría de nosotros intenta vivir como si fuera posible. Tratamos de equilibrar un poco de miedo con un poco de amor, y creemos saber la diferencia. Sin embargo, cuando dejamos ir el miedo por un instante, el amor está automáticamente allí. No es algo que tengamos que descubrir o buscar, el amor simplemente es.

Es muy parecido al sol que se esconde entre las nubes en un día de niebla. Aunque no podemos ver el sol, sabemos que está ahí. En el momento en que la niebla se levanta es que podemos verlo. Tal es el caso para nosotros, también, en el momento en que podemos detener nuestros temerosos pensamientos, podemos aceptar el amor y la luz que siempre está ahí.

NR: Eso implica bastante confianza en que siempre está ahí, sin embargo, parece que a menudo nos llevan a un lugar, casi un precipicio, y nos piden que saltemos con fe en que todavía está ahí. Eso es realmente difícil de hacer, o de reunir la confianza para hacerlo,

THETFORD: Me refiero con frecuencia a eso en mi propia vida como «asumir un riesgo celestial», cuando estamos ahí fuera caminando por la cuerda floja sin saber lo que va a pasar después. Pero, ¿de qué otra manera podemos aumentar nuestra conciencia de nuestro potencial dado por Dios si no nos zambullimos en lo desconocido?

Creo que todos nosotros tenemos que estar, por lo menos parcialmente, dispuestos a intentar averiguar si hay una forma diferente y mejor de vivir, de lo contrario, simplemente perseveraremos en los mismos viejos patrones de nuestras vidas.

NR: El Curso también distingue entre el ego y el Ser en términos diferentes a los convencionales. ¿Cuál fue su reacción a esto como psicólogo?

THETFORD: El término «ego» tal como se usa en el Curso se refiere a nuestra superficie o falso yo, que se identifica con el cuerpo

como su forma externa de expresión. Esta identificación ego-cuerpo es el yo que hemos construido como contrastado con el yo espiritual que Dios comparte con nosotros. El ego es realmente nuestra creencia en un yo separado de Dios. La proyección de este pensamiento de separación da lugar a un mundo de formas. El ego cree que este mundo fenoménico existe independientemente, aunque realmente no tiene ninguna existencia separada de la mente dividida que lo proyectó.

NR: Uno de los conceptos más provocativos que presenta el Curso es que este mundo es ilusorio, no real, y que Dios no está realmente presente en él. Que Dios solo se preocupa por nosotros, no por nuestras cosas, y somos nosotros los que las valoramos, no Dios. Es un concepto muy difícil de entender y manejar, ¿no?

THETFORD: Sí, por supuesto. Es un reto y un problema para todos nosotros. Pero, como usted sabe, muchos físicos del siglo XX han escrito extensamente sobre las implicaciones de la mecánica cuántica para el misticismo y el pensamiento místico.

Ken Wilber ha editado recientemente un libro titulado *Quantum Questions*, que trata sobre el tema de la realidad física y las experiencias místicas en los escritos de Einstein, Heisenberg, Eddington, Schroedinger y varios físicos ganadores del Premio Nobel. Wilber señala que todos estos científicos notables desarrollaron una visión trascendental o mística del mundo. Aunque la física moderna no prueba que el misticismo sea cierto, sí quita cualquier bloqueo teórico importante a la posibilidad de la realidad espiritual. En efecto, el universo material sólido se ha disuelto en una serie de ecuaciones matemáticas abstractas.

El punto aquí es que muchos físicos ven el mundo material de la misma manera que el Curso: que este mundo es ilusorio porque la materia física ya no es comprensible en términos de nuestra conciencia sensorial, de alguna manera estamos percibiendo algo que no está allí, y es nuestra percepción de él lo que le da realidad. La pregunta es entonces, ¿cuál es la naturaleza del poder sustentador que subyace detrás de todas las formas?

El énfasis del Curso en cambiar la percepción se aplica a todo en nuestras vidas, no solo al universo externo, y más particularmente a nuestras relaciones: la forma en que nos miramos a nosotros mismos y a los demás. A medida que cambiamos esta percepción, o más bien,

a medida que cambiamos nuestras actitudes, yendo del miedo al amor, de la culpabilidad a la aceptación total, entonces lo que vemos como un universo limitado y acotado también cambia.

Cualquier cosa que es perecedera es vista como una ilusión, y cualquier cosa que es eterna es conocimiento verdadero y viene de Dios. La meta del Curso, entonces, es permitirnos cambiar nuestra percepción al punto donde Dios puede llevarnos al reino del conocimiento. Su propósito inmediato es ayudarnos a eliminar los obstáculos a nuestra conciencia de la presencia del amor en nuestras vidas cotidianas, que es de lo que se trata el milagro. Cuando comenzamos a reconocer y aceptar la presencia del amor de Dios en nuestras vidas, muchas de estas otras preguntas que planteamos simplemente desaparecen. Ya no parecen más relevantes, porque son preguntas que el ego plantea basándose en la percepción de un universo limitado y acotado.

NR: Otro concepto difícil de abordar en el Curso es que, cuando reconocemos las ilusiones por lo que son, podemos reírnos de ellas. Bueno, ciertamente las crisis emocionales son muy reales y no son muy divertidas para la mayoría de las personas, como la muerte, el dolor, el hambre, etcétera. ¿Cómo se enfrenta a esto?

THETFORD: El Curso sugiere que nos olvidamos de reír en el momento en que empezamos a creer que las ilusiones son reales. Tal vez una manera de encontrar el camino de regreso a nuestra verdadera naturaleza es comenzar a reírse de la insensatez de muchas de nuestras creencias. Norman Cousins ya ha demostrado la importancia de la risa en el proceso de curación.

Por ejemplo, para ayudar a cualquiera, ya sea en la psicoterapia o en la vida cotidiana, no creo que haya que identificarse con el problema. Lo que debemos hacer es identificarnos con la respuesta. Puesto que cualquier problema es siempre una forma de miedo, culpa o separación, nuestra responsabilidad es identificarnos con la única respuesta que funciona. Al ofrecer el amor de Dios en cualquier forma apropiada, estamos ofreciendo la única respuesta que es posible dentro de este mundo. Esto no implica ciertamente una falta de compasión, al contrario. Si me identifico con el problema que usted o cualquier otra persona tiene, simplemente significa que yo también sufriré. Y cuando me uno a ustedes en el sufrimiento, nadie gana, sino que

ambos perdemos al reforzar el problema. El Curso dice que todos nuestros problemas provienen de la creencia de que estamos separados de Dios, y la única salida es extender el milagro del amor, que es nuestra herencia natural,

NR: Algunas de las personas que comienzan a estudiar el Curso inicialmente están decepcionadas porque no trata específicamente con algunas cuestiones personales y vitales, como el sexo. ¿Por qué no lo hace?

THETFORD: Como ustedes saben, el enfoque real del Curso está en el entrenamiento mental. Su énfasis está en el desarrollo espiritual más que en reforzar nuestra identificación ego-cuerpo. Pero no hay nada en el Curso que prohíba el sexo. Lo que sí dice es que el cuerpo es un vehículo neutro para comunicar el amor. Lo que creo que el Curso está tratando de subrayar es que la unión física nunca puede resolver el problema de nuestro sentido de separación de Dios. Solo puede ser un sustituto de nuestro intento de unión con Dios. Por eso la gratificación física como meta en una relación nunca es duradera, nunca una solución permanente para unir a los individuos. Y eso también es verdad respecto a muchos otros impulsos físicos y emocionales que tenemos que provienen del ego; cosas que hacemos para tratar de unirnos permanentemente con otros, lo que siempre resulta en fracaso.

NR: Otro tema específico que no se aborda en el Curso, y una preocupación para aquellos que lo estudian, es el asesinato, tratándolo como una ilusión o a través del perdón.

THETFORD: Tal vez la dificultad viene en percibir a otro como un cuerpo solamente. Creo que esa es la ecuación fundamental ego-cuerpo, que es responsable de una enorme cantidad de nuestra infelicidad, el núcleo mismo de esta.

Sin duda, el asesinato es un tema muy emocional para todos nosotros, pero la transformación interna que nos preocupa aquí tiene que ver con nuestro propio cambio de percepción, nuestra propia habilidad para reconocer que el miedo es un problema que todos tenemos, ya sea en forma de asesinato, ataque o pérdida, lo que queremos aprender es cómo enseñar el amor para que el miedo ya no sea parte de nuestra conciencia, cuando cambiamos nuestra propia conciencia y nos damos cuenta de lo que en realidad está pasando, estamos ayu-

dando a todos los demás a hacerlo, y pienso que es a través de este proceso como contribuimos para conseguir una sociedad más sana y un mundo mejor.

NR: Otra preocupación vital de vivir esta vida es la muerte, morir. ¿Por qué el Curso no se ocupa de esto para nuestra tranquilidad?

THETFORD: Creo que sí, el Curso dice muy claramente: «No hay muerte. El Hijo de Dios es libre».

En cierto sentido, dado que fuimos creados eternos, literalmente nunca nacemos, por lo tanto nunca podemos morir. Es decir, dentro del marco de la eternidad, siempre hemos existido como una extensión del amor de Dios. Pienso que la noción de almas recién acuñadas que vienen a este mundo material por unos cuantos años, y que luego van al gran más allá no es la lección que el Curso enseñaría. El Curso declara repetidamente que seguimos siendo como Dios nos creó; permanecemos como aspectos eternos del espíritu y no estamos limitados por la forma. Cuando el cuerpo ya no está vivo y animado, simplemente significa que ya no tenemos uso para él. Nuestro cuerpo no tiene nada que ver con nuestro estar vivos o muertos, porque nuestro cuerpo no es nuestra verdadera realidad.

NR: ¿Y los animales? Ya que el Curso tampoco los menciona, ¿dónde encajan los insectos, plantas y árboles?

THETFORD: El Curso usa frecuentemente la expresión «todas las cosas vivas». Una vez más, cualquier cosa que tenga vida tiene vida eterna. Ya que toda la vida proviene de Dios y es una e inseparable, ciertamente la fuerza vital que anima a los animales y plantas es la misma que la fuerza vital que nos anima.

Y siempre me sorprende lo que los animales pueden enseñarnos. Qué rápido un perro, por ejemplo, puede perdonarnos por pisarle la pata. No alberga rencores, pero nos muestra amor instantáneo en el momento en que abrimos la puerta. Cualesquiera que sean las quejas que pudieran haber existido, no son mantenidas en la mente de un perro. Así que creo que las mascotas son maravillosas maestras del perdón para todos nosotros. Son extensiones del amor de Dios en traer alegría y dimensiones adicionales de amor a nuestras vidas.

NR: ¿Qué hay de matar ciertos animales y comerlos? ¿Cómo encaja esto con abrazar toda la vida y tratar de no separarse de ella?

THETFORD: Mucha gente elige ser vegetariana por muy buenas razones. Cualquiera cosa que aumente nuestro sentido de culpabilidad no sería en nuestro propio interés personal iluminado. Así que creo que los estudiantes del Curso determinarán qué es lo correcto para ellos a través de escuchar su propio guía interno.

Jesús nos enseñó a no preocuparnos tanto por lo que ponemos en nuestra boca como por lo que dejamos salir de ella. Así que no es lo que comemos, sino nuestros pensamientos y cómo nos relacionamos con los demás lo que da testimonio de nuestro progreso espiritual. Lo importante es la oportunidad que tenemos en cada momento de elegir entre expresar el miedo o el amor en nuestras vidas.

NR: A partir de esta premisa, entonces, se podría concluir que los cuerpos no son vida.

THETFORD: El cuerpo es un vehículo de comunicación y aprendizaje; la fuente de la vida es siempre espiritual.

El Curso también nos enseña que siempre que tengamos preguntas sobre cualquiera de nuestras decisiones o elecciones en esta vida podemos pedir ayuda para hacerlas a nuestro guía interno o, como el Curso se refiere a Él, al Espíritu Santo.

NR: Con respecto al guía interno, el Curso advierte sobre cómo diferenciarlo del ego, ¿no? ¿Cómo lo distingue usted del Espíritu Santo? ¿Cómo sabe quién habla?

THETFORD: Bueno, el Curso dice que el ego siempre habla primero y que está equivocado. El hecho de que nuestro guía interno nunca sea estridente, sino que nos hable con voz pacífica y amorosa, es un signo de su autenticidad, y creo que todos nosotros tenemos que aprender con la práctica a hacer esa distinción.

NR: ¿Cómo se enfrenta usted personalmente a este problema?

THETFORD: Si no me siento en paz, sé que estoy escuchando la estática superficial de mi ego. Entonces vuelvo a elegir, y trato de soltar la interferencia para poder escuchar la voz calma de mi guía interno.

El Curso identifica esta Voz como el Espíritu Santo. También dice que Jesús está igualmente disponible para ayudarnos de esta manera, en todo momento. En este sentido, Jesús es considerado nuestro sabio hermano mayor, cuyo mensaje no es diferente al del Espíritu Santo, ya que todos los maestros de Dios tienen el mismo mensaje.

NR: ¿Cree usted que tales referencias no convencionales a Jesús y al Espíritu Santo, así como a otros conceptos «nuevos» con respecto al cristianismo, contradicen a los cristianos tradicionales?

THETFORD: Bueno, yo creo que si nos referimos a las enseñanzas originales de Jesús, la respuesta es no. Por ejemplo, el Curso ilumina y amplifica las enseñanzas de Jesús sobre la importancia fundamental del amor y el perdón, creo que la religión institucionalizada a veces ha perdido de vista la esencia de ese mensaje, por su énfasis en la culpa.

NR: ¿Entonces no cree que el Curso confronta al cristianismo, o a cualquiera de las religiones actuales?

THETFORD: Creo que el Curso está claramente de acuerdo con la filosofía perenne que subyace a todas las grandes religiones. Sin embargo, hay algunas diferencias fundamentales, como el énfasis del Curso en renunciar a nuestra creencia en la realidad del pecado y la culpa. La religión, como la experimenté cuando era más joven, parecía acentuar estos aspectos negativos.

El Curso, sin embargo, continuamente nos dice que no tenemos culpa; que permanecemos tal como Dios nos ha creado; que podemos estar equivocados, pero que los errores piden corrección y no castigo. Los conceptos de culpa, pecado y castigo son totalmente ajenos a la orientación del Curso. El Curso afirma inequívocamente que el amor es nuestra única realidad, y «el amor no mata para salvar».

Cualquier religión que enfatice el temor, la culpa y la separación de Dios obviamente tendría problemas con el concepto del Curso de unidad y amor total. Sin embargo, el Curso no discute la religión institucional, y no aconseja a nadie que renuncie a ser miembro de una iglesia. De hecho, creo que el material del Curso sería muy enriquecedor para la gente que quiere desarrollar una vida espiritual más rica dentro de su propia tradición; Un Curso de Milagros es ecuménico.

Sé que hay algunos ministros —George McLaird, de la Iglesia Presbiteriana en Sausalito, California, es uno de ellos—, que enseñan el Curso regularmente en sus iglesias. Terry Cole-Whittaker, quien tiene un ministerio televisivo de gran alcance.

NR: Usted dice que el Curso es ecuménico, pero que es decididamente cristiano por naturaleza, usando el marco cristiano del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

THETFORD: Eso es verdad. El Curso utiliza la terminología cristiana, pero al mismo tiempo transmite verdades espirituales universales, razón por la cual la gente de todas las religiones puede encontrarla valiosa. Creo que el Curso lo expresa muy bien cuando dice: «Una teología universal es imposible, pero una experiencia universal no solo es posible sino necesaria».

Poco después de empezar a transcribir el material, comencé a leer bastante ampliamente en la literatura mística del mundo. Uno de los primeros escritores que me impresionó profundamente fue Vivekananda, en su exposición de la filosofía Vedanta de la India. Fue discípulo de Ramakrishna, quien a finales del siglo XIX y principios de este siglo fundó varios ashrams y centros de enseñanza en este país. La filosofía de Vedanta Advaita expuesta por Vivekananda parecía tener algunas similitudes sorprendentes con las enseñanzas del Curso, aunque el contexto y el lenguaje son diferentes. Recuerdo que en ese momento pensé que el Curso podría describirse como una forma de Vedanta cristiano.

Los estudiantes de budismo me dicen que las similitudes entre el Curso y las enseñanzas budistas son muy sorprendentes. Curiosamente, también es interesante el hecho de que muchas personas asociadas con el Curso tienen origen judío, y lo han encontrado extraordinariamente significativo y útil a pesar de la terminología cristiana.

Así que me ha impresionado lo ecuménico que es el Curso, y que su propósito no es aumentar nuestra sensación de separación, sino unir a la gente. Y veo que esto sucede en cientos de grupos de estudio formados por personas de todos los caminos espirituales y religiones, que vienen regularmente para discutir y estudiar el Curso. Para mí esto demuestra una unión espiritual, y la voluntad de dejar ir un sentido de separación de uno del otro o de Dios. De esto se trata realmente el Curso.

Las experiencias que podemos derivar de seguir las enseñanzas del Curso son mucho más importantes que estar atrapados en cualquier trampa semántica sobre términos particulares. Por lo tanto, estoy a favor del uso ecuménico más amplio de los conceptos del Curso en una variedad de contextos, y sé que la gente está haciendo eso, y lo aplaudo.

NR: ¿Qué pasa con el uso exclusivo de términos masculinos en el Curso, como Padre, Hijo y Él, con respecto a las alumnas?

THETFORD: Sé que algunas mujeres han estado perturbadas por el uso de la terminología masculina y han pensado en sustituir los términos femeninos. Varios de los que han considerado hacer esto concluyeron que la Madre, la Hija y Ella solo conduciría a otra polaridad. Otros han encontrado que el uso de la palabra «Espíritu», un término completamente neutral y andrógino— resuelve el problema para ellos.

NR: ¿Cuál ha sido la reacción a todo esto entre sus viejos amigos y colegas? ¿Compadecidos, comprensivos, solidarios, disociados, preocupados...?

THETFORD: No he estado en contacto con muchos de ellos, aunque los pocos con los que he estado en contacto son comprensivos con el material. No tengo ni idea de cuál sería la reacción general entre mis antiguos colegas, ni he intentado averiguarlo.

Sin embargo, estoy seguro de que la mayoría de ellos habrían pensado que Helen y yo estábamos locos en ese momento si hubieran sabido lo que estábamos haciendo. Tenga en cuenta, sin embargo, que todo comenzó en 1965, y esto es ahora 1984, cuando pienso que hay mucha más receptividad a los conceptos espirituales que hace diecinueve años. Así que tal vez no sea justo especular sobre esto ahora.

NR: Al mismo tiempo, usted y Helen no se lo mostraron a nadie entonces, lo escondieron y sus actividades fueron completamente secretas.

THETFORD: Sí. Y ciertamente no se lo habría mostrado. Tenía más sentido común que eso. Mi tarea, tal como lo vi, fue aprender el material y no confundir mis responsabilidades en el Centro Médico con nuestra transcripción del Curso, pero, como he dicho, hoy es otro día, mucho más brillante.

NR: ¿Qué piensa usted ahora de todo esto, el hecho de que usted fue una parte especial e integral de lo que algunas personas prominentes han llamado Un Curso de Milagros como uno de los documentos más importantes del siglo?

THETFORD: Francamente, Helen y yo no teníamos intención de publicar el Curso cuando lo estábamos transcribiendo. Todo lo con-

trario. El material parecía específicamente para nuestra educación espiritual. Lo considerábamos nuestro «secreto culpable», algo que nos habíamos comprometido a hacer, pero en ese momento no había indicios de que debiéramos compartirlo con otros.

Cuando acordamos publicarlo anónimamente, pensé que muy pocas personas estarían interesadas en cambiar sus percepciones a través de los métodos sugeridos por el Curso, pensé que era demasiado difícil. Ciertamente, nunca esperé que miles de personas considerarían el Curso como su mapa de retorno a casa.

Estoy agradecido de que Helen y yo hayamos podido completar nuestra parte para que el Curso estuviera disponible, y estoy igualmente agradecido al gran número de estudiantes que hoy en día están haciendo sus propias contribuciones de muchas maneras diferentes. Con varias traducciones ya en marcha, es evidente que los conceptos del Curso seguirán llegando a un público cada vez mayor.

Es maravilloso saber que tanta gente en todo el mundo está usando el Curso para facilitar su propio despertar espiritual. Creo que el Curso expone lo que está sucediendo con claridad poética en el siguiente pasaje:

⁴La mente dormida no puede sino despertar al ver que su propia perfección refleja al Señor de la Vida tan perfectamente que se funde con lo que ahí se refleja.

⁵Y ahora ya no es un simple reflejo.

⁶Ahora se convierte en aquello que refleja, y en la luz que hace posible ese reflejo.

⁷Ya no se necesita ninguna visión.

⁸Pues una mente despierta es aquella que conoce su Fuente, su Ser y su Santidad.

(UCDM Gongarola, L-167.12:4-8)

NR: ¿Cuáles son sus planes a partir de ahora?

THETFORD: Actualmente estoy trabajando en un libro con Jerry Jampolsky, psiquiatra, y Pat Hopkins, escritora y editora, basado en conceptos relacionados con el Curso. Este libro será publicado por Bantam en algún momento del próximo año. Recientemente he com-

pletado un capítulo con Roger Walsh, otro psiquiatra, para *The Comprehensive Textbook in Psychiatry*, editado por Freedman y Kaplan, que también será publicado a principios de 1985. Mis metas inmediatas son continuar la exploración de maneras en las cuales los conceptos del Curso pueden ser aplicados en mi vida y extendidos para ayudar a otros.

Un Curso de Milagros

(Versión Gongarola)



La nueva traducción al español anotada del dictado completo de Jesús a Helen Schucman

Características de la obra

TEXTO COMPLETO: La totalidad del dictado, incluyendo más de 50 000 palabras omitidas en la edición anterior.

NUEVA TRADUCCIÓN: Lenguaje más actual y ajustado al estilo del original en inglés y a la última normativa de la RAE. Corregidos errores de transcripción y de asignación de pronombres.

ANOTADA Y COMENTADA:

-Referencias internas: Más de 1.000 citas referenciadas a otras partes de la obra.

-Referencias culturales: Identificadas cientos de referencias a otras obras literarias y eventos históricos y culturales.

-Referencias bíblicas: Más de 1000 concordancias con el Nuevo y Antiguo Testamento.

-Notas explicativas y pedagógicas: Más de 5000 notas explicando conceptos de difícil comprensión.

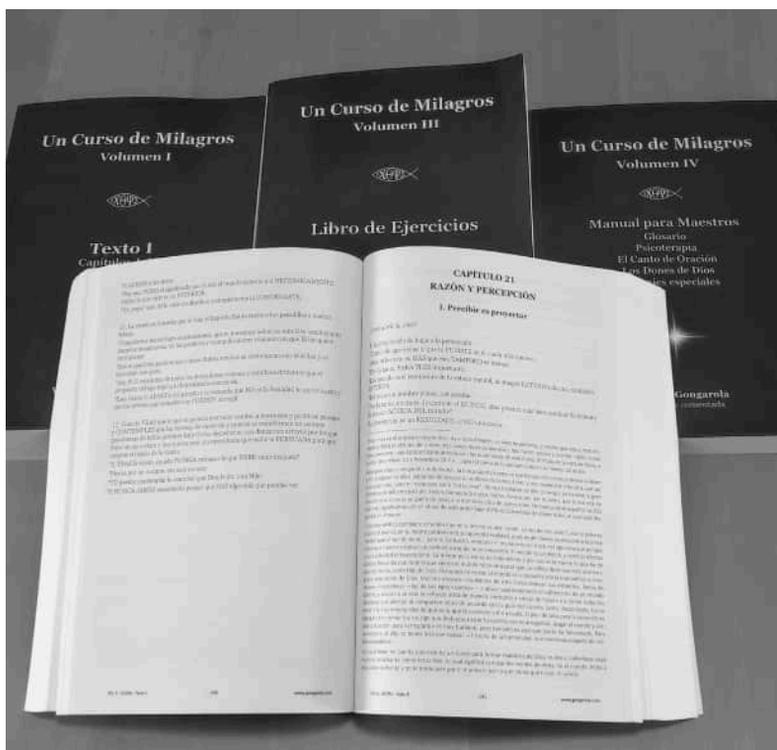
Incluye cuatro volúmenes:

VOLUMEN I: Texto I (Capítulos 1-12)

VOLUMEN II: Texto II (Capítulos 13-31)

VOLUMEN III: Libro de Ejercicios

VOLUMEN IV: Manual para Maestros, Glosario, Psicoterapia, El Canto de Oración, Los Dones de Dios, Mensajes Especiales.



Más información y fragmentos significativos de esta obra en www.gongarola.com